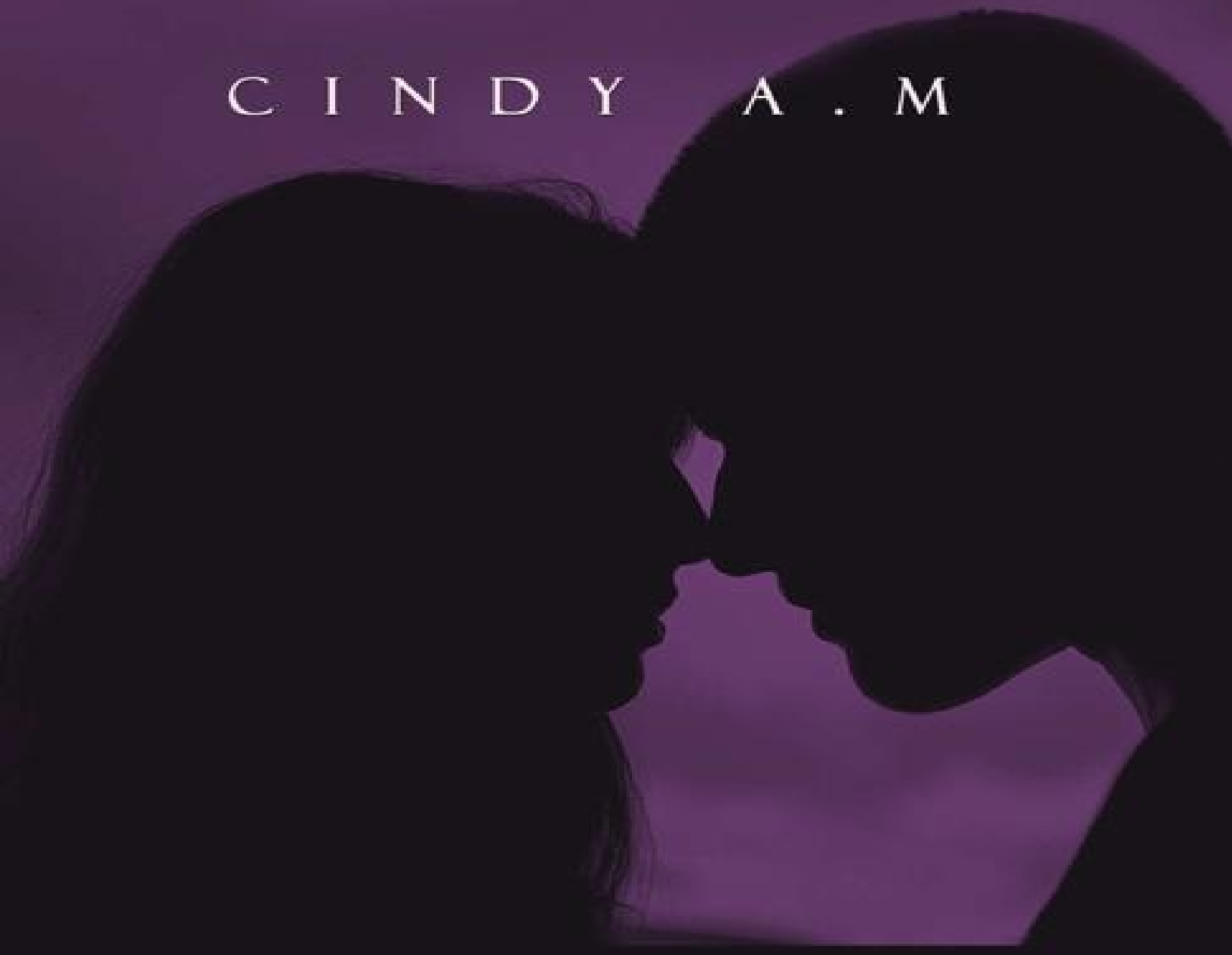
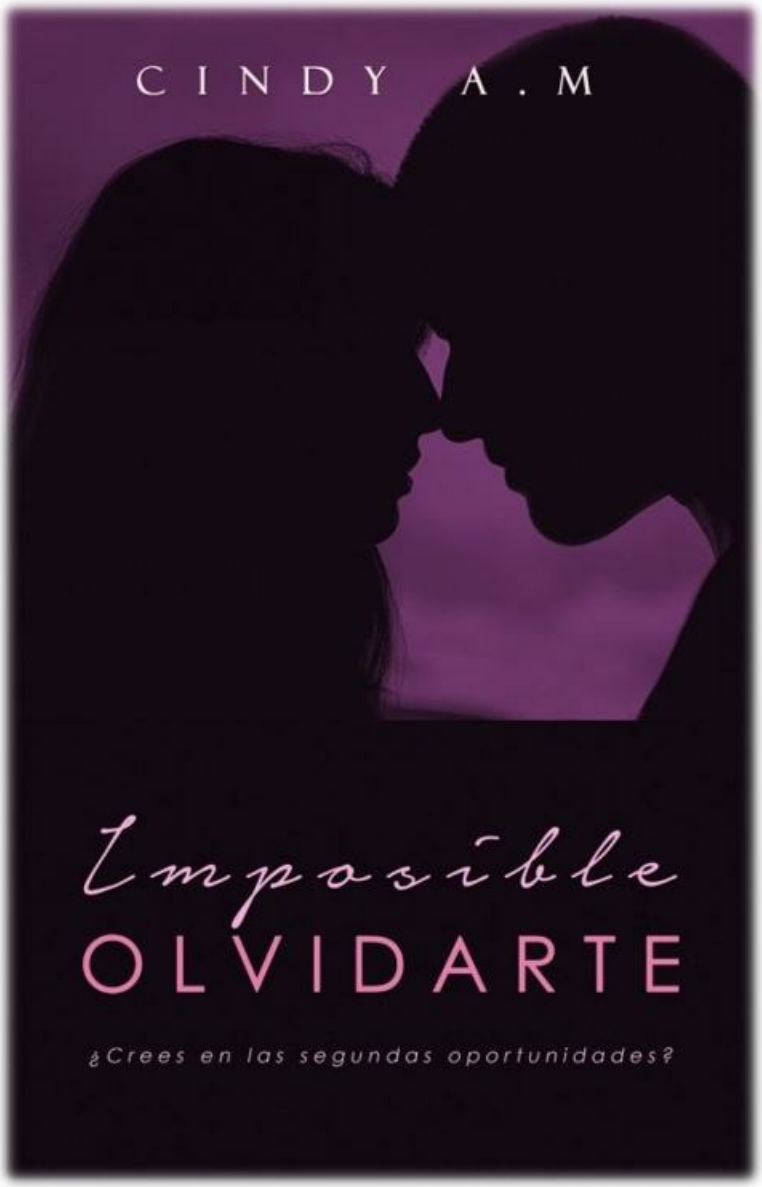
CINDY A.M



Imposible OLVIDARTE

¿Crees en las segundas oportunidades?


CINDY A.M
Imposible
OLVIDARTE
¿Crees en las segundas oportunidades?

Imposible olvidarte

Cindy A.M

Título: Imposible olvidarte. ©
© 2024, Cindy A.M.
Edición en formato digital, Amazon Kindle KDP: diciembre 2024.
Todos los derechos reservados. ©

Se reservan todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro. No se permite copiar, transmitir, retransmitir, traducir, transcribir, almacenar, alterar y/o reproducir de cualquier forma o por cualquier medio el contenido de esta obra, sin permiso previo y por escritor de la titular de la misma. La infracción de los derechos mencionados puede constituir a un delito contra la propiedad intelectual.
Gracias por comprar esta versión digital autorizada y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso de la titular.

Capítulo 1
Una sonrisa encantadora.

Septiembre de 2014.

Recuerdo el día en que Jaden se cruzó por mi camino como si fuera ayer. Era mi primer día de secundaria, una nueva etapa, un nuevo camino. Esto último me aterraba. No estaba del todo lista para afrontarlo, me sentía sumamente nerviosa en lugar que no conocía, con desconocidos que de seguro iban a juzgarme, a estar dispuestos a excluirme si daba un paso en falso.

Al menos, así era como nos lo enseñaban en las películas y con esa idea en mente había ido; como si así me preparara de antemano a cualquier cosa terrible que me pudiera pasar.

Sin embargo, en la vida real las cosas resultaron ser bastantes diferentes, porque a pesar de que ese día los nervios me comían viva, ahí estaba, siempre dispuesta a intentarlo. Porque de eso se trataba la vida, ¿verdad? Intentarlo a pesar de todo.

Después de la asignación de nuestras aulas de clase, de a poco, todos los nuevos estudiantes fuimos llenándolas, para comenzar con el primero de casi doscientos días de convivencia y tareas.

Quizás, ese día fue porque había muchas personas, o porque casi nadie prestaba demasiada atención a otras que no fueran los profesores, de cualquier manera, ese día crucé palabras con una sola persona del aula: la que hoy es una de mis mejores amigas.

Todo, gracias a que ella se sentó junto a mí y, para mi beneficio, les hablaba a las personas como si las conociera de toda la vida. Ya saben, una de esas chicas que te caen bien sin pretender hacerlo en escasos segundos.

—Mis padres dicen que hablo demasiado, por eso están preocupados por mí en este año nuevo. No quieren que me castiguen en clase o algo así, mucho menos tener que venir a hablar con la directora por mi mala conducta —me había dicho, y yo reí por la velocidad de sus palabras—. Les prometí que prestaría la máxima atención posible, no quiero defraudarlos. Soy Melisa Banner, por cierto, ¿y tú?

—Jasmine Everill —le sonreí—. Pero puedes decirme Jas, la única que me llama por mi nombre completo es mi madre.

—Adivino, lo hace cuando está enojada.

—No... —sonreí—, lo dice dulcemente cuando quiere pedirme un favor, es una chantajista de primera.

Ella sonrió.

—Me caes bien, Jas —concluyó.

Más tarde, ella y yo salimos durante el primer receso a recorrer el inmenso establecimiento, acompañadas de una chica de segundo año, Annabeth Cross, quien nos había ayudado a orientarnos días antes del comienzo de clases.

Caminamos por el patio y luego conocimos el gimnasio, en el cual predominaba el color verde esmeralda por donde sea que miraras. El logo de la escuela se encontraba en cada butaca de las gradas, sobre el tablero de basquetbol que estaba más cerca de las puertas, y en el centro del gimnasio, donde se encontraban algunos chicos riendo y jugando básquet.

—Es el deporte que más destaca —explicó Annabeth cuando nos vio distraídas por el ruido que los chicos hacían. Sus rizos oscuros se movían de su cola de caballo cada vez que ella daba un paso—. Nuestro equipo ganó la mayoría de las competencias estatales el año pasado y el

director está muy orgulloso de ellos, nos representan en todos lados.

—Por eso destina la mayoría del presupuesto deportivo al gimnasio —adivinó Mel.

—Está completamente renovado —aceptó—, así que sí, es justo lo que hace… Señorita intuitiva.

Nos reímos juntas, luego fuimos a sentarnos en las gradas a pasar el tiempo que restaba del receso. Mientras ellas seguían hablando sobre el resto de los deportes que podíamos hacer, observé a los chicos frente a mí. Diferentes alturas, diferentes tonos de piel y cabello, pero había un elemento que los unía y los hacía reír en ese momento: el balón. Casi parecía que no existía nadie más a su alrededor. Sin darle demasiada importancia a nuestra presencia, comenzaron a lanzar el balón al aro por turnos, y a reír cada vez que alguien fallaba.

—¿Son miembros del equipo? —escuché preguntar a Mel.

Sus padres tenían razón, era muy curiosa. Me caía bien, quizá necesitaba más personas así en mi vida.

—No, aspirantes. En su mayoría, los miembros del equipo oficial están en el último o penúltimo año —informó, volteó a ver a los chicos y sonrió—. Ellos son mis compañeros de clase. En unas semanas serán las audiciones para entrar, así que supongo que vinieron a practicar un poco. Si lo hacen bien quizá convencen al entrenador y los deja ser parte.

Melisa le preguntó algo más que no escuché, porque mi mirada se dirigió a los chicos que corrían frente a nosotras. Intenté retener alguno de sus nombres, pero todos se gritaban apodos o adjetivos descalificativos como «idiota» o más amables como «hermano» y no sabía quién era quién. Uno de ellos le sonrió a Annabeth cuando pasó frente a todas, luego le gritó a los demás que ella estaba ahí y todos nos miraron y saludaron con un fuerte «hola» general, demasiado ocupados jugando como para detenerse a acercarse a nosotras.

Pero hubo un chico, en particular, que llamó más mi atención. Mi mirada se posó sobre él como si de un imán se tratara. De pie justo debajo del aro, dándole la espalda, estaba rebotando el balón esperando a que alguien se atreviera a quitárselo. Su cabello castaño brillando bajo las luces de los reflectores del gimnasio. Su piel bronceada parecía irreal. Se reía del chico que tenía delante, quien parecía querer quitarle el balón con tan solo una mirada intimidante, la cual no flaqueaba ni a su sombra. Divisé unos hoyuelos hechizantes apoderándose de sus mejillas con esa sonrisa ladeada.

De pronto, el otro que intentaba intimidarlo; decidido, se abalanzó sobre él, pero no fue el único con la misma idea, los demás vieron lo que pretendía hacer e imitaron su acción. Lo terminaron aplastando. El balón salió disparado de ahí y luego todos comenzaron a reírse y quejarse de quien tenían encima.

Fue durante una mínima fracción de segundos, cuando se quitaron de encima suyo y volteó ligeramente la cabeza hacia nosotras: que sus ojos claros y brillantes se encontraron con los míos. Desde mi lugar, eran tan mieles como la abeja recién recolectada. Fue la primera vez en mi vida que, realmente, sentí aquellas famosas cosquillas en el estómago de las que todo el mundo hablaba. Los nervios me invadieron cuando éstas comenzaron a molestarme en exceso, pero todo fue mucho peor cuando él esbozó una sonrisa casi diminuta sobre sus labios. Quise correr al baño a revisar frente al espejo el color de mis mejillas, que me ardían inexplicablemente.

Aquella contagiosa sonrisa, tan pura y hechizante, me hizo soltar un suspiro involuntario después de que apartara sus ojos de mí.

—¿Quién es el de la camiseta de los Knicks? —pregunté entonces, aclarando mi garganta e interrumpiendo lo que ambas hablaban.

Melisa se volteó a verme con una ceja alzada, pero en el momento en que quise averiguar qué

significaba esa expresión, desvió su mirada al morocho que ya se había levantado del suelo. Miré a Annabeth en busca de una respuesta. Me sentía ansiosa por ese breve encuentro de miradas, el cosquilleo en mi estómago tampoco se iba.

—Oh, él es Jaden Brown —dijo, sonriéndome como si pudiera leer mis pensamientos—. Posiblemente la persona más dulce y amigable que puedas llegar a encontrar en la escuela —sonrió, luego añadió—: Puedo presentártelo si quieres.

El timbre anunció que el receso se había acabado, pero Annabeth seguía mirándome expectante. Volví a observar a Jaden, quien para ese punto ya se acercaba a la salida del gimnasio junto a sus compañeros.

Antes de desaparecer, volteó la cabeza y, nuevamente, volvió a conectar su mirada con la mía aun con esa sonrisa sobre sus labios. O eso fue lo que me pareció. En ese momento, mi corazón se detuvo unos instantes, quizá para tomar aire, no podría saberlo jamás, pero recuerdo que luego de eso comenzó a latir a toda máquina, acelerando mi pulso.

Tragué saliva y desvié la mirada, viéndome de pronto incapaz de continuar con aquel eterno contacto visual.

—No —dije rápidamente—. Tal vez mañana, ahora hay que ir a clases.

❦ ❦ ❦

Esa misma tarde, al llegar a casa, decidí hacer mi tarea antes que cualquier otra cosa. Era de aquellas que se distraía con facilidad, pero también de las que le parecían que el tiempo volaba mientras lo hacía. Como uno de mis propósitos del año era ser más responsable, no debía perder tiempo.

Cuando terminé, entré a redes sociales a seguir con el juego que había dejado la tarde anterior —mi fanatismo por juegos de autos e inclusive de fútbol se debía en parte a mi hermano Daniel, porque era lo único que él quería jugar conmigo—, intentando, en parte, olvidarme de esa sonrisa que se había grabado en mi mente y no me dejaba tranquila.

Sin embargo, el afán por saciar aquella curiosidad pudo más que cualquier hambre de juego, así que cuando perdí la primera partida me rendí rápido y lo siguiente que hice fue entrar a Facebook.

Me animé a dar el primer paso. Después de haber pasado mucho tiempo evitando seguir mis impulsos por vergüenza, timidez y también por miedo, hice un esfuerzo y decidí comenzar a tomar el control de mi vida para dejar de permitirle a ésta domarme.

Recuerdo que en esos primeros meses de clases sentía que estaba dispuesta a cualquier cosa, me sentía valiente y capaz, porque por primera vez en mucho tiempo, sabía que tenía el control de mis emociones, que podía manejarlas. Días antes de comenzar el ciclo, le había prometido a mi madre que haría todo lo posible para recuperar esos años felices que la ansiedad me había sacado. Que iba a tratar de ser menos dura conmigo misma, simplemente a dejar que las cosas pasaran. Y eso mismo planeaba hacer.

Por la noche, Jaden aceptó mi solicitud de amistad y así fue como comenzamos a ser amigos, sin imaginar que aquel primer paso sería el comienzo de una amistad un tanto extraña. Llena de sabores agridulces, sonrisas encantadoras, tardes de juegos, sentimientos no dichos…, y un par de amores no correspondidos.

Capítulo 2

Lo que tenemos en común.

Diciembre de 2014.

Unos días antes de que el receso de invierno diera inicio, mis amigas y yo estábamos sentadas en una mesa en la cafetería, ingiriendo nuestro almuerzo como si no hubiera un mañana.

Aunque no era porque no hubiéramos comido en todo el día, sino porque en unas horas la profesora de educación física nos haría correr diez vueltas al campus, como de costumbre, por eso siempre procuramos recargar energías en el almuerzo.

Un cosquilleo me asaltó en el estómago de la nada, lo que comenzaba a darme cuenta que sucedía cuando cierta persona estaba cerca. Era, extrañamente, algo que hacía mi cuerpo inconscientemente al percibirlo cerca, como si tuviera un sensor que detectaba cuando él estaba a menos de cincuenta metros de mí.

Eso me asustaba por momentos, pero la mayoría del tiempo pensaba que era una ventaja.

A mi lado, el asiento vacío se ocupó en el momento en que Jaden se dejó caer en él. Con su bandeja de comida, me sonrió brevemente y luego saludó a Melisa, Annabeth y su pelinegra mejor amiga, Giselle, quienes hablaban de las notas de una materia y cómo su profesor los estaba aniquilando con los exámenes sorpresas.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Mientras yo terminaba de tragar el sándwich de lechuga, jamón, tomate y queso para responderle, él comenzó a desenvolver el suyo con paciencia. Le ofrecí unos sobrecitos de kétchup que me habían sobrado pero negó con un movimiento de cabeza.

—Bien —dije, me bebí un trago del jugo multifrutal que había tomado y luego añadí—: Quejándome mentalmente de la clase de educación física.

Sonrió, burlón.

—¿Y cuándo será el día que no te escuche hacerlo?

—Jamás —declaré, luego continué engullendo mi sándwich.

—Quejándonos —me corrigió Anna—. Nadie quiere lidiar con la profesora hoy.

—Pero si a ti te encanta esa clase.

—Me encantaba, Jaden, y eso era cuando estaba la profesora Isabel, ella nos dejaba jugar algún deporte y respetaba nuestras opiniones. La pesada de Hudson intenta matarnos, ¡de verdad! Creo que esa mujer piensa que somos hijas de Usain Bolt o algo así, nos hace correr como si... ¿De qué te estás riendo?

De hecho, Jaden estaba riendo tanto que casi se ahoga con el sándwich, por lo que tuve que golpearlo en la espalda levemente y compartirle mi jugo, puesto que él no tenía uno. Tragó a toda velocidad, luego carraspeó.

—Lo siento, es que imaginé tu cara en el cuerpo de ese tipo y no pude contenerme, te verías chistosa.

El silencio duró unos segundos porque al parecer todos nos estábamos imaginando lo mismo que Jaden, así que cuando caímos en la gracia del chiste, las carcajadas no se hicieron esperar. Sí, en mi imaginación Anna no se veía muy bonita en un cuerpo robusto y enorme como ese, pero lo que en realidad nos hacía carcajear era la estruendosa risa de chanchito de Giselle, que intentaba ocultar en vano.

Una vez nos calmamos y mientras las chicas seguían con su conversación, Jaden se giró hacia mí. Ante su brillante mirada, otra vez, las cosquillas volvieron.

Bueno, no, las cosquillas nunca se iban cuando de él se trataba. Empezaba a acostumbrarme.

—¿Qué tienes que hacer hoy por la tarde? —preguntó. Negué, dándole a entender que no tenía nada, mientras le quitaba al sándwich un pedazo pequeño de aceituna. Odiaba las aceitunas—. ¿Sabes jugar FIFA?

—Claro, Daniel me enseñó hace unos años —comenté, terminándo el jugo que antes él bebía gustoso.

Él frunció el ceño.

—¿Y Daniel es...?

—Mi hermano —sonreí—. No viene a esta escuela, pero algún día lo conocerás, creo que se llevarían bien.

—Yo me llevo bien con todos —alardeó, le regalé una sonrisa divertida. Él estiró su mano hasta limpiar mi mejilla, en donde al parecer tenía algo del kétchup que le había puesto a mi sándwich, porque me enseñó su dedo manchado y sentí mis mejillas arder—. Entonces qué, ¿vienes?

—Aún no me has dicho lo que harás, Jaden —me reí.

Sus mejillas se tornaron levemente coloradas. Me encantaba eso de él, que se sonrojara y su piel bronceada se hiciera más bonita.

—Ah, claro. Mi madre y mis hermanos no estarán hasta la noche, así que mis amigos y yo haremos algo así como un campeonato de FIFA. ¿Quieres venir?

Él sonrió y mis amigas desaparecieron del mapa cuando lo hizo. Solté un suspiro lento e inaudible. Cada vez que sonreía así, no podía negarme a nada.

—Claro, me encantaría.

❦ ❦ ❦

Jaden había invitado a su casa a sus ruidosos amigos del equipo de básquet. Estaban Luke; un chico que amaba pintarse el cabello de color verde y no entendía cómo alguien podía permitírselo, porque le quedaba algo mal; su mejor amigo Alex y también al hermano mayor de este último, Michael, quien no era parte del equipo, pero sí compartía los recesos con ellos. El chico no parecía alguien demasiado social, así que suponía que por eso ellos se la pasaban hablando con él, uniéndolo en sus planes. No querían que se sintiera solo.

Algunas chicas vinieron también, como Bec, la muy alegre y energética novia de Alex, y Sue, su mejor amiga, quien no era novia de nadie, aunque le gustaba hacer de narradora en cada partida que ellos jugaban.

En ese momento, Michael y Jaden jugaban para ver quién ganaba. El que lo hiciera iba a enfrentarse a Alex, el ganador de la ronda anterior, en la gran final. El chico de cabello verde, Bec y Alex estaban sentados en el sofá de la sala, detrás del dueño de casa, mientras que Sue estaba junto a mí, ambas sentadas con la espalda apoyada en la pared junto a los chicos. Lo que me dejaba una visión perfecta del perfil de mi amigo.

Cuando terminaron y Michael se consagró ganador, los demás comenzaron a insistirle a Jaden por comida, así que el castaño no tuvo otra opción más que ceder y correr a la cocina por algo que alimentara a las bestias. Cruzó una mirada conmigo antes de desaparecer de mi campo visual, entonces lo seguí.

Se notaba que su madre era fanática de las fotografías familiares, puesto que con cada paso que dabas, fuera cual fuese la habitación, las encontrabas enmarcadas y colgadas en la pared o apoyadas sobre algún lado.

En la cocina, por ejemplo, había dos en blanco y negro, colgadas en la pared junto a la puerta. No eran antiguas, pero el tono neutro le sentaba perfecto a cada miembro en ellas. Suponía que era alguna clase de técnica artística o algo así.

—Me caen bien tus amigos —le hablé apenas entré detrás. Lo vi sonreír.

—¿De verdad? Suelen ser muy escandalosos.

—Lo noté —me reí—. Pero eso no quita que sean divertidos.

—Y siempre están hambrientos, además —agregó—. Les llevaremos algo de maní y cereal de chocolate —me avisó, así que asentí y me acerqué hacia donde estaba parado, frente a la alacena. Cuando lo hice, me señaló un par de bolsitas negras—. Me gustaría decir que podemos comer esos M&M's, pero son de Jacob. Si no quiero que esté quejándose durante semanas por hacerlo, mejor no los toco.

Le sonreí, sabía a qué se refería. Compartir con hermanos era difícil, pero el tener algo propio y temer que no lo arruinara quizá lo era un poquito más. Uno al lado del otro, con su brazo rozando el mío, comenzamos a poner en unos tazones grandes el cereal y el maní.

—Daniel es igual —confesé—. No con los M&M's, su debilidad son las barritas de cereal con yogurt. A mí no me gustan, pero cuando me molesta se las escondo de vez en cuando solo para devolvérsela.

Una sonrisa ladina y burlona se abrió paso en sus labios.

—Uy, que mala eres, recuérdame jamás meterme contigo.

Su burla no tuvo el efecto que él esperaba en mí. Tan pronto me concentré en su sonrisa, olvidé de qué hablábamos. Durante ese pequeño instante, había quedado como en trance, sólo podía observar sus ojos y esa sonrisa tan dulce que me regalaba y encerrarme en ellos. Aun así, alcancé a lanzarle una mala mirada, para disimular un poco.

Mi corazón comenzó a latir apresurado en el momento en que él rozó mis dedos al pasarme la bolsa de cereales, y como no sabía otra forma de disimular, lo empujé ligeramente con mi hombro, haciéndolo tambalear un poco.

—No te burles —reproché—. No podría vengarme de otra forma, es el consentido de la casa, así solo me ganaría un castigo.

La duda brilló en sus ojos un instante antes de responder:

—No lo creo, tu no podrías vengarte porque no eres ese tipo de persona.

Lo miré, curiosa.

—¿De qué tipo de persona hablas?

—Llevamos poco tiempo juntos, pero sé que no eres de esas personas que lastiman a otros sin importarles sus sentimientos —habló, muy seguro de sus palabras—. Nunca lastimarías a nadie, no es tu estilo.

Dejé de mirarlo, siendo incapaz de responder. No podía decirle que tenía razón porque había cosas en mi vida que hacían que no estuviera totalmente convencida de ello.

Como esa vez que le grité cosas a mamá por llevarme con los doctores cuando yo no quería, o aquella, hacía poco más de un año atrás, en que mi padre me llevó a terapia totalmente engañada y le dije que jamás podría perdonarlo por mentirme. Dramatismos que venían de la mano con la negación que atravesaba, no quería sentirme dañada, que era justo como me sentía cada vez que ellos me llevaban a terapia luego de un ataque de pánico. Quería creer que podía controlarlo por mí misma, pues había olvidado cómo quererme a mí misma a pesar de mis conflictos internos, entonces terminaba hiriéndolos con palabras cuando las cosas no salían como quería.

Pero tampoco podía negarlo, porque eso implicaría revelarle cosas que me estaba esforzando por dejar atrás. Cosas que me esforzaba por mejorar.

—Mejor llevemos esto antes de que se coman entre ellos —cambié de tema.

Intenté apartarme para acercarme a la puerta, no obstante, posó una de sus manos en mi brazo e impidió que lo hiciera con un apretón suave pero firme. Logró que volteara a verlo. En sus ojos claros distinguía la preocupación. Un hormigueo insoportable nació a raíz de su toque.

—Al menos no a propósito —añadió entonces—, me refería a que no lastimarías a nadie con esa intención. Eres una buena persona, lo sé, y muchas personas lo dicen también. Si sientes que has lastimado a alguien, o si algún día lo haces, no es porque lo quieras, Jasmine. Tal vez sea porque pierdas el control.

Tragué saliva, el tenerlo cerca y el hecho de que soltara esas cosas me dificultaba la capacidad de pensar con claridad. No entendía cómo alguien que apenas me conocía, él en particular, me había leído tan bien. «Los chicos no son muy inteligentes, ni persuasivos» habían sido las palabras de Annabeth una vez. Pero en ese momento entendí que sí podían serlo, especialmente Jaden.

Titubee, tratando de decirle algo, pero volvió a hablar:

—Mira, por más que te esfuerces un mundo entero en no hacerlo, no puedes evitarlo, todos lastimamos a alguien en algún momento de nuestras vidas, inclusive si nuestras intenciones son buenas. Pero no por ello somos malas personas.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —cuestioné, y como no quería que mis palabras se malinterpretaran, añadí—: ¿Cómo estás tan seguro de quién soy? Nos conocemos hace muy poco tiempo, Jaden.

Se encogió de hombros, ladeando sus labios en una sonrisa sincera, contagiándomela también. Pero no respondió a mi pregunta.

—¿Te gustan los gatos? —quiso saber en su lugar.

Lo miré confundida por el cambio de tema. Éramos amigos en redes sociales, obviamente ya había visto la cantidad de fotos de gatitos que subía por día deseando tener uno, así como de seguro vio los me gustas que le daba a cada foto que él subía con su gatito Bond. Aun así, respondí:

—Me encantan, aunque no tengo ninguno porque mamá y yo somos alérgicas. ¿Pero eso qué tiene que ver?

—Además de que te gustan los gatos como a mí, también imagine que te gustaba el FIFA, o que al menos no huirías enojada cuando te invitara a jugar —respondió—. Y no es que esté diciendo que soy la mejor persona del mundo, pero una vez mi madre me dijo que me esforzara cada día por serlo.

» Y eso es algo que creo que ambos tenemos en común: todos los días nos esforzamos por ser buenos, nos ponemos en el lugar del otro casi sin darnos cuenta. Somos parecidos, lo sé, así como sé que tampoco podríamos lastimarnos entre nosotros. Creo que eso nos convierte en amigos, ¿verdad?

No respondí con palabras, sólo asentí lento, lo que dibujó una sonrisa en sus labios. En ese momento no pude evitar admitir en mi mente cuánta razón tenía.

Nos parecíamos en algunas cosas, sin embargo, durante semanas no dejé de darle vueltas a su discurso inesperado sobre lo que él creía que ambos éramos. Nosotros. Tan diferentes en cuanto a ambiciones o sueños, pero tan parecidos en cuanto a alma y corazón. Fue entonces cuando comprendí que con Jaden nada era predecible. También, más tarde de lo que me hubiese gustado, descubriría cuán equivocado estaba con la mitad de lo que había dicho.

Y es que, siempre tuve en claro que todos los humanos éramos capaces de lastimar, de romper corazones sin darnos cuenta, de dañar sin pretenderlo, y lo confirmé cuando, a pesar de

comprendernos bien y de años de amistad, ni Jaden ni yo fuimos la excepción.

Ninguno de los dos lo esperó, un día solo sucedió: ambos le rompimos el corazón al otro y no estábamos preparados para afrontar aquello. Al menos, no de la misma manera.

Capítulo 3
De amistades y enemistades.

Mayo de 2015.

«Solo somos amigos» Así, con esa frase, era como nos definía cada vez que alguien decía que actuábamos como una pareja.

Pero la realidad era muy lejana a esta.

Poniendo un poco de contexto; en la escuela nos veíamos en los recesos —y antes de clases, si es que llegábamos temprano—, caminábamos por los pasillos de la escuela conversando sobre cualquier cosa, o compartíamos anécdotas de nuestras vacaciones y reíamos de nuestras extrañas familias.

Nos divertíamos juntos.

Me gustaba estar a su lado.

Durante meses estuve tratando de describirnos como un dueto divertido, con corazones valientes, dispuestos a sonreír, aunque el mundo se cayera a pedazos. Como aquellos amigos que podría decirse que se llevaban tan bien como hermanos, lo que incluían peleas por ver quién tenía las mejores notas en clases o quién ganaba más partidos de PlayStation. Pese a eso, no había razones para que el resto de la escuela creyera que había algo entre nosotros.

Me esforzaba para que nos vieran como simples amigos...

Hasta aquella tarde de mayo, cuando comprendí que la palabra amistad le quedaba pequeña a lo que realmente sentía por Jaden. Cuando entendí lo que de verdad sentía por él, y comencé a ver aquello que todos creían; como algo imposible. Después de ese día primaveral, empecé a simular que los rumores eran falsos, que exageraban o veían cosas donde no las había, siendo incapaz de admitírmelo a mí misma con el fin de que el sentimiento no se hiciera más profundo.

Fue la primera vez que sentí que para él jamás iba a ser más que una amiga.

Estábamos a semanas de terminar el año escolar. Mi año había resultado no ser tan malo como lo había imaginado, ni había sido tan introvertida, ni muy extrovertida. Tampoco había hecho tantos amigos, solo pocos conocidos que se volvían cercanos con el correr de los días. Aunque debía admitir que Mel sí que había ocupado un lugar importante en mi corazón, era imposible no querer estar cerca de su alegre personalidad, y Annabeth no se quedaba atrás, siempre buscaba estar con nosotras.

Ese día, la castaña de cabello rizado nos había invitado a comer hamburguesas en su casa luego de clases, por su cumpleaños, así que nos encontrábamos caminando hasta ahí mientras reíamos de cualquier cosa que Luke y Mel decían, a quienes todos considerábamos los más graciosos del grupo. Eran muy buenos en su papel, por cierto. Y aunque me hubiera gustado prestarles más atención a las bromas de mis amigos, no podía evitar mirarlo de vez en cuando.

Sus hoyuelos me gustaban, pero cuando me miraba y me convertía en parte de la conversación que mantenía con alguien más, simplemente me encantaba. Porque así era Jaden. Te hacía sentir parte, hacía que otros te quisieran, que tomaran en cuenta tus opiniones, se rieran de tus tontas bromas, te ayudaran cuando lo necesitabas o simplemente te respetaran.

No podías ser amigo de Jaden y no ser querido por nadie al mismo tiempo, aquello podía considerarse casi como un delito.

Hoy en día creía, como una de las mejores teorías que me pude inventar, que desde el principio siempre fue su culpa. Si él no hubiera sido tan bueno conmigo, si no se hubiera convertido en mi mejor amigo, todo podría haber sido diferente.

Todo habría dolido menos.

—Deberías decirle —me habló Mel de pronto, sobresaltándome.

Había estado tan concentrada observando cómo Jaden y Alex se pasaban el balón entre ellos mientras caminaban, que me asusté cuando ella apareció junto a mí.

—¿Decirle qué a quién? —murmuré.

Me percaté de que Anna estaba junto a nosotras cuando ambas compartieron una mirada cómplice. Mis mejillas se enrojecieron.

—Sabes perfectamente de lo que hablo.

—Y de quién hablamos —añadió Anna, haciendo énfasis en el quién.

—Jaden y yo solo somos...

—Amigos —dijeron al unísono. Las miré frunciendo el ceño.

—Esa es la peor de las mentiras que haya podido escuchar este año —se rio Melisa.

—Nosotras somos amigas, Jas —habló entonces la morena—. Luke y tú son amigos, Jaden y Alex son amigos. Lo que ustedes tienen está lejos de parecerse a una amistad. A veces creo que no se darían cuenta de lo que sienten por el otro ni aunque los pusiera juntos frente a un espejo.

—Tiene razón, se comportan más como una pareja que se está conociendo que como amigos —agregó la otra.

Abrí la boca para contradecirlas, mas no llegué a responderles, el fuerte sonido de la frenada de un auto nos paralizó a las tres. De inmediato miramos qué había sido.

Luke observaba espantado a Alex, quien se encontraba de pie frente al auto responsable del ruido, con el balón en manos y observando a la persona en el interior como si quisiera asesinarlo.

Por su parte, Jaden se había acercado a la ventanilla a murmurarle cosas a quien fuera que estuviera conduciendo. Podía ver sus orejas y parte de su perfil rojos, lo que me dejaba entender que estaba conteniendo el enfado para hablar lo más civilizadamente posible. Distinguí también sus dedos cerrados en un puño sobre el techo del auto.

Era extraño ver a Jaden enfadado, poco usual procediendo de su radiante y alegre personalidad. Las chicas y yo nos acercamos, en parte curiosas por lo que había sucedido, siendo que sólo nos habíamos distraído pocos minutos, y también porque queríamos saber quién era el conductor.

—...que pudiste haber frenado antes —le estaba diciendo Jaden al chico—. Lo viste cruzar, Adam.

Me acerqué lo suficiente a Jaden como para poder ver a ese chico con claridad, las chicas se fueron a interrogar a los demás.

Su piel apenas tostada era digna de un australiano amante del surf. Su cabello castaño oscuro y desordenado le daba un aire de chico rebelde. De pronto, me encontraba analizando sus labios; rosados, gruesos y brillantes, y eran lo segundo más llamativo de su rostro. Lo primero era aquel piercing bajo su labio inferior, que no solo completaba su estilo, sino que también te preparaba para encontrarte con una personalidad rebelde y alborotada.

No podía negarlo, sus facciones eran hermosas y sexys, y esos ojos verdes te observaban con tal intensidad que lograban dejarte sin hablar.

El ambiente reinando entre ellos se sentía tenso. No estaba segura si a Jaden le simpatizaba, lo que también era extraño y sorprendente. Hasta ese día, no había conocido a nadie que no le agradara a mi amigo o viceversa.

—Si, amigo, lo siento, supongo que me distraje un poco —respondió el chico, con un deje de diversión en la voz.

Claramente lo había dicho con sarcasmo.

—Ya —musitó—. Solo ten más cuidado la próxima vez, procura no confundirte de pedal y

pisar el freno, no el acelerador —añadió aquello último con una pizca de burla en la voz.

Después de eso, el tal Adam reparó en mi presencia, escaneándome de pies a cabeza sin disimulo, lo que hizo que me ruborizara. Al mismo tiempo, Jaden se giró y se encontró conmigo a su lado, sus ojos se entrecerraron al ver mis mejillas rojas.

—¿Quién es la bella chica a tu lado? —se interesó Adam, mojando sus labios luego de hablar, mientras sonreía de lado.

Su mirada dio con la mía. Mi boca se secó.

—Es una amiga —respondió Jaden por mí.

Auch, mi pobre corazón.

La sonrisa de Adam se amplió.

—¿Y tú amiga no habla?

—Es algo tímida —volvió a decir.

Por algún motivo, aquello me molestó, así que aclaré mi garganta y di un paso adelante.

—Muy poco, en realidad —hablé entonces—. Soy Jasmine, pero puedes decirme Jas. ¿Y tú eres?

Extendí mi mano ante él, para un saludo formal que no creí que aceptaría puesto que ya nadie hacía eso, pero él, aún sin borrar la sonrisa del rostro, la estrechó amablemente. Su mano le entregó a la mía una calidez inesperada. Fue amable, se sintió bien.

Aunque no me olvidaba de que casi había atropellado a mi amigo, por lo que separé mi mano con rapidez. Su sonrisa, si bien era coqueta y estaba muy lejos de ser inocente, parecía real. La amabilidad estaba ahí, la divisé en su mirada, solo se ocultaba detrás de aquella sonrisa egocéntrica. No tenías que ser una experta en identificar los gestos de otros para notarlo, solo bastaba una simple mirada suya.

—Es un gusto conocerte, Jas —habló, pronunciando lentamente cada palabra—. Soy Adam Crowell.

—Lo mismo digo.

Jaden se aclaró la garganta, llamando nuestra atención, pero no nos dijo nada cuando lo miramos, solo observó a Adam con una extraña expresión en el rostro. Éste le daba una sonrisa un tanto superficial.

—Bueno, mejor me voy a devolverle el auto a mi hermano. Este pequeño paseo se extendió más de lo acordado —dijo él entonces—. Nos vemos, Jaden, y lamento nuevamente casi atropellar a tu amigo. Aunque espero que la próxima tengan más cuidado, no deberían lanzarse el balón de un lado de la calle a otro, puede ser peligroso.

—¡¿Hacían qué?! —casi chillé, mirándolo—. Jaden, eso es peligroso.

Adam se carcajeó. Él puso sus ojos en blanco, después me ignoró deliberadamente.

—Adiós, Adam —le dijo.

El chico se encogió de hombros y asintió a modo de despedida. Después de saludarme vagamente con una sonrisa ladeada en el rostro, arrancó su auto y desapareció de nuestra vista al girar en la esquina. Jaden volteó para acercarse a Alex, quien estaba siendo atacado a preguntas por parte de mis amigas. Luke se había apartado, estaba cruzado de brazos observando el interrogatorio con diversión.

Por supuesto, lo seguí.

—¿De dónde conoces a Adam? —cuestione, sin poder evitarlo. Jaden me miró de soslayo y se encogió de hombros.

—Compartimos algunas clases —dijo—. Y está en el equipo de básquet.

—No te cae bien, ¿verdad?

—Camina por la vida creyéndose el mejor de todos, como si cada ser humano que se cruza por su camino valiera menos que él, lo que lo hace un idiota —declaró sin más, luego se detuvo y giró a mirarme. Sus brillantes ojos claros buscaron los míos. Sin poder evitarlo, solté un suspiro. De repente olvidé de qué estábamos hablando—. No me agradan los idiotas, Jasmine, y él es uno.

Carraspee, rompiendo el contacto visual unos instantes. Dios, su mirada siempre se sentía muy intensa.

—No parece un mal chico —musité.

—Bueno, quiero creer que no lo es todo el tiempo... aunque sí en su mayoría —admitió, aunque murmuró más para sí mismo, como si estuviera analizando sus palabras.

Decidí dejar a mis pensamientos volar.

—Intuyo algo... —dije, mirándolo otra vez—. Te creo cuando dices que es un idiota, pero pienso que se esconde detrás de esa fachada de chico desinteresado, creo que detrás de eso hay algo más. Tal vez necesite ayuda, si...

Su inesperada risa me interrumpió, descolocándome. Se cruzó de brazos, una falsa diversión en su mirada.

—Ya, lo entiendo. Ahora me dirás que quieres ser de esas chicas que van detrás del chico malo para intentar cambiarlo —soltó.

—¿Qué? No, yo iba…

—O quizás quieres sanar su alma rota... —volvió a interrumpirme—, porque de seguro sufrió tanto de pequeño que está traumado por su pasado o algo así, y tú quieres ayudarlo.

—No, estás siendo un dramático y un exagerado. —Él puso sus ojos en blanco—. Iba a decirte que...

—¿Sabes qué? No me interesa lo que hagas, solo te advierto que, si así se comporta con todos en general, no me imagino cómo podría comportarse con su novia o las chicas que le interesan.

Parpadee. Fruncí el ceño.

«¿Qué?»

—No te sigo, Jaden.

Su rostro se había tornado algo rojo de pronto, igual que minutos atrás. Estaba enojado.

—Que ya veo por dónde vas.

—¿Y por dónde voy, según tu?

Exhaló, como si le exasperaran mis palabras. Me crucé de brazos, dispuesta a atacar si hacía falta. Ya me estaba poniendo de mal humor.

—Él te gustó y estás buscando la manera de acercarte a él. Por eso dices que hay algo más detrás de su actitud de idiota egocéntrico —dijo—. Y lo entiendo, de verdad. Digo, ese tipo de chicos tienen un imán que te atrae con tan sólo verlos, es difícil que a las chicas no les guste, muchas lo dicen por los pasillos.

Abrí mi boca, no para hablar, sino porque sus palabras me dejaron boquiabierta. Él no podía estar diciendo aquello. No podía pensar que mi corazón era tan fácil de caer ante alguien. Tragué saliva.

—¿Crees que me gusta Adam? Jaden, lo acabo de conocer, ¿de verdad crees que saldría con alguien sólo por ser atractivo? —No respondió—. ¡Jaden!

—Yo creo lo que veo.

Me reí, lista para ser sarcástica.

—Ah, claro, ya me olvidaba que te graduaste de oculista hace unos meses.

Puso sus ojos en blanco. Otra vez. Ese gesto empezaba a cansarme.

—No voy a juzgarte si te gusta, te entiendo, no eres la primera chica que conozco que siente atracción por él —volvió a decir, ignorando el enojo con el que hablé. Bufé.

—No me gusta, Jaden, ya deja de decir eso. Te estas apurando. —Suspiré, pensando mis palabras antes de decirlas—. Solo iba a decirte que lo mío no es dejarme llevar por lo que dicen los demás, no soy así. A mí me gusta conocer a las personas antes de formar una opinión sobre ellas.

—¿Eso significa que no vas a creerme? ¿No confías en mí? —dijo, aun sin mirarme—. Soy tu amigo.

Negué.

—Lo eres, pero no estamos hablando de confianza, hablamos de que cada uno es libre de pensar diferente y formarse sus propias opiniones. Confío en ti porque sé que jamás mentirías, pero piénsalo así, si todos nos dejáramos llevar por lo que dicen los demás, o si nadie tuviera la libertad de pensar por uno mismo, el mundo sería un caos porque todos serían iguales.

Busqué su mirada. De verdad quería que me mirara a los ojos y me entendiera, porque sí, éramos amigos, pero si aquello significaba dejar de tener mi propia opinión, o dejar de ser yo misma, iba a dolerme mucho el corazón. Si no comprendía lo que le estaba diciendo, iba a quedarme una muy mala imagen de él. Y por supuesto que no quería eso, me había prometido mantener en mi vida a las mejores personas, así que claramente no lo quería a él fuera de ella por un pensamiento así.

Además, quería transmitirle, mirándolo, mis sentimientos hacia él para que no hubiera necesidad de palabras ni tuviera que explicarle cuán desacertado estaba al pensar que me podría gustar alguien que no fuera él. Realmente necesitaba que se diera cuenta, porque yo ya lo había hecho.

Mis amigas tenían razón, comenzaba a gustarme Jaden más de lo usual, había dejado de verlo sólo como un amigo más. Quizá me había gustado desde el primer día en que lo vi, quizá no fue ahí pero sí cuando hablamos por primera vez en la escuela, o aquella primera vez en que nos saludamos con un beso en la mejilla. Quizá fue semanas después de comenzar a vernos en cada receso y sentarnos en cada almuerzo juntos. No lo podía saber con exactitud, pero si había algo que podía afirmar era que nada se comparaba con lo que sentía cuando él y yo estábamos cerca.

Ni siquiera el chico más lindo de la tierra podría reemplazar lo que mi corazón me gritaba cuando sus ojos se encontraban con los míos. Mucho menos alguien a quien acababa de conocer y del que no había tenido una muy buena primera impresión.

Él dio un paso hacia mí.

—Entiendo tu punto, pero prométeme que tomaras mi consejo. Yo sólo... sólo no quiero que llegues a él esperando encontrar un buen corazón, porque vas a decepcionarte.

—Eres mi amigo, claro que tomaré tu consejo —le sonreí, más relajada que segundos atrás.

—Y como tu amigo es mi deber procurar que nadie te lastime —dijo, haciendo enojar, sin pretenderlo, a esa parte de mí que había odiado minutos atrás que me llamara amiga. Luego, sonriendo, añadió—: No quiero que lo hagan, mucho menos alguien tan idiota como Adam, ya demostró que no es quien aparenta ser.

Dicho eso, dio media vuelta y regresó con el resto, dejándome con la palabra en la boca y muchas emociones dando vueltas en mi cabeza y corazón. Lo observé desde la distancia, tomándome unos minutos para analizar cada palabra.

Durante esos ocho meses de clases, habíamos compartido tanto tiempo juntos que mi conocimiento por él y por su manera de socializar era experto. Jaden se llevaba bien con todo el mundo, así que el hecho de que Adam le resultara un completo idiota y no pudiera contener su

enfado a la hora de hablar de él, debía significar que el chico le había hecho algo, alguna razón tenía.

De pronto, la curiosidad se instaló en mí. Quería saber la verdadera razón de su rechazo, tenía que entender por qué no lo quería, no obstante, estaba segura de que él no me lo diría si seguía alterándose así cada vez que mencionaba al chico. Si no iba a responder a mis preguntas lo mejor era indagar desde otra fuente, una más confiable.

El verano se estaba acercando, así que tenía mucho tiempo para descubrirlo. Me dije que me acercaría a Adam con ese objetivo. El gato murió sabiendo, ¿verdad?

Capítulo 4
Una noche de verano.

Agosto de 2015.

Mi plan para acercarme a Adam no había funcionado para nada. Ni en recesos, porque los exámenes se habían acercado y apenas se veían alumnos en otro lugar que no fuera la biblioteca, ni en la calle de casualidad, y tampoco en internet, porque el chico tenía sus perfiles privados y no aceptaba a cualquiera.

No obstante, estaba decidida a lograrlo costara lo que costara, no quería rendirme, mi sed por saciar la curiosidad me dominaba más de lo que hubiera podido admitir.

No fue mucho tiempo después de comenzar las vacaciones de verano, que la vida quiso hacernos coincidir. El verano estaba siendo algo agobiante en la ciudad, el sol brillaba tanto que te obligaba a salir a la calle con al menos dos capas de protector solar sobre tu cuerpo, y litros, litros, y litros de agua.

Lo odiaba, pero al mismo tiempo le agradecía a la vida vivir relativamente cerca de la playa... o de una amiga con piscina en casa. Era esa época del año en la que extrañaba el frío y hasta me dolía en el corazón lo lejano del invierno, sin embargo, ser invitada a pasar tardes en casa de Melisa era un placer incomparable.

—Mi madre está obsesionada con la hidratación —nos decía en ese momento Mel a Anna y a mí—. Apenas la chica del clima dijo que las mínimas serían de veinte grados, hizo que mi padre pusiera esas cosas junto a la piscina y nos obligó a jurar que beberíamos a pesar de estar ya metidos en el agua.

Entonces nos señaló con su índice esa mesita con contenedores de agua, a unos metros de su reposera. Ella nos había invitado a pasar unos días en su casa, algo así como una pijamada de dos noches. Como Annabeth no se iba de vacaciones familiares ese verano, porque su madre se había ido de viaje de negocios, y con mi familia no nos iríamos sino hasta unas semanas más tarde: aceptamos.

En ese momento, las dos nos encontrábamos recostadas en la reposera tomando algo de sol, con mil capas de protector sobre nuestra piel, mientras Anna nadaba de una punta a la otra en la piscina.

Nosotras ya nos habíamos refrescado, ahora nos tocaba volvernos a calentar con el sol para tener ganas de entrar otra vez.

—Se preocupa por tu salud, a mí me parece bien —opinó la morena desde el agua—. La mía apenas me manda mensajes para saber cómo estoy.

Aunque Anna se las arreglaba para sonar fría, indiferente, sabíamos que en realidad la situación con sus padres ausentes le importaba más de lo que demostraba. Miré a Melisa, quien tenía una mueca triste en el rostro.

—Si, supongo que tienes razón —musitó.

—¿Qué les parece si pongo algo de música? —decidí cambiar de tema.

Ambas asintieron. Me levanté de la reposera, busqué mis sandalias color bronce para proteger a mis pies del calor del pavimento, y caminé al interior de la casa, en donde habíamos dejado los teléfonos por la mañana cuando llegamos. Luego de mirar la hora, busqué alguna lista de reproducción de Spotify.

Mientras lo hacía, Mel me gritó que llevara limonada para todas. Cuando me estaba acercando al refrigerador, alguien tocó a la puerta principal. La dueña de casa entró corriendo, con una

toalla rodeando su cuerpo, y me avisó que ella abriría. Habíamos pedido helado hacía unas horas y nos habían dicho que se iban a tardar, algo de lo que Mel aseguró quejarse cuando el repartidor llegara, por lo que supuse era eso.

—¡Por fin! —Exclamó ella—. ¡Llevamos horas esperando que llegaras, hombre!

Me reí desde la cocina mientras servía la limonada. No obstante, me picó el bicho del remordimiento de pronto, algo debía hacer para aligerar el asunto. El repartidor sólo hacía su trabajo, no tenia del todo la culpa, podía entender que se tardara más en llegar con casi cuarenta y cinco grados de calor.

En verano, el helado es la energía que el cuerpo necesita para seguir funcionando, por ende, todo el mundo lo necesita para vivir. Era obvio que las heladerías estarían explotando en temporada. Con eso en mente, me acerqué a la entrada.

Melisa tenía ya la bolsa con el helado dentro entre sus brazos, sosteniéndolo contra su pecho como si su vida dependiera de ello, escuchando lo que el chico le decía con algo de recelo. Observé entonces al repartidor, justo cuando desvío la mirada hacia mí.

Adam Crowell.

—Oh, miren a quién tenemos aquí —habló él, su sonrisa iluminándole el rostro—. ¿Qué tal, Jas?

No me sorprendía que me recordara, pero si la familiaridad con la que salieron sus palabras. Por algún motivo, esa sonrisa suya me contagió, por lo que terminé imitando su acción al mismo tiempo que me acercaba a ambos.

—Hola, Adam —saludé.

De pronto, Melisa se despidió del él y nos dejó solos, sonriéndome y murmurando que iba a servir el helado al pasar junto a mí. No sabía por qué me había dejado sola con él, siendo que era la dueña de la casa y lo más lógico sería que ella despachara a los que llegaban ella misma, no obstante, le resté importancia.

Tampoco era que me hubiera dejado con un completo desconocido, ella sabía quién era y por qué le había estado hablando hace meses sobre él.

Intuí que intentaba ayudarme con mi plan. Mis amigas habían creído que me sentía atraída por Adam cuando de pronto me la pasaba hablando de él, investigando o intentando acercarme, así que tuve que revelarle mis verdaderas intenciones luego de un tiempo.

—Tu amiga es algo intensa —se rio éste de pronto, rompiendo el silencio—. ¿Es su casa?

—Si, nosotras solo la visitamos porque tiene piscina.

Soltó una divertida carcajada.

Jaden, que de seguro estaba disfrutando de las vistas esplendidas que le regalaban las montañas del norte en ese momento, llegó a mi mente sin permiso alguno.

«No es quien aparenta»

—Me caes bien, Jas —dijo, la sonrisa no se borraba de sus labios. Llevó una de sus manos a su nuca, revolviendo su cabellera negra con lo que creí que era nerviosismo, luego añadió—: Anna sabe de esto y supongo les dirá luego, pero el viernes habrá una fiesta en la casa de playa de Joe, un amigo del equipo.

» Habrá una fogata al atardecer, así que comienza alrededor de las cinco de la tarde. Será divertido, ¿irán? Digo, ¿tu irás? Porque claro que estás invitada.

Eso me sorprendió. Apenas nos conocíamos, apenas cruzábamos miradas en la escuela, es más, él siquiera me había permitido seguirlo en redes sociales. Luego pensé; esa podría ser la única oportunidad que tenía de conocerlo mejor, para conocer lo que hacía que Jaden lo rechazara de aquella manera.

Mi padre siempre me decía que todo el mundo merecía segundas oportunidades, mucho más, aquellas personas que se ganaban una reputación a base de rumores.

No creía que lo que Jaden me había dicho era un rumor, tampoco que inventara mentiras, mucho menos lo creía una persona que creyera sólo lo que los demás decían, por eso, tenía que haber algo más. Solté un soplido que pasó desapercibido gracias a la pequeña sonrisa que le entregué. Fui sincera cuando le dije:

—Es buena idea. Si mis padres lo permiten, ahí estaré.

—Que bien —sonrió de lado, volteando y preparado para irse—. Será divertido, ya verás.

❦ ❦ ❦

Adam no se había equivocado, aquella noche sí la disfruté. Con las chicas, habíamos llegado a la casa cerca de las ocho de la noche del viernes.

Recuerdo que uno de los primos de Anna; Marco, quien tenía su licencia de conducir gracias a que ya era unos años mayor, había aceptado llevarnos con él. Él también era parte del equipo de básquet y, claramente, era parte de la fiesta, así que no se quejó.

Horas después de que el sol se pusiera, más personas seguían llegando, de todas partes de la ciudad, no sabía que la fiesta iba a llenarse de esa forma. Las olas del mar se movían casi al compás de la música, era como si el agua frente a nosotros absorbiera cada melodía y bailara como lo hacíamos, disfrutando de la noche, las risas, las bromas y la arena.

Me estaba divirtiendo.

No tomaba alcohol, porque mi medicación no me lo permitía, pero eso no impedía que no disfrutara. En realidad, creía estar disfrutando mucho más que muchos a mi alrededor, quienes podía asegurar que despertarían la mañana siguiente recordando apenas cómo habían llegado a la fiesta.

El anfitrión del evento se la pasaba de maravilla, desde que puse un pie en su casa pude verlo ir de aquí para allá, con diferentes tipos de latas de cerveza en su mano, saludando a cada invitado con suma amabilidad. No lo conocía, pero su sincera felicidad por estar dando una de las mejores fiestas del verano se podía ver en su sonrisa radiante. Adam estaba con él y los demás miembros del equipo de básquet, hacía un rato lo había perdido de vista entre la multitud.

Quería acercarme, pero la última vez lo vi hablando con un chico con chaqueta de Los Knicks y una chica pelirroja, quien no paraba de asentir en su dirección y reírse de lo que sea que el chico junto al moreno le estuviese diciendo, así que no quise interrumpir. Luego los dejó solos, y más tarde perdí de vista a los tres por completo, por lo que no sabía dónde se podría haber metido Adam desde entonces.

A quienes también había perdido de vista era a mis amigas, quienes estuvieron junto a mi bebiendo cerveza hasta que unos chicos se acercaron a ellas y prácticamente se las llevaron a quién sabe dónde. No me molestó para nada, luego de varias horas rodeada de tantas personas me estaba comenzando a sentir sofocada. A pesar de estar al aire libre podía sentir el olor a alcohol y sudor de cada persona que se cruzaba por mi camino, lo que no era nada agradable.

Decidí salirme del perímetro privado de la casa de Joe y acercarme más a la orilla del mar, sintiéndome incapaz de seguir soportando a la multitud por mucho tiempo más. A pesar de saber que, a veces, el estar demasiado tiempo sola comenzaba a jugarme en contra, puesto que mi mente se ponía a merodear por pensamientos que no eran convenientes y que tampoco me hacían bien.

No cuando intentaba divertirme.

En ese instante, me encontraba sentada sobre la arena, a orillas del agua, siendo embestida por ventiscas repentinas que movían los mechones de mi cabello marrón hacia atrás. Lejos de la multitud, lejos del calor y la mezcla de olores y perfumes, lejos del bullicio y el alcohol. Estaba concentrada con la vista privilegiada que me ofrecía la playa. Mis ojos iban del mar que se extendía ante mí en todo su esplendor, al cielo casi completamente estrellado.

Me tocaba admitir, que pese a mi mente maquinando como loca cuando lo hacía, de vez en cuando no me molestaba en lo absoluto estar un tiempo sola, me agradaba la sensación de libertad plena que sentía.

Mirando el agua frente a mí, empecé a pensar que haber llegado a la fiesta con un libro no hubiera sido mala idea, pero eso lograría que todo el mundo me mirara extraño y no me gustaba llamar la atención de ese modo.

—¿Disfrutando de la vista? —esa voz me sobresaltó.

Cuando realmente me concentraba y me aislaba del mundo, de verdad era difícil percibir lo que sucedía en mi entorno. Y no es que me molestara, en realidad me gustaba sentir que tenía el control sobre mi cuerpo en ciertas ocasiones o que podía controlar el hilo de mis pensamientos, pero estaba segura de que también podía ser algo peligroso.

Alcé la mirada y lo encontré viéndome.

—Lo lamento, no quería asustarte —dijo, un gesto divertido se formó en sus labios—. ¿Todo bien?

Asentí.

Sus ojos verdes dieron con los míos, y no logré evitar compararlos con los de Jaden, porque, mientras que los de él iluminaban al mundo y me sonreían cada vez que me buscaban, los del chico frente a mí parecían vacíos, normales, quizás, como si nada fuera capaz de hacerlos brillar.

—Todo bien —confirmé en un murmullo.

—¿Puedo sentarme? —Volví a asentir, se dejó caer junto a mí. Sus movimientos eran precisos, por lo que intuí que el alcohol en su cuerpo no había causado efecto..., aún—. Siempre que vengo a casa de Joe le ruego por salir a jugar en la arena.

» Las fiestas en la playa son mis favoritas, bastante tranquilas, pero pocas veces mis amigos prefieren esto a la fiesta —comenzó a decir, sus mirada puesta en el agua frente a nosotros—. Soy algo inquieto, la verdad, no me fascina el concepto de quietud, sería extraño que me veas sentado mucho tiempo en un mismo lugar —sonrió—. Supongo que estas aquí por todo lo contrario.

Sin mirarlo, dije:

—No me fascinan las multitudes. Adam asintió.

—Lo entiendo —murmuró, soltando un bufido. Lo miré, parecía frustrado—. Todo el mundo vino, no creímos que sería tanta gente. Muchos vinieron sin siquiera estar en nuestra escuela, por lo que no estaban invitados. Joe esta como loco, si la policía llega a su casa otra vez, jura que sus padres lo desheredan.

Quise reír por aquello último, pero sus anteriores palabras me recordaron a cierto chico de hoyuelos y ojos mieles que no había asistido a la fiesta por estar de vacaciones familiares. Hice una mueca, suspirando sin querer. Observé mis uñas.

—Si, bueno, si de algo te ayuda, no todo el mundo está aquí.

Él se quedó en silencio un momento, quizá pensando en mis palabras, quizá intentando descubrir de quién hablaba. Lo que, al parecer, solo le tomó escasos segundos. Carraspeó, queriendo llamar mi atención.

—Así que... He escuchado por ahí que eres muy cercana al menor de los chicos Brown —dijo, descolocándome por el cambio de tema tan repentino.

—Somos amigos —musité, no muy segura de mis palabras, no sabía adónde me llevaría esa conversación.

—Conozco a su hermano mayor, es amigo de mi hermano —comentó. Volví a asentir—. Es buen chico.

—Todo el mundo lo dice, sí.

—¿Lo dudas? —inquirió, alzando una de sus cejas.

—No, me lo ha demostrado —sonreí. Entonces, una lamparita se encendió en mi cabeza—. ¿Ustedes se conocen de la escuela?

—Si, desde que tengo memoria he visto a Jacob ir a jugar a los videojuegos con mi hermano… —hizo una pausa—, ninguno me dejaba jugar con ellos. Así que, cuando me aburrí de insistirles, me la pasaba en el patio de casa, encestando en el aro que mamá me compró a los siete.

Ambos sonreímos, él creo que lo hizo por el recuerdo, yo porque su sonrisa era contagiosa.

—¿Te llevas bien con Jaden?

Fui incapaz de callar mi curiosidad por más tiempo. Adam apartó la mirada, después soltó un corto suspiro.

—Nosotros compartimos clases desde niños, como nuestros hermanos, pero nunca fuimos tan cercanos. Sólo éramos amigos y ya —comenzó a decir, y una parte de mí no supo por qué él, sin conocerme bien, me contaba aquello tan abiertamente. No lucía como alguien que confiara fácil en las personas—. Cuando descubrimos que iríamos a la misma secundaria, comenzamos a juntarnos algunas tardes a jugar básquet o videojuegos. Pero todo terminó en bachillerato.

Se quedó callado, entonces supe que de verdad algo malo había pasado entre ellos. De pronto, buscó mi mirada. Sus ojos verdes dieron con los míos, que, con insistencia, aguardaban por esa confesión. Mas él no demostraba nada, ni el más mínimo sentimiento, ni el más mínimo interés en sus palabras. Entonces comprendí que se ocultaba, lo intentaba con todas sus fuerzas, y lo conseguía a la perfección. Adam era bueno fingiendo, él lo sabía. Algo se removió inquieto en mi interior.

—¿Qué cambió entre ustedes?

Sin titubear, sonrió con los labios cerrados.

—Una de nuestras amigas estaba enamorada de mí... —declaró—, así que comenzamos a salir. Pero nunca fui bueno en eso, nunca me gustó estar con una sola chica. Jaden dejó de hablarme luego de enterarse de que la había engañado.

Nerviosa, hice una mueca. Tal parecía que Jaden de verdad tenía razón al hablar con recelo de él.

—¿Por qué lo hiciste? —la pregunta tembló en mis labios.

—Yo no quería nada serio con ella, solo estábamos juntos porque me sentía solo y…, bueno, ella era atractiva, siempre lo fue. Pero luego descubrí que Jaden estaba enamorado de ella, que por eso insistía en que no le hiciera daño. Y cuando yo no le hice caso a sus advertencias y la lastimé; él dejó de hablarme.

No dije nada por unos segundos, quería procesar y recordar para siempre sus palabras. Aquello había pasado hacía poco tiempo atrás, porque Jaden sólo era un año mayor que yo, por lo que, si mis cálculos no fallaban, su amistad con Adam se había roto hacía un año.

—Lastimaste a Jaden y a pesar de que te lo advirtió, también la lastimaste a ella —susurré entonces.

—Sí.

Suspiré.

Me debatí entre confesarle o no que yo también había lastimado a alguien importante en mi vida, porque Adam era de esas personas que te transmitían confianza con tan solo sonreírte, pero, teniendo en cuenta que ni siquiera me atrevía a admitirme aquello a mí misma, no iba a poder hacerlo ante alguien más. Quería creer que Adam en realidad era una buena persona, porque haciéndolo quizá me convencía de que yo también lo era, así que pensé lo que diría a continuación con cautela.

—¿Te arrepientes?

El mar se había dejado de mover, ahora solo estaba tranquilo, como si también estuviera aguardando a su respuesta, tan ansioso como yo. Había querido hacer esa pregunta desde que comenzó a contarme lo sucedido.

—Era bastante idiota hace dos años atrás, no entendía muchas cosas —murmuró—. Creo que los errores que cometemos son para aprender a no volver a hacerlos, así que sí, me arrepiento de todo lo que hice. Pero no creo que algún día ellos me lleguen a perdonar de verdad.

—¿Ninguno de los dos?

—Bueno, al menos Annabeth a veces me dirige la palabra. Aunque no sé si el encontrarla mirándome mal de vez en cuando se le puede llamar perdonar —dijo, y juro que ese fue uno de los momentos que más recuerdo hasta el día de hoy.

Él no hablaba de cualquier chica, estaba hablando de Annabeth, mi amiga. Qué pequeño era el mundo. Ella era de las personas más amables de la escuela, honesta, bastante divertida y con un corazón muy bonito, casi tanto como el de Mel. De repente me sentí indignada. ¿Cómo podía Adam lastimar a alguien como ella? No podía entenderlo. Definitivamente tenía que hablar con mi amiga sobre eso.

Pensé en Jaden. ¿Sería verdad ese enamoramiento o Adam sólo lo había entendido mal? ¿Sería verdad cada palabra salida de sus labios? Y si antes en verdad estaba enamorado de mi amiga, ¿lo seguiría estando? Mi corazón se estrujó de repente.

«No sigas por ahí, Jasmine»

El silencio nos invadió por minutos que no conté para nada, sacudí mi cabeza ligeramente intentando borrar todo pensamiento. No necesitaba pensar. El viento helado de pronto se esfumó, por lo que el calor reapareció en el aire y aquello comenzó a molestarme, ni siquiera la arena fría bajo mi cuerpo podía hacerme olvidarlo. ¿Jaden seguía sintiendo algo por Annabeth? ¿Por qué me aterra tanto la idea?

De la nada, Adam se puso de pie, me avisó que enseguida volvía y luego se alejó, perdiéndose entre el gentío cerca de la casa. Pocos minutos después, reapareció con dos vasos de vidrio en sus manos, me entregó uno y volvió a sentarse.

—Dejemos la melancolía a un lado por hoy —bromeó—. Ya tuvimos suficiente.

Le devolví la sonrisa y luego inspeccioné el vaso, tal y como me dijeron mis padres que hiciera con cada cosa que me ofreciera cualquier extraño en la fiesta. Solo era jugo de naranja con varios cubitos de hielo dentro.

—Pensé que en esta fiesta no existía algo con 0% de alcohol.

—El ser amigo del anfitrión tiene sus ventajas —sonrió, luego extendió su vaso hacia mí—. Brindemos, Jas.

Su sonrisa era contagiosa, hacía que lo dicho anteriormente volara unos instantes de mi mente.

—¿Brindaremos porque le rompiste el corazón a mis amigos? —le sonreí, demostrándole que no estaba enojada o algo como eso.

Porque así era, en realidad. No sabía cómo sentirme con tanta información lanzada a mi cara de

repente, como si nada. Sin embargo, sí que creía que tenía que darle una oportunidad, así como se la había dado a cada uno de mis amigos, sin juzgarlo por lo que había hecho en el pasado, sin formarme una opinión solo basándome en sus malas experiencias. Todos las teníamos, y yo lo sabía mejor que nadie, pero había aprendido que ninguna mala experiencia nos formaba como personas, no nos definían. Lo que nos definía era lo que decidíamos hacer una vez aceptados nuestros malos momentos.

—Mejor brindemos por los errores aprendidos —me siguió.

—Por habernos conocido.

—Y por seguir conociéndonos —añadió.

Sonreí, luego ambos chocamos nuestros vasos.

Después de esa noche, Adam y yo no nos volvimos a ver el resto del verano, pero sí seguimos hablando por redes sociales, cuando se dignó a aceptarme. El tiempo nos hizo buenos amigos, sin embargo, la calma duró poco.

En la escuela, se comenzó a correr el rumor de que teníamos algo. Era falso, ambos lo teníamos más que claro. Adam era el prototipo de chico malo perfecto que a todas les encantaba, y yo había logrado descubrir mucho más de él, fui mucho más allá de todos los rumores que circulaban por ahí, descubrí al verdadero Adam y lo entretenido que podía ser tenerlo en mi vida. Contrario a todo lo que pensaban, en ese entonces no me enamoré de él y él no se enamoró de mí, pero inclusive con eso en claro; ninguno de los dos se molestó en negar esos rumores.

Creímos que no hacía falta, no teníamos por qué hacerlo cuando eran ellos quienes hacían de nuestra amistad algo más grande de lo que era y no nosotros.

Y quizá ese fue un error. Porque nos encontrábamos casi en mitad de año cuando, inesperadamente, comenzamos a lidiar con peleas innecesarias que se volvieron constantes entre él y aquel chico de hoyuelos y sonrisa encantadora. Un problema que conllevó a malos entendidos en incontables ocasiones.

Capítulo 5
La terapia sana.

Marzo de 2016.

La doctora Miller me dio la bienvenida con una sonrisa nada más entrar a su consultorio, indicándome que tomara asiento en donde quisiera.

Como lo hice la primera vez, me senté en el sillón color marrón y más pequeño, porque mi cuerpo entraba perfecto y tenía un almohadón de corazón que me gustaba abrazar en el transcurso de la sesión.

Con ella, era la tercera sesión que teníamos en el año, lo que para mí se convertía en todo un logro.

Había tenido dos psicólogas con anterioridad, pero sólo una sesión con cada una, porque me costaba demasiado hablar con ellas. Eso, o en realidad era que ya no quería seguir soportando todo por mí misma y de verdad necesitaba hablarlo con alguien que no me conociera y sólo me diera una mano para afrontarlo.

Quería pensar que era lo segundo, porque eso significaba que mi mente había tenido un avance desde entonces.

—Cuéntame cómo te ha ido esta semana, Jas.

—Bien, supongo —sonreí un poco—. Con mi familia fuimos a pasar el día en la playa, disfrutando un poco de la primavera. Fue divertido, Daniel y yo hicimos una competencia de helado cuando mis padres se fueron a caminar y nos dejaron solos.

—¿Han vuelto a discutir?

Su pregunta me dio una punzada en el pecho.

La primera vez que vine a la psicóloga, le conté todo. Quizás había sido porque en realidad ya no soportaba no hablarlo con nadie y ella estaba dispuesta a escuchar sin opinar, o tal vez porque no la conocía y sabía que mi relación con ella no era más que profesional, no sabría afirmarlo, pero algo me llevó a contarle el porqué de mi ansiedad y todo lo que conllevaba a ella, mis miedos, mi inseguridad. Todo, con lágrimas en los ojos.

Me sentí mejor al hacerlo, sobre todo porque ella me dijo que era normal que sintiera todas esas cosas, porque era joven y no sólo estaba experimentando cambios, sino también desafíos. Le conté que mis padres solían discutir a veces.

No eran peleas fuertes, eran puros desacuerdos. A veces uno de ellos olvidaba lavar los platos y el otro los encontraba en la mesa la mañana siguiente, entonces empezaban a discutir sobre responsabilidad y ayuda mutua. Otras, discutían por el dinero. Eso era bastante usual en los últimos días, pues ambos estaban teniendo poco trabajo y con el aumento de precios las cosas no alcanzaban como antes.

Me estresaba por ellos y me sentía mal por no saber cómo ayudarlos, entonces me sentía inútil.

—Los últimos días lo han hecho bastante —confesé—, pero decidí hacerle caso a usted.

Ella asintió, sin borrar su sonrisa.

—Y cuéntame cómo te fue con eso.

—Bien. Esta semana pude dormir tranquila, porque, como usted dijo, entendí que no es mi responsabilidad darles una solución, que deben buscarlas por sí mismos.

—¿Eso te hace sentir tranquila?

Asentí, acariciando el pelo del almohadón entre mis dedos.

—Los vi discutir esta vez, porque sucedió frente a mí. Pero también los vi solucionar el

problema mientras fingía que estaba terminando un ejercicio de matemáticas. —Antes de que hablara, añadí—: Ya sé que usted me dijo que, a veces, era mejor que me retirara del lugar cuando algo así pasara, pero siento que esta vez necesitaba quedarme. Ellos estaban hablando fuerte, sabían que los podía escuchar, incluso mamá le dijo a papá que bajara la voz, pero creo que, si me hubiese ido, no habría visto cómo lo solucionaban y eso me habría hecho sobrepensar las cosas.

—Está bien —dijo, anotando algo en su hoja. Lo había estado haciendo desde el principio—. Por lo que veo, ese episodio pudo haber sido estresante. Déjame decirte que admiro que seas tan consciente de lo que puede generar lidiar con situaciones así. Creo que estás dando un gran paso al aceptar que nada de lo que les pasa es tu culpa, y que tampoco puedes hacer nada para solucionar los problemas de los demás. Eso, Jasmine, es un logro enorme.

Sentí mis mejillas arder, así que le sonreí sin decir nada. No estaba acostumbrada a los halagos, era obvio.

—Pero cambiemos de tema un poco, no quiero que esta sesión sea tan estructurada. Dime, ¿cómo te va en la escuela? Cuéntame sobre tus amigos. La vez pasada hablamos sobre tu renuencia a asistir a fiestas con demasiada gente, por tu miedo a otro ataque de pánico.

—Sí... —miré mis manos—. He ido a algunas desde entonces.

—Oh, eso es algo.

—La verdad, por un lado, no me fascinan, pero por otro, sí me gusta estar con mis amigos en ellas. Aunque no estoy mucho tiempo adentro, suelo salir al patio o a cualquier lugar en el exterior para no lidiar con el encierro.

—Esto es nuevo, no hemos tocado el tema antes. ¿Es porque te dan miedo los lugares cerrados?

—No, yo... —tragué saliva—. En realidad, mi único miedo son los ataques de pánico. O eso creo. No lo sé.

La miré, ella había dejado de anotar y tenía sus dedos entrelazados sobre la libreta.

—Trabajaremos en ello —aseguró—. Ahora, ¿quisieras contarme otra vez cómo sucedió el primero?

Podía sentir que las lágrimas estaban a nada de caer. Pero asentí, porque hablar con ella era fácil, las riendas de la conversación las llevaba yo y eso me impulsaba a continuar.

—Fue la misma noche en que celebramos mi cumpleaños número doce. Estaba solo en mi cama cuando sucedió —dejé de mirarla, concentrándome en el almohadón—. Recuerdo sentirme mal porque mis padres discutieron porque la chica que hacía mi pastel se confundió de fecha y no lo tenía listo, tuvieron que salir a comprar uno a último minuto. Mi padre odiaba hacer las cosas a último minuto. Luego me sentí mal porque no pudo estar toda mi familia, debido a que nos mudamos por tercera vez ese año. También, porque no tenía amigos. Nadie había ido a verme, sólo algunos primos y ellos no querían jugar mucho conmigo.

» Entonces empecé a sentirme fatal. Me faltaba el aire, sentía que toda la habitación se estaba reduciendo, como si las paredes se acercaran a mí para encerrarme. Y ya no recuerdo bien qué sucedió. Estaba llorando cuando mamá me ayudó a recuperarme, ni siquiera recuerdo cómo llegué a su habitación. Papá se asustó mucho. Ella estaba llorando como yo.

» Creí que había sido un ataque al corazón porque el pecho me dolía demasiado. Todo pasó muy deprisa, y la recuperación fue demasiado lenta.

Ella se puso de pie para entregarme un vaso de agua que acepté, además de dejar un paquete de pañuelitos en la pequeña mesa pegada al sillón. Por un minuto, tuve el impulso de salir corriendo de ahí, abrirme de esa manera no era algo que me fascinara.

Tenía miedo a los ataques de pánico desde el primero. Sin embargo, llevaba años sufriendo en silencio o respondiendo con monosílabos a mi doctora cuando me preguntaba cómo estaba, y con total honestidad, esta mujer me había tratado tan bien y tan delicadamente que ya no quería seguir callándome. Ella me escuchaba y de pronto era todo lo que necesitaba.

Consejos aparte, salía de cada sesión con una presión menos en mi pecho, y eso lo podía notar hasta mi hermano, quien apenas reparaba en algo más que no fueran sus videojuegos. Quizás ella no era mejor profesional que las otras dos doctoras y psicólogas que había visitado, quizás sólo era que mi corazón ya no soportaba callarse.

—Haces un trabajo maravilloso cada vez que vienes, Jasmine —dijo cuando terminé de secarme las lágrimas y limpiarme la nariz. La miré—. Que te animes a ir a esas fiestas es un avance del que, espero, te sientas orgullosa.

—Lo estoy —fui sincera.

—Hoy podemos trabajar el miedo que sientes debido a la ansiedad. Dependiendo de cómo evoluciones con respecto a ella, te confieso, que quizás no tengas que continuar con el tratamiento el resto del año, pero eso lo veremos en unas semanas. ¿Qué te parece?

Que me comentara sobre el tratamiento para la ansiedad era alentador, pero que mencionara la posibilidad de quitármelo, me hacía sentir un calor reconfortante en mi pecho. Había una voz en mi cabeza que me decía que estaba feliz, que empezábamos a avanzar.

Por eso mismo asentí, lista para confiar en ella.

❦ ❦ ❦

Dejé mi mochila en el pie de las escaleras después de entrar a casa, escuchando el ruido que hacía Daniel en la sala. Como siempre, jugaba FIFA. Tenía una obsesión enorme por ese juego, y me tocaba admitir, que era muy difícil ganarle. Me había enseñado todo lo que sabía, podía decirse que era tan buena como él, pero la mayor parte del tiempo me ganaba.

Cuando entré en la sala, lo saludé. Ya sabía que era yo, así que no volteó a verme hasta que no me detuve a su lado para robarle un par de palomitas que tenía sobre la mesita frente a él. Me dio una mirada, indignado, pero no dijo nada. Como aún tenía puesto lo que había llevado a clases y él llevaba ropa de casa, frunció el ceño.

Detuvo su juego para preguntar:

—¿De dónde vienes, jovencita?

—Daniel, te recuerdo que soy la hermana mayor, no tengo que darte explicaciones cada vez que salgo.

—Jasmine —dijo con el mismo tono—, te recuerdo que eso es solo por un año.

—Lo cual no cambia nada.

—Lo cual... Espera, no, no cambies de tema. Responde.

Me senté en el sillón a su lado, golpeando su rodilla con la mía en el acto. Él me pasó un joystick y abandonó su partida para comenzar otra.

—Vengo de ver a la doctora Miller —dije, restándole importancia.

No porque me diera vergüenza ir a terapia, de hecho, él también iba. Era porque no me gustaba hablar del tema con nadie.

—Ah... ¿Y qué tal todo?

Seleccioné a unos jugadores de algún equipo alemán que no conocía de nada, intentando hacer tiempo para responderle.

—Me dijo que te espera la semana que viene.

—Jas, me refiero a qué tal te fue.

—Ah, eso. —Me encogí de hombros—. Bien, supongo. Dijo que he tenido una mejora desde que nos vimos la vez pasada. Me agrada, más que las otras, creo que esa mejora se debe mucho a que ella me cae bien.

—Sí, es como mamá en versión profesional —dijo, sonriendo un poco—. Y menos intimidante.

Me reí. Era cierto, mi madre podía ser intimidante cuando quería, sobre todo cuando nos quejábamos de ir a hacer las compras con ella. Ponía esa cara de «o me contradices o te quedas sin cenar» logrando que hiciéramos todo lo que nos pedía. A veces era divertido hacerla enojar. Otras no tanto.

Daniel llevaba apenas una sesión, pero sus palabras me confirmaban que no era la única que sentía confianza con la doctora.

Minutos después, iniciamos un juego, con Daniel moviendo la pelota. El tablero iba dos a uno a su favor cuando volvió a hablar.

—Sabes que te quiero, Jas, ¿verdad?

Llevaba moviendo la pierna sin parar desde que salió el tema de la doctora Miller y empezaba a ponerme los pelos de punta. Pero su frase me dejó paralizada. Mi hermano era parecido a mi madre; se la pasaba diciéndonos que nos quería, a todos. Sin embargo, no me sorprendió el que lo dijera, mas bien fue la forma de decirlo. Como si esa declaración fuera el indicio de algo terrible.

—Lo sé, Dani, yo también te quiero. —Pausé el juego, dejando el joystick en la mesita—. ¿Qué pasa? ¿Por qué lo dices así?

Imitó mi acción antes de mirarme. Sus ojos, parecidos a los míos, eran como un mar de miel en el que algunos trozos de chocolate se habían colado y mezclado, formando un color precioso. Mi padre los tenía igual, los míos eran más claros, y mi madre siempre decía que Daniel tenía los ojos más brillantes y hermosos del mundo, que todos los hombres lo iban a envidiar de adulto porque conseguiría más con un parpadeo que ellos con palabras.

Tenía razón, honestamente. Aunque conocía a alguien más, cierto chico que amaba el básquet, que le hacía una justa competencia. Y para mí, ganaba. Pero esa era una información que me guardaba para mí.

Daniel, negó, con una sonrisa en los labios.

—Nada, sentí que necesitabas escucharlo. —Elevó una mano solo para despeinarme un poco, lo aparté de un manotazo, riendo—. Estar con la doctora Miller es difícil, al menos lo fue para mí, así que quizás necesitabas escuchar algo dulce después de una hora de esfuerzo.

Mi sonrisa era enorme.

—Gracias, Dani —dije, abalanzándome para abrazarlo—. ¿Quieres ir por helado? Mamá y papá no vendrán hasta la noche, incluso podemos ir a los juegos del centro comercial.

Sentí su risa vibrar en mi cabeza, porque la tenía apoyada en su pecho. Lo despeiné tanto que se empezó a retorcer entre mis brazos, eso siempre le molestaba.

—No tengo cinco años, Jasmine —se quejó, riendo.

—No, pero tienes cinco segundos para aceptar la oferta o voy a irme sola.

Negando, no tuve otra opción que dejarlo en paz. Me alejé y lo miré, su rostro estaba rojo, como el mío cuando sentía vergüenza o me enfadaba. Estaba enfadado porque lo había despeinado, Daniel era muy perfeccionista, su cabello siempre estaba impecable y odiaba cuando me metía con él.

—Eres tonta, ¿sabías?

—Cinco...

—Jas —se quejó.

—Cuatro...

—Basta, no voy a caer.

—Tres... dos...

Se puso de pie de golpe, empujándome contra el sillón para saltar sobre mí y salir de la sala.

Mientras me reía, le escuché abrir la puerta de entrada antes de gritar:

—¡El último en llegar a la parada de autobús lava los platos de la cena!

Me levanté y lo seguí afuera de la casa, sin necesidad de llevar mi dinero, verificando que su billetera del bolsillo de la chaqueta que había dejado en la entrada. En efecto, ahí estaba.

Sonreí. Si hacía trampa para que yo lavara los platos, iba a dejar que pagara el helado él.

Mi venganza por hacerme alcanzarlo iba a ser verle la cara de susto cuando descubriera que no tenía su billetera. Dar la cara por él en lugares públicos me daba cierta autoridad como hermana mayor. Me encantaba.

Capítulo 6

La irracionalidad de la mejor amiga.

Noviembre de 2016.

Tenía un pequeño lunar bajo el mentón, mucho más cerca del lado izquierdo de su rostro que del derecho. Aunque, sin dudas, el que más llamaba mi atención era aquel sobre la comisura de su labio superior.

Cada una de sus diminutas pecas se amontonaban en su nariz y luego desaparecían hacia el final de sus mejillas, no eran demasiadas y tampoco se veían si estabas muy lejos, pero yo hasta podría contarlas. Le sentaban a la perfección. Pero, lo que más me gustaba de su rostro, sin pensarlo demasiado, eran sus ojos. Brillaban cada vez que encontraban a los míos, como si estuvieran alegres de verme, como si los míos le dieran vida.

Me hacían suspirar.

Él me hacía suspirar cada vez que me sonreía, o cuando nos reuníamos en los recesos o fuera de clase y se dedicaba a hacer bocetos de alguna caricatura a su gusto, dándoles vida y creando sus propias historias.

Más aún, en aquellas ocasiones en las que me obsequiaba esos dibujos suyos que más me gustaban —porque eso que él llamaba dibujos feos, para mi eran hermosos—, junto con algún chocolate o gomitas de colores que compraba por ahí.

Me gustaba cuando me invitaba a jugar al FIFA en su casa, en lugar de reírse de mí porque jugaba algo que era «solo para chicos».

Me gustaba cuando me esperaba con un gran tazón de palomitas de maíz y sacaba a su gato afuera de la casa porque, como le había dicho y siempre recordaba, era alérgica a pesar de amarlos con locura. Incluso me gustaba cuando discutíamos por cuál jugador era el mejor en el videojuego, y al final él ponía sus ojos en blanco —con su rostro y orejas ya rojas por el enfado — y aun así lo dejaba pasar para no terminar peleados de verdad por aquella idiotez.

Me gustaba Jaden y cada vez se me hacía más difícil esconderlo o negarlo cuando me lo preguntaban.

Sin embargo, definitivamente, lo más difícil era verlo coquetear con Gala Jones, una chica nueva de intercambio que llegó al iniciar el nuevo año escolar. O peor, cuando encontraba el asiento junto a mí en la cafetería vacío y luego lo veía comiendo junto a ella en el patio, mientras reían de alguna broma privada que hacían. Me dolía porque, meses atrás, no había podido decirle lo que sentía cuando tuve la oportunidad, pero, en ese momento, gracias a que su atención parecía no despegarse de ella; eso se me hacía más imposible aún.

En ese instante, me encontraba sentada en las gradas del gimnasio, junto a Melisa y Annabeth, siendo testigos de cómo el equipo de básquet visitante estaba derrotando a nuestros chicos. Desde mi lugar, podía ver a mi amigo sentado en la banca, bebiendo agua como si no hubiera un mañana mientras el sudor lo bañaba por completo. Tanto él como sus compañeros hablaban con el entrenador, intentando encontrar alguna solución para remontar el partido. Y esa era otra de las cosas que me gustaban de Jaden: la pasión por su deporte, que demostraba partido tras partido con mucho esfuerzo. Amaba el básquet tanto como amaba los videojuegos, y eso definitivamente era mucho.

Adam, quien era sólo mi amigo, aunque los rumores dijeran lo contrario; también estaba ahí. Era el capitán del equipo. Minutos atrás, al verme entre el público, me saludó con un movimiento de mano y luego volvió su atención al entrenador.

Al Jaden ausentarse por estar junto a Gala —cuando no estaba con el resto de sus amigos—, él ocupaba su lugar y me distraía tanto a mí como a mis amigas, ya que ellas solían interrogarme sobre cuánto tiempo más iba a callar mi amor por mi amigo y había veces en que ya no lo soportaba. Así que Adam se había convertido en mi distracción favorita.

La realidad era que mi corazón se ilusionaba cuando Jaden estaba conmigo, pero se escondía detrás de un muro cuando lo veía con ella, intentando cubrirse del dolor. Porque ni él ni mi mente estaban listos para que Jaden nos rompiera, aunque tampoco estaban listos para llevarme a confesarle todo. Todos mis amigos ya lo sabían, se habían dado cuenta incluso antes que yo. Annabeth fue la primera en animarme a decirle, porque, según ella, Jaden sí sentía lo mismo que yo. Pero no podía, no era tan fácil.

¿Lo que había dicho Adam de ella y Jaden era cierto? Sí, cada palabra. Mi amiga me lo confirmó nada más preguntárselo, pero también era cierto el que ella no le correspondió los sentimientos a él en ese momento, porque según sus palabras, Adam la había tenido en la palma de sus manos. Era el único que le había gustado en su momento, y por eso salió tan lastimada cuando se enteró que él la engañó con varias chicas a la vez.

Adam lastimó el corazón de mi amiga y no podía recuperar su confianza con nada, porque incluso con trece años todo el mundo es capaz de sentir un fuerte amor por cualquiera que nos quiera más de lo normal. No somos ingenuos a esa edad y tampoco muy jóvenes para amar: sólo demasiado vulnerables e inexpertos y algunos no sabemos cómo manejarlo o nos cuesta horrores.

A pesar de todo, Annabeth no se negó cuando el chico comenzó a sentarse con nosotras, porque dijo que ya lo había superado y de verdad lo había perdonado, que lo pasado ahí se quedaba, por lo que hicieron las paces. Incluso, Adam volvió a disculparse con ella frente a nosotras en una ocasión. No podría decir que se habían convertido en los mejores amigos, pero al menos ella lo había dejado de mirar mal y hasta la había escuchado alentarlo en los partidos, así como a Jaden, aunque un poco más bajo que a él. Jaden que, cuando se lo pregunté, me dejó en claro que su amor por Annabeth se quedó totalmente en el pasado.

Claro que así era, porque en ese momento era esa chica nueva quien comenzaba a robarle el corazón de a poco.

Observé a mi alrededor. Gala estaba sentada tres gradas adelante en la tribuna, junto a sus amigas, y apartaba la mirada de su teléfono para prestar atención al juego solo cada vez que algún equipo anotaba. No se veía muy cómoda en el lugar. Podía entenderla, todo era un caos de gritos y vítores —o abucheos— aunque me molestaba en cierto punto que hubiera tomado los asientos de adelante si no iba a estar prestando atención al juego.

Me puse de pie.

—Voy por más limonada —les avisé a las chicas.

El marcador seguía detenido, y aunque los gritos no habían cesado, era el momento de calma oportuno para salir del gimnasio sin ser golpeada por algún efusivo fanático del equipo. A veces la gente se ponía bastante intensa en los juegos.

—Tráeme una a mí —pidió Mel.

—Yo también quiero, ¿podrías traer más palomitas? —dijo Anna.

Asentí, luego me dispuse a salir de las gradas y, por suerte, nadie me golpeó en el trayecto.

Cuando llegué al puesto que el presidente estudiantil había puesto fuera del gimnasio, cerca del campus de fútbol americano, hice la no tan larga pero aun así tardía fila, y pagué por mi pedido. Claro que no me percaté de que llevar una bolsa de palomitas y tres vasos de limonada no iba a ser tan sencillo, sino hasta que di un par de pasos y casi se me cae todo.

Hice una mueca, intentando acomodar las cosas entre mis brazos, haciendo mi mayor intento

por no tropezar con mis propios pies, porque no tenía ganas de hacer dos viajes, quería ver el final del juego.

—¿Necesitas ayuda? Di un respingo ante la sorpresa, otra vez, casi tirando todo al suelo.

Su voz había sonado demasiado cerca. Giré lento sobre mis talones, encontrándome de lleno con ese par de ojos mieles que me observaban con diversión.

—Sí, gracias. —Le entregué uno de los vasos y él tomó el otro que estaba atrapado entre uno de mis brazos y mi pecho—. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes un partido que jugar?

—El entrenador acaba de echarme.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso fue porque...?

—Porque Adam y yo discutimos.

Solté un suspiro.

Por algún motivo, desde hacía meses, Adam y él parecían soportarse cada día menos. No podían estar más de dos minutos frente a frente porque enseguida uno de ellos le decía algo al otro, o uno se reía y el otro pensaba que se burlaba de él, o, por estúpido que pareciera, se quitaban sus asientos en clases y discutían también por eso. Esto último nos lo contaba Anna en el almuerzo, porque Mel y yo no coincidíamos con ellos. En entrenamientos de básquet la cosa parecía empeorar.

Según contaban los rumores, y también Luke y Alex, ninguno quería pasarle el balón al otro, se ignoraban deliberadamente, lo que hacía que el entrenador los castigara dejándolos en la banca. No los entendía, en lugar de comportarse como chicos de dieciséis años, parecían tener diez años menos.

—¿Por qué fue esta vez?

Mi pregunta casi sonó a reproche, por lo que él alzó una ceja, y a decir verdad era un reproche en todo su esplendor.

—El idiota me ignoró cuando le grité que me diera el pase. ¡Yo tenía ventaja sobre el rival! ¡Podía encestar! —exclamó, a la defensiva—. Pero no, Adam sólo quiere lucirse él, y, como siempre, perdimos tres puntos importantes. Obviamente los necesitamos para empatar.

Silencio. Lo pensé bien antes de preguntar:

—¿Los echó solo por gritarse? —Él titubeó. Luego carraspeo y apartó la mirada—. Jaden...

—Bueno, ya. Es que, después de gritarnos, nos empezamos a empujar (porque él empezó a provocarme) y el árbitro le advirtió al entrenador que descontaría puntos por falta de fair play, así que él nos sacó a ambos.

No respondí al instante, seguimos caminando en silencio hasta llegar a las puertas del gimnasio, ahí decidí detenerme antes de entrar. Él me imitó. Giré ligeramente para quedar frente a frente. En sus ojos pude divisar una pizca de arrepentimiento, y eso fue lo que me dejó sin palabras durante varios segundos.

De nuevo, no lo entendía.

Jaden no era de la clase de chicos que buscaban pelearse con sus compañeros por ego, tampoco de aquellos a los que solías enfadarlos con facilidad. Por eso, en el momento en que se daba cuenta de que se había equivocado en algo, su arrepentimiento era tan grande que lo obligaba a levantar un muro de autodefensa. Cuando eso sucedía: no era capaz de disculparse y aceptar su error. Él no podía soportar no tener la razón, o lo que era aún peor, tener que dársela a alguien más, así que no aceptaba sus errores y actuaba como si el equivocado fuera el otro. Esa actitud parecía ser su kriptonita, por lo tanto, era lo único que me molestaba de su personalidad.

Y Adam tampoco era bueno aceptando cuando no la tenía, cosa que también me molestaba de

él. Por eso no necesitaba ser una detective calificada para deducir que ninguno de los dos daría el brazo a torcer, jamás, en ninguna de sus peleas.

Los quería a los dos, sin embargo, me era muy difícil ponerme del lado de uno cuando ambos actuaban como idiotas. Adam era mi amigo y Jaden lo sabía. Annabeth y Melisa también lo sabían, y si bien a ninguna parecía fascinarles cuando se sentaba con nosotras, ambas trataban de ser amables porque sabían que él me caía bien.

Pasados unos meses y algunos problemas solucionados, ya se podía decir que hasta se caían bien entre ellos. Pero Jaden ni siquiera lo había intentado. Ni una vez. Cuando comenzaba a hablar de algo que habíamos hecho o visto con Adam, el buen momento que estábamos teniendo se evaporaba más rápido que un parpadeo.

—Esto que están haciendo ya comienza a ser insoportable —le dije entonces.

—¿El qué? —fingió no entender.

Sí, a veces hacerse el idiota también le salía de maravilla.

—Sabes de lo que hablo —gruñí—. Llevan meses entre peleas absurdas, comportándose como dos niños. Lo único que conseguirán así es ser expulsados del equipo para siempre. Con esta, van tres veces que los sacan de un partido antes de tiempo, ¡tres, Jaden! ¿No crees que están siendo irracionales?

—¿Qué dices? ¿Irracionales? —se burló—. No, Jasmine, no hables en plural, el único irracional aquí es tu amiguito, no yo.

Quiso pasar por mi lado y entrar al gimnasio, pero fui más rápida y bloqueé su paso con mi cuerpo. Me observó con molestia.

De pronto, me invadió un cosquilleo insoportable en el estómago gracias a la cercanía. Lo ignoré, porque esa actitud despectiva que adoptaba cuando hablaba de Adam comenzaba a molestarme, y no iba a dejar que las mariposas revoloteando en mi estomago me distrajeran esa vez. Ya había tenido suficiente de sus idioteces.

Todo había comenzado semanas después del inicio de clases, luego de la fiesta en la que hablamos, cuando Adam comenzó a saludarme y quedarse a conversar conmigo cada vez que me veía pasar por los pasillos.

Uno de esos días casuales, él posteo una fotografía mía en la biblioteca, con la descripción «A mi nueva amiga le gusta leer, ¿qué hice para merecerla?», que la tomó justo cuando yo caminaba entre los estantes para localizar las copias de Hamlet que la profesora Inés, de literatura, me había enviado a buscar. Lo que causó una reacción inmediata entre los estudiantes y los rumores dieron inicio.

Decían que él y yo salíamos, que ambos éramos amigos con derechos e, incluso, que teníamos una relación abierta y por eso se lo podía ver a Adam coquetear con otras chicas.

Nada era cierto, por supuesto, hasta algunos rumores eran cómicos y ambos nos reíamos de ello. Sin embargo, según ellos, el que dos chicos guapos como nosotros fuéramos sólo amigos; era algo imposible. Desde mi punto de vista, lo que decían era totalmente estúpido. Jaden me juraba que él me creía cuando le decía que no teníamos nada, pero no lo entendía, porque luego estaban esas actitudes suyas que me dejaban dudas sobre sus palabras.

Como en aquella ocasión durante el almuerzo, cuando Adam se sentó otra vez junto a mí en la cafetería —lo venía haciendo seguido— y pasó un brazo sobre mis hombros, luego de besar mi mejilla y agregar el «linda» al final de su saludo. Él estaba justo frente a mí, pinchó con fuerza un pedazo tomate y se dirigió a mí cuando dijo rehuyendo mi mirada:

—¿No me habías dicho que no salían? Se metió el tomate a la boca y aguardó pacientemente a mi respuesta.

—No salimos —respondió Adam por mí, y pudo haber quedado ahí su respuesta, pero añadió —: Todavía. ¿Cierto, Jas?

Sabía que bromeaba, así que me reí y respondí:

—Cierto.

No había entendido que Adam lo estaba provocando en ese momento, así que me seguí riendo y luego la conversación giró en torno a la pelea que había tenido Adam con su padre esa misma mañana. Luego de ese día Jaden no paró de advertirme sobre las intenciones de mi nuevo amigo, asegurándome que lo único que haría era jugar conmigo y mis sentimientos.

Adam se la pasaba riendo con diferentes tipos de chicas en la escuela, posteando selfis con sus citas algunas noches, o poniendo me gustas comprometedores a fotos de chicas en Instagram, y eso era algo que Jaden no aprobaba. Según él, que hiciera esas cosas y luego se la pasara abrazándome o hablándome en los recesos o almuerzos, era horrible, porque él jugaba conmigo, me ilusionaba.

Se equivocaba, la única que se ilusionaba con alguien aquí era yo, con él, pero él no lo veía. Lo único que me lastimaba era mi propio corazón. Así que no me importaba lo que me dijera, porque yo sí tenía claro que Adam y yo éramos sólo amigos que, cada día, se volvían más cercanos. Él era divertido y me gustaba reírme de sus chistes o de sus anécdotas sobre citas fallidas que había tenido, y sí que eran muchas. Más allá de eso, el portador de esos hermosos ojos que tanto adoraba, seguía convencido de lo contrario.

Me gustaba Jaden, pero me dolía que no confiara en mi palabra.

—¿Qué sucede, Jaden? —pregunté entonces, realmente cansada—. Sé que él y tú no se llevan bien desde hace años, pero ¿no podrían parar con esto? Se comportan como niños inmaduros.

Se lo había dicho a Adam semanas atrás, porque, siendo honesta, Jaden no tenía toda la culpa de los conflictos, más el otro solo se había limitado a decir que él sólo lo estaba probando. ¿Para qué? Ni idea. ¿Por qué? Mucho menos. Aun así, me prometió que ya no lo provocaría y trataría de estar en paz. Tendría que hablar con él nuevamente más adelante, porque me molestaba más su actitud que la del chico frente a mí. Adam había prometido dejarlo en paz, pero mintió, y si había lago que no soportaba ni en broma, era tener que lidiar con las mentiras.

El castaño abrió su boca ligeramente, dispuesto a responder, pero pareció arrepentirse y volvió a formar una fina línea con sus labios. Hizo lo mismo unas dos veces más, lo que hizo que mi impaciencia creciera, sin embargo, cuando estuve a punto de insistir, habló por fin. Y sus palabras no respondieron a ninguna de las mías.

—¿Ya aceptaste?

Fruncí el ceño. Le gustaba saltar de un tema a otro de vez en cuando.

—¿Aceptar el qué?

Se acercó unos pasos más, depositó con cuidado los vasos con limonada en el suelo y luego me hizo a mí seguir su acción con las cosas en las mías. Al parecer, le evitaban poder tocar mis manos, así que una vez libres las cubrió con las suyas. Las mariposas revolotearon con más fuerza, encantadas.

—Antes del juego, tu amigo dijo que te invitaría a salir —aclaró—. Tú le gustas, Jasmine, se nota a kilómetros.

Abrí mi boca, sorprendida, no sólo por el cambio de tema tan brusco, sino por la información que acababa de darme. ¿Adam quería salir conmigo? ¿El mismo que hace días se burlaba de los "ojos de cachorrito" que, según él, yo ponía cuando hablaba de Jaden? ¿El mismo que hacía días me había pedido un consejo para salir con Annabeth otra vez? ¿Ese Adam?

—Estas diciendo una tontería.

Se carcajeó con ironía, observándome molesto. Por alguna razón parecía contrariado.

—Me conoces, yo no invento cosas.

—P-pero es que es imposible, Jaden, yo no le gusto, ¿estás seguro de que eso fue lo que te dijo? Tal vez lo entendiste mal.

—No, ese idiota no me dijo nada, lo escuché hablándolo con Joe. Se lo decía cuando entré al vestuario, pero no hay que tener binoculares para darse cuenta de que está obsesionado contigo. ¿Es que no ves que claramente…?

Lo único que atiné a hacer en ese instante fue reírme, interrumpiéndolo. Me solté de su agarre para sostenerme el abdomen.

Me reía por nervios, porque la situación me parecía estúpida y porque Jaden de seguro había escuchado mal. Adam hablaba de Anna, estaba segura, llevaba obsesionado con recuperarla hacía unas cuantas semanas atrás. Estaba realmente arrepentido y quería remediarlo, pero no sabía cómo hacerlo, así que ideó un plan en el que la invitaba a una cita —como amigos— y le volvía a pedir disculpas. Claramente aún no lo había hecho por cobarde, cosa que usaba a veces para medio molestarlo, medio animarlo a que lo hiciera. Era imposible que yo le gustara, estaba delirando.

Mi risa pareció molestarlo un poco, pero logré divisar un atisbo de sonrisa en sus labios, entre toda su expresión seria y molesta, lo que me hizo reír aún más.

—Basta, deja de reírte.

—Es que de verdad eres increíble. —«Increíble, por no decir idiota»—. Además, ¿qué es lo que no veo claro, según tú?

—Que está loquito por ti, tonta.

Ya no había enojo en su voz, soltó aquel comentario siendo incapaz de contener la risa que le estaba contagiando. El sonido en el gimnasio de los vítores y chicos corriendo de un lado al otro con el balón se escuchaba hasta ahí, y decidí concentrarme en eso, así calmaba mi risa estúpida. Cuando nos dejamos de reír, Jaden volvió a ponerse serio, y yo asimilé por fin sus palabras.

—Jaden, mi amistad con Adam es la misma que tengo con Luke, Alex, Anna, incluso es igual a la que tengo contigo. Sólo amistad, no será algo más.

Negó, esbozando una leve sonrisa.

—No es lo mismo.

Me removí inquieta en mi lugar. No quería tener que decirlo porque no era mi asunto, pero no me dejó otra opción.

—A Adam le gusta Annabeth —le informé—, no yo. Hace unos días me dijo que la invitaría a salir, pero aún no se lo ha dicho.

Entre tanta risa, mi voz falló al final, por eso en lugar de sonar como una simple oración más, pareció que me había dolido pronunciarla. Él volvió a fruncir el ceño, malinterpretando todo.

—Te dije que te lastimaría, Jasmine —bufó—. Y todo esto está pasando por mi culpa, porque ya no pasamos mucho tiempo juntos y no estoy para cuidarte. Yo... lo lamento. Últimamente estoy muy distraído con...

—Estoy bien, Jaden, no hace falta que te disculpes —lo corté.

Ni que la menciones, quise añadir, mas no me atreví siquiera a mirarlo al hablar.

Gala.

Últimamente aparecía su nombre por todos lados. Cuando lo escuchaba nombrarla, me molestaba de una manera inexplicable, tanto que no podía controlarme y terminaba borrando la sonrisa que traía por el resto del día.

En varias ocasiones, Jaden y yo habíamos discutido por sus ausencias a mi lado en el comedor,

ya que a él parecía importarle mucho más una chica a la que apenas conocía que yo, la persona a la que llamaba mejor amiga. Discutíamos porque, la pantera en mi interior no podía controlarse, esa que gruñía cada vez que él sonreía por ella y me recordaba cuán estúpida había sido al no declararme a tiempo, entonces, cuando Gala llegaba a la conversación, de inmediato le pedía que no siguiera hablando.

Eso creaba una avalancha de preguntas sin respuestas, silencios incómodos, la petición de Jaden por tampoco mencionar a Adam mientras estábamos juntos, y más discusiones por los absurdos tabúes que estábamos creando.

Y aquello no me gustaba. Todo lo contrario, me hacía sentir culpable, porque sabía que mis sentimientos hacia él me hacían sentir celos, y que ese sentimiento era capaz de destruir cualquier tipo de relación.

En esos momentos, la irracional era siempre yo, porque cuando él me pedía que le diera explicaciones, que le dijera «por qué la odiaba tanto», no podía, y no solo porque ella en realidad me cayera bien, sino porque tenía miedo. Era muy simple, me había enamorado de él y no se lo había dicho a tiempo, pero tampoco iba a decírselo en ese momento. No cuando nuestra amistad era tan importante en mi vida.

Estaba lejos de querer destruir lo que teníamos por algo tan complejo como el amor, no estaba lista. Me rompía el corazón solo de imaginarlo fuera de mi vida.

Hoy, me arrepiento totalmente de todo, porque una parte de eso no eran más que celos absurdos generados por la inseguridad que sentía cuando ella estaba cerca, por el miedo que tenía que ella lo alejara de mí, y la otra; la cobardía de perderlo por mera culpa mía y el no poder culpar a nadie después.

—Tu mirada me está demostrando lo contrario —musitó.

Quise reírme. ¿Veía a través de mis ojos? No, claramente no lo hacía, porque éstos no mostraban dolor por el amor no correspondido de Adam, lo que debió haber visto era el dolor que me estaba causando él. Uno que me agobiaba, que hacía que un nudo se formara en mi garganta y me impidiera tragar con facilidad.

Un dolor que apretaba en mi pecho tan fuerte que hacía que se me dificultara respirar.

Un dolor, que me recordaba que lo estaba perdiendo de a poco.

Porque así era, lo perdía, se me escapaba de mis manos, así como el agua escapaba del aceite, y no sabía cómo hacer que se quedara conmigo. Nunca pensé que el amor por alguien pudiera llegar a doler tanto, pudiera hacerme tan cobarde y vulnerable, pero así era, y en ese momento lo estaba odiando tanto que no sabía cómo manejarlo.

Parpadeé, reuniendo toda la fuerza de voluntad que tenía, e ignoré el dolor en mi pecho para mirarlo con intriga y dudas…, miles de dudas. Sus ojos brillaron con intensidad.

—¿Por qué te importa tanto lo que Adam pueda sentir o no por mí? —cuestioné. Ante el dolor claro en mi voz, aclaré mi garganta—. Sabes que sé cuidarme sola. No tengo diez años, sé sus intenciones, sé sobre sus juegos y sé a qué me enfrento al estar junto a él. Así que, dime, ¿por qué sigues insistiendo en que me aleje de él?

No respondió, solo siguió mirándome y, otra vez, no logré descifrar ninguna de las emociones que cruzaban por su mente, por su cabeza, ni mucho menos por su corazón. Y me hubiese encantado poder leerlas todas y cada una de ellas, porque quizás, solo quizás, a partir de momento todo podría haber sido diferente. Nosotros, en especial.

O tal vez me equivocaba, tal vez todo podría haber empeorado, no lo sabía con certeza, ni ese momento, ni mucho menos ahora. Aun así, luego de varios segundos de eterno silencio, en ese momento su respuesta le dio una esperanza a mi enamorado corazón, y me aferré a ella sin

reparar en las consecuencias que tendría.

—Porque te quiero —soltó, acercándose un poco más a mí, cubriendo mis manos con las suyas otra vez, alocando más a mi corazón—. No sé cómo explicarlo, yo..., quiero protegerte de todo el daño que te puedan causar. Y quiero estar ahí para abrazarte si no puedo evitarlo, estar cerca de ti. Eres importante en mi vida, Jasmine, realmente te quiero.

Sentía su calor corporal muy cerca, tanto que mi cuerpo amenazaba con temblar, así que, en un intento de no verme en evidencia por la importancia que sus palabras tuvieron para mí, lo abracé.

El recuerdo de ese abrazo, de sus cálidos brazos aferrándose a mí con fuerza y su risa repentina, que vibró en mi cuerpo y me hizo reír también, perdura en mi mente aún hoy. Fue el primer abrazo que le di habiendo sentido de verdad esas palabras suyas.

Luego de ese día, me dije a mí misma que iba a luchar por aclarar sus sentimientos. Si Jaden me quería, iba a hacer todo lo posible porque diéramos ese paso, porque yo sí sabía lo que sentía por él y era momento de que él lo descubriera también, que me permitiera demostrarle el cariño que mi corazón tanto anhelaba entregarle, que me permitiera quererlo como nunca nadie me había querido a mí antes.

Sin embargo, también me prometí que, si no lograba que Jaden se enamorara de mí, tendría que desistir antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 7
Cuando las cosas van mal.

Diciembre de 2016.

A veces, cuando las cosas van mal, piensas que nada podría empeorarlo.

No existe en la tierra un pensamiento más vulnerable que ese.

Aquel diciembre, a casi nada de celebrar el cumpleaños de mi hermano, una mala maniobra de un conductor por la autopista en la que viajábamos mi familia y yo, hizo que nuestro auto volcara.

Mamá estaba enferma y a papá no se le ocurrió algo mejor para alegrarla que comprarle su postre favorito. Era un viaje de quince minutos que se hizo eterno en cuanto ese conductor giró su volante más de lo debido. Nos impactó desde atrás y nos hizo volar. Mi hermano y mi padre fueron los más perjudicados. El primero, porque se golpeó contra el volante, el segundo, porque llevaba discutiendo conmigo sobre el cinturón de seguridad sin haberse puesto el suyo.

Diez minutos antes habíamos discutido sobre quién iba de copiloto. El lugar me pertenecía a mí por ser la hermana mayor, era una regla que yo misma había puesto, pero, por supuesto, el talento de Daniel era competir conmigo por todo. Fue así, que sugirió que ganaba el asiento el que llegaba primero al auto.

Daniel no ganó, pero empezó a quejarse tanto que al final cedí, alardeando de que subiría mis pies en los asientos de atrás para ir recostada, a lo que él respondió que tendría el control de la radio y viajaríamos con The Angels de fondo, su banda nacional favorita y la que yo no soportaba de tanto que la oía. Además, amaba quejarme de los gustos musicales de mi hermano, sólo para molestarlo.

Quizás mi amabilidad de ese día fue un movimiento de Dios o del destino, lo que cualquiera eligiera creer, porque las cosas así debían ser, porque tenía que ser él, no yo. Sea como fuere, el hecho de ir en el asiento trasero salvó mi vida.

Todo el lado izquierdo del auto se llevó la peor parte. Daniel también. Y ese hecho, me llevó a sentirme culpable por largos meses. Por darle mi asiento. Porque lo último que le dije fue «Daniel, cállate de una vez». Por no haber insistido en que se colocara el cinturón. Por todo.

No obstante, si algo aprendí a lo largo de mis sesiones en terapia, era que culparme no servía de nada, sólo le daba a mi mente un incentivo para hacerme sentir triste y débil. Y si había algo que necesitaba mi hermano en ese momento, era fuerza. Una fuerza de la que me drené por meses esperando transmitirla en cada visita al hospital.

A veces, cuando las cosas van mal, piensas que jamás vas a recuperarte.

No existe en la tierra un pensamiento más errado que ese.

Capítulo 8
Acercamiento.

Febrero de 2017.

—Entonces..., mañana es sábado.

—Ajá —murmuré.

—Dicen que la noche estará despejada.

—Sep.

Fruncí el ceño, frustrada, cuando uno de sus jugadores logró quitarle la pelota al mío.

—¿Tienes algo que hacer?

—No —dije.

—¿Irás al cumpleaños de Davina? Ya sabes que estaré ahí. —Asentí, sin apartar la mirada del televisor—. Jasmine, mírame cuando te hablo.

—No, cállate.

Se rió.

—Jasmine —canturreó.

Bufé, molesta, y no alcancé a verlo, pero sabía perfectamente que él se estaba riendo en voz baja. Quería desconcentrarme, pero no lo lograría. No esta vez.

—No molestes —murmuré.

Volvió a reír.

Aproveché ese instante para intentar hacer un gol desde mitad de cancha, pero mi jugador no era tan especial como lo había imaginado, por lo que la pelota quedó en manos del arquero de Jaden, que la tomó sin problemas, logrando que el chico a mi lado me codeara con burla. Volví a bufar, ahora enfadada por haber sido tan tonta.

Llevábamos jugando toda la tarde, como lo hacíamos más a menudo luego de que él se enterara del accidente de mi hermano. Me gustaba, servía como distracción para mi cerebro y mi corazón. Anna y Mel venían a veces, no a jugar porque odiaban estar sentadas tanto tiempo, pero sí a vernos o a hacernos compañía.

Jaden me estaba ganando por dos partidos. Tenía que ser mi turno esta vez, no podía fallar, no lo soportaba. Siendo sincera, siempre fui algo competitiva, así que perder no era de mis cosas preferidas en la vida.

Quise tomar un respiro, pero él ya había comenzado otro juego sin siquiera esperar a escuchar alguna de mis quejas, por lo que intenté concentrarme una vez más.

—¿Pero sí irás? —insistió luego de unos segundos en silencio.

—Si, Jaden, ya te lo dije. No seas pesado.

—No, no lo dijiste, solo asentiste.

Exhalé. Él de verdad se estaba ganando un buen golpe.

—Lo que tienes de lindo lo tienes de pesado, de verdad —me quejé.

—¿Acabas de admitir que te parezco lindo? —soltó, burlón.

Sentí a mis mejillas arder.

Sí, bueno. En este momento lo había soltado así de la nada, pero desde hacía meses que decirle ese tipo de halagos y camuflarlos con sarcasmo o burla se había vuelto una estrategia para mí.

¿Cuál? La estrategia; hazle entender al chico que te gusta que te mueres por él sin ser demasiado explícita.

¿Estaba funcionando? No podía decir que no, aunque que él captara mis segundas intenciones

y me siguiera el juego o que sonriera cuando las recibía, me llevaban a pensar que sí lo hacía, pero no de la forma en la que yo quería. Al parecer no se daba cuenta de mis intenciones, así que tampoco podía decir que sí funcionaba.

Detuve el juego y giré levemente mi cuerpo para poder verlo. Me sonreía con burla y diversión, como esperando que el juego continuara.

Pero no fue fácil.

Gracias al reflejo del brillo del sol —que entraba por la ventana detrás de mí—, aquella mezcla de colores mieles en sus ojos brillaban más de lo usual, y era difícil concentrarme en fingir enfado y responder con sarcasmo cuando tenía tanta belleza frente a mí. Humedecí mis labios.

De pronto necesitaba de un vaso de agua con urgencia, así que pensé en qué decir para no quedar tan evidente.

Sí, lo estaba mirando como idiota.

—Iré a la fiesta —logré decirle, cambiando de tema—. No es como si tuviera de otra, de todos modos, prácticamente nos obliga a ir. Dice que será épica. ¿Es cierto que siempre hace las mejores?

—Son geniales, sí... —me observó un instante, después añadió—: ¿De verdad vas a ir? No eres fan de las multitudes, ¿estarás bien?

La preocupación en su voz no me sorprendió, más bien fue algo reconfortante. Siempre era reconfortante que él se preocupara por mí, me recordaba que yo le importaba y que nuestra amistad cada vez se hacía más sólida. Quise sonreír como idiota..., otra vez.

—Voy a ir —le aseguré—. Mi madre dice que debería salir a disfrutar más, así que espero que me de permiso.

Me dio una mirada comprensiva.

—¿Cómo está Daniel?

—Sigue igual —dije, forzando una sonrisa—, pero los doctores dicen que tal vez mejore en unos días, hay que darle tiempo. Voy a visitarlo cada vez que puedo.

El silencio colmó la habitación unos largos segundos que pudieron haberse sentido incómodos, pero eso era imposible, con Jaden nada se sentía así.

—Será divertido —rompió el silencio, volviendo a cambiar de tema.

—Sí, espero que Davina cumpla su palabra. Podría convencer a mi mejor amiga de ir también, podría presentártela. Y también a Anna y Mel.

Su sonrisa se amplió, lo que me hizo sonreír también.

—Claro.

Luego de sonreírnos, reanudó el juego.

Pasaron varios minutos, quizás horas, cuando Jacob —su hermano mayor—, llegó y nos saludó desde la entrada, para luego subir las escaleras y encerrarse en la habitación que compartía con mi amigo. No solía hablar mucho, ni pasar tanto tiempo junto a nosotros.

Justo cuando el partido finalizó, con él nuevamente ganando por goleada, sentí a algo moverse detrás de mí con sigilo. Segundos después, una bola de pelos de color blanco y café, saltó sobre mí y decidió sentarse sobre mi regazo, como si en realidad yo fuera el sillón bajo mi cuerpo.

—¡Bond! —le gritó Jaden—. Aléjate, no molestes... ¡Déjala, Bond!

Comencé a reírme cuando la hermosa bestia peluda en mis piernas no le hizo el mínimo caso y se acurrucó aún más sobre mí para poder conciliar el sueño. Le acaricie el lomo, observando a Jaden, quien le repetía que se quitara con gritos en susurros que, más que asustar al gato, le daban igual.

—Déjalo, Jaden, no está haciéndome nada.

—Pero eres alérgica, no quiero que te enfermes.

Negué y, quizás, pude haberle suplicado con la mirada cuando dije:

—Tranquilo, déjalo unos segundos, no me pasará nada.

Hizo una mueca, no del todo convencido, pero al final asintió. Seguido, con una sonrisa algo más tranquila, se puso de pie.

—¿Quieres algo de tomar? Hay leche, té y mucho café —ofreció—. Si tienes hambre puedo cortar el pastel que sobró del cumpleaños de Jacob.

Observé la hora en el reloj de pared que tenían junto a la puerta, justo donde él se había parado.

—Sólo café, debo irme antes de que el sol caiga.

Asintió, después desapareció de mi vista, y aproveché ese instante para soltar los mil suspiros que había estado reteniendo toda la tarde. Jaden se la había pasado sonriéndome, lo que, para mi corazón, estaba siendo un calvario. Tomé a Bond entre mis manos y lo levanté a la altura de mi rostro. Tenía ojos marrones, igual que su dueño.

Ese color empezaba a ser mi favorito.

—Tienes al mejor de los humanos de dueño, lo sabes, ¿verdad? —Acerqué mi nariz a la suya y él ronroneó. Segundos después lo alejé, porque era cierto que no me pasaría nada por unos segundos, pero acercarlo mucho era otra cosa—. Bond, ¿qué piensas si le digo lo que siento? ¿Creerá que es una broma? Es algo distraído y además últimamente solo piensa en Gala. —El gato empezó a mover sus patitas en el aire—. Ella no es mala chica. Es muy agradable, créeme, aunque quiera, no puedo odiarla. Lo intenté, pero me cae bien, sólo..., desearía que Jaden no la quisiera —solté un suspiro—. Quiero decírselo, le he estado dando señales los últimos dos meses, pero parece no notarlo. O quizás lo nota y no siente lo mismo, por eso no quiere herirme y prefiere hacerse el idiota. Ay, Bond, ya no sé qué hacer.

El gato hizo algo así como un ronroneo y, sin mentir, me sentí comprendida, así que añadí:

—Sueño mucho con él, ¿sabes? Hay sueños que quiero que permanezcan en mi mente lo máximo posible. Quiero que exista, al menos en mi cabeza, un mundo en el que los dos somos felices tomados de la mano, mientras caminamos por la orilla del mar y ninguno de los dos se aleja del otro por nada del mundo —callé, no quería llorar en ese momento. Dejé a Bond en el sillón para que se recostara y pudiera acariciarlo, luego me reí de mí misma—. Dios, me confieso con un gato. Si pudiera hacerlo, mi hermano diría que me estoy volviendo loca.

—Sí, pero eso no es noticia, tu locura ya me tiene acostumbrado —su voz me sobresaltó—. ¿Qué tanto le decías al pobre Bond?

Jaden se acercó y dejó dos tazas de café sobre la mesita en el centro de la sala. Cuando volvió a tomar asiento a mi lado y me observó con una sonrisa divertida en los labios, entrecerré los ojos.

—Esa es la consecuencia de pasar tanto tiempo junto a ti —reí, obviando responder su pregunta.

—No, tú ya vienes loquita de nacimiento —se burló.

Lo miré con la mejor expresión ofendida que logré articular. Dejé de acariciar el lomo de su gato, que ya se había quedado dormido gracias a eso, para volverlo a levantar y acercarlo al rostro de su dueño con el solo propósito de molestarlo. Sí, era cruel por utilizar al pobre Bond, pero el plan era distraerlo unos segundos para luego darle con el almohadón.

En cuanto Jaden logró tomar a Bond y alejarlo de la escena, yo ya estaba golpeándolo con uno de los almohadones pequeños del sillón.

—Acabas de iniciar una guerra —dijo, antes de que lo silenciara con otro almohadazo.

Al menos tres almohadas impactaron en mí al mismo tiempo. Entre risas, tomé algunas que estaban detrás de mí y le devolví el golpe, luego le siguieron las que me arrojaba y yo intentaba

tomar antes de que él arremetiera de nuevo.

Su risa se mezclaba con mis carcajadas, también con las quejas que soltaba cada vez que él hacía trampa y ocultaba algunas detrás de sí para que no se las ganara.

No supe en qué momento, pero pronto dejamos los almohadones de lado y comenzamos a hacernos cosquillas, o, bueno, a intentar evitar que el otro lo hiciera. Bond, como el gato astuto que resultó ser, no tardó en abandonarnos y huir de nuestra guerra, procurando no salir herido. Y digo que fue astuto, porque, de pronto, ya no estábamos a medio metro de distancia, tratando de alejar al otro, sino todo lo contrario.

Recostada sobre el sillón, mientras reía e insultaba a Jaden por acorralarme con sus rodillas para que no me moviera, comencé a golpearlo en el pecho, amenazando con enojarme de verdad si no se detenía. Lo que fue mala idea, porque al intentar detener mis golpes, se impulsó hacia atrás mientras tomaba mis manos. No supe cuál había sido su plan, pero se lo eché a perder; perdió el equilibrio en el momento en que moví mis piernas para escapar de su agarre. Aplastó mi pobre cuerpo con el suyo.

Uno de sus brazos cayó a un lado de mi cabeza, el otro fue directo a la piel desnuda en mi cintura, ya que mi blusa se levantó de tanto movimiento, y así logró sostenerse a tiempo para no aplastarme o golpearme, quedando a pocos centímetros de mi rostro.

Las risas cesaron y las sonrisas se esfumaron junto a todo rastro de diversión o picardía en nuestras miradas. De pronto, nos encontrábamos sólo observándonos. Nunca habíamos estado tan cerca, jamás mi corazón se había sentido tan ansioso y nervioso a la vez, ni siquiera a los once años, cuando le di mi primer beso a aquel chico de mi curso jugando a verdad o reto. Aquello había sido algo sin importancia y de lo que mi mente era consciente que debía dejar pasar, había sido sólo un juego.

Pero esto…, esto definitivamente se sentía diferente.

Al menos para mí.

Sus dedos aún tocaban la piel de mi cintura, como si no quisiera separarse de mí, enviándole a mi cuerpo una descarga eléctrica insoportable y cálida que comenzaba a ponerme nerviosa. Seguí el movimiento de sus pupilas ya con el pulso acelerado. Observó mi rostro a detalle, mis ojos, nariz, mejillas, y cuando se detuvo en mis labios por unos eternos segundos, mi corazón dio un vuelco.

Un suspiro nervioso y pausado salió de mis labios. Ante esto, Jaden elevó la mirada. Nunca había tenido tan cerca esos ojos, podría jurar que sentía cómo le hacían justicia a la miel y endulzaban cada parte de mi cuerpo. Un brillo encantador e intenso iluminaba su mirada, me acariciaba amablemente. El calor en mis mejillas se propagó por todo mi cuerpo ante tal intensidad. Contuve otro suspiro, incapaz de hacer movimiento alguno.

—Jasmine —habló, el susurro a tan solo centímetros de mi rostro.

De pronto me sentía débil, vulnerable, y como para seguir atormentando a mi pobre mente, al mismo tiempo me sentía cómoda en donde estaba, no quería alejarme, no me sentía capaz. Y odié que me gustara tanto esa sensación. Odié que el tenerlo cerca se sintiera tan bien y tan correcto. Mi corazón latía deprisa, tanto que se me empezaba a dificultar el pensar en otra cosa que no fuera él; la piel de sus brazos contra la mía; sus labios rosados a tan solo centímetros de los míos.

Nunca me había molestado su cercanía, pero esta vez era demasiado para mí.

Si no se alejaba de inmediato y no dejaba de sentir el calor que su cuerpo desprendía, la tensión que sentía en el cuerpo podía llegar a nublarme el juicio y eso, claramente, iba a hacerme cometer una locura. Una locura que, quizá, podría arruinarlo todo entre nosotros.

Así que me obligué a dejar de pensar, ignorar la forma tan íntima y cálida con la que había pronunciado mi nombre, y forzar una sonrisa divertida.

Elegí seguir siendo cobarde. No me critiquen, por favor.

—Me estás aplastando —murmuré, sin atreverme a pronunciar su nombre. Y

No sé cómo logré que en mi voz no se notara rastro alguno del caos en mi pecho.

Jaden parpadeó, confuso. Como si mi cuerpo fuera fuego y estuviera a punto de quemarse, se alejó rápido, apartándose casi un metro en cuestión de un parpadeo. Una parte de mí lo agradeció, de verdad necesitaba distancia. Pero esa otra parte… ni siquiera me animé a terminar ese pensamiento.

—Yo, eh...

—Debería irme —lo corté, la voz me salió más forzada de lo que pretendía—. No quiero que la noche llegue a casa antes que yo.

No respondió, tampoco me miró, sus ojos no se apartaban de algún punto fijo sobre el suelo alfombrado de la sala. Me puse de pie de inmediato, estirándome para alcanzar mi mochila, que descansaba sobre uno de los sillones individuales a mi izquierda, y crucé frente a él con una prisa impresionante. Todo mi cuerpo seguía temblando, nervioso, y esa sensación de tenerlo cerca picaba sobre cada rincón de mi piel.

Antes de darle mis últimas palabras y huir de la escena anterior, él habló.

—Te veo mañana a la noche —dijo, otra vez, intentando confirmar mi asistencia.

—Sí, hasta mañana —murmuré. Y desaparecí de su vista, escapando de ese impulso que mi loco corazón estaba dispuesto a dar sin importar las consecuencias.

❦ ❦ ❦

—Entonces, ¿me dirás por qué esa cara de perrito mojado que traes desde que llegaste o tengo que hacer como si no me diera cuenta?

Solté un suspiro, llevándome el vaso con jugo de naranja a los labios, buscando retrasar la respuesta.

Al salir de casa de Jaden no me dirigí a la mía, porque no quería llegar y pensar demasiado las cosas, no me atraía, así que llamé a mi mejor amiga —a una loca chica que conocí cuando tenía apenas siete años y que veía en escasas ocasiones— y pregunté si podía quedarme con ella. Cuando aceptó le avisé a mi madre, ella estaba contenta de que me fuera a pasar tiempo con una amiga.

Nerea me abrió las puertas de su hogar con la curiosidad reflejada en su mirada.

Habíamos compartido demasiadas vacaciones de verano y un sinfín de pijamadas, así que podía reconocer cuando algo me inquietaba. Nos escuchábamos mutuamente cuando lo necesitábamos, nos dejábamos ser, por eso la consideraba una muy buena amiga. Podía confiar en ella.

Muchas veces, más de las que me gustaría admitir, ella me sacaba de quicio o tenía actitudes que me hacían reconsiderar el seguir a su lado. No obstante, era consciente de que cada persona en la tierra tenía, al menos, dos cosas en común con otros; la imperfección y un corazón.

La quería porque ella parecía querer también mi imperfección, podía entenderme y no juzgarme como el resto. Me aferré a su amistad, con errores y aciertos, con imperfecciones y secretos.

Dejé el vaso sobre el cemento a mi lado y la miré, aguantándome las lágrimas. Después le di

un trago al jugo para tener algo con qué distraerme.

Ella enarcó una ceja.

—¿Es sobre Jaden otra vez? —preguntó. Asentí—. ¿Qué hizo ahora?

Quise reírme.

Nerea aún no lo conocía en persona, pero sí cada detalle de él gracias a las mil veces en las que su nombre se había colado en nuestras conversaciones a lo largo de estos últimos meses. Ella iba a otra escuela, así que tampoco lo había visto de casualidad.

También sabía sobre Adam y las peleas entre ambos, y, cómo no, sabía sobre Gala. A quien, contrario a lo que cualquiera podría pensar, ella conocía —una vez su tía le había hecho la manicura—, y de quien no tenía ningún mal comentario que decir.

Por supuesto, sobre Gala nunca tenías algo negativo que comentar, porque si había una cosa que esa chica tenía en común con Jaden era la capacidad de caerle bien a todo el mundo. Tal vez, por eso que los unía, y como me lo había dicho él días atrás, ambos estaban rumbo a tener algo más que simple amistad.

Lo que me ponía sumamente nerviosa y era una de las razones por las que había decidido no hacer nada hacía unas horas en su sofá.

—Mañana es la fiesta de Davina y me dejó muy en claro que quiere verme ahí —murmuré.

Me bebí todo el jugo de un trago y decidí recostarme en el piso del porche de su casa en lo que ella demoraba en responder.

—¿Qué Davina? ¿Davina Morgan? —preguntó, interesada. Volví a asentir, la escuché reír—. Estás de pocas palabras hoy, eres chistosa con cara de... Bueno, ya, no me lances esa mirada asesina que me da miedo —dijo, sarcásticamente—. Como sea. ¿Qué tiene que quiera que vayas a esa fiesta? No le veo nada de malo.

—No es eso, es que yo... A ver, él es... yo sólo...

—¿Qué, Jas? ¿Otra vez estás intentando olvidar algo que aún no ha empezado?

¿Lo ven? Por eso era una de mis mejores amigas, lograba decir aquello que me rehusaba a dejar salir.

—Sí, pero no puedo sacarlo de mi mente, Nere, eso es lo que me molesta. Lo veo en la escuela de lunes a viernes, lo veo cuando me invita a su casa, en video llamadas, mientras estudio, lo veo en sueños. Pensé que tendría un fin de semana libre de él, pero no, lo veré en la fiesta. Ambas sabemos que me gustará estar ahí junto a él, porque mi corazón me lleva siempre a donde sea que él va sin detenerse a pensar en las consecuencias. Pero, por Dios, odio saber que ella también estará ahí, a su alrededor, y que no habrá bromas de doble sentido entre nosotros porque estará más pendiente de ella. Odio eso, odio sentirme así de... de…

—¿Celosa? —terminó por mí, sólo asentí—. Estás hablando de Gala, ¿no?

Intenté beber otro sorbo de jugo, pero me percaté de que ya no tenía, así que me levanté, crucé junto a ella. Comencé a caminar de un lado a otro.

—Si, ¿de quién más? Se que voy a sufrir gracias a ella, que estará siempre metida ahí en medio de nosotros, robándome su cariño y destrozándome de a poco. ¿Sabes algo? Muy, muy en el fondo, reconozco que va a ser imposible evitar que eso pase si el estúpido de mi corazón sigue ignorando a mi mente.

Mis pies tocaban el frío césped de su pequeño patio delantero más allá del porche, y aunque la noche parecía estar fría, no me importaba, prefería hacer cualquier otra cosa a estar quieta, porque ya sentía a las lágrimas tambalear en mis ojos y no quería llorar frente a mi amiga. El gris oscuro del cielo era una advertencia de lluvia, la humedad característica del aire en la ciudad se iba gracias al frío que empezaba a hacer.

—Cálmate, Jas, no ganas nada alterándote así.

—Tienes razón, lo siento.

—No te disculpes por eso, tonta. —La vi sonreír—. Sabes que puedes contarme lo que sea, pero no te alteres, va a dolerte la cabeza después.

—Sí, lo siento —repetí, luego me di cuenta de ello—. ¿Ves lo que hago? Esta situación hace que pierda la cabeza. Estoy loca y confundida, perdí el norte. A mi bello mapa lo mojó la estúpida lluvia y ahora esas estúpidas manchas confusas me están llevando a cualquier sitio, no son claras, no son legibles, no sé leerlas... estoy perdida. Me confundo yo misma, me confunden mis amigas, y también me confunde el idiota de Jaden. Últimamente... Bueno, hoy nos acercamos demasiado y...

Su repentina risa estruendosa hizo que la mirara con el ceño fruncido, buscando la gracia en mis palabras.

—En algo tienes razón —dijo, aún entre risas—. Sí estás loca, amiga.

Mientras que yo estaba de pie, mirándola con una ceja alzada, Nerea estaba frente a mí, con un vaso de jugo en su mano derecha y una sonrisa burlona en sus labios, sentada en un banquito improvisado que se hizo con un pedazo de tronco de árbol. No soporté su sonrisa por más tiempo, acerqué uno de mis sucios pies a su rostro con el sólo fin de molestarla.

Ella me apartó de un manotazo, lo que hizo que casi me cayera al suelo, y luego me sacó la lengua. Así, cual niña de cinco años.

—A veces eres insoportable —me quejé.

—Sí, pero me amas de todos modos —alardeó.

Puse mis ojos en blanco.

—Como digas, amiga.

Me senté frente a ella, aun sintiendo una angustia extraña en mi pecho cuando mi mente pensaba en Jaden y lo que habíamos vivido horas atrás.

No podía engañarme, yo de verdad creía que algo había pasado, que habíamos tenido un acercamiento como el que tanto había fantaseado mi mente desde hace meses. También tenía la esperanza de que él hubiera sentido lo mismo que mi corazón al estar tan cerca. Su respiración mezclada con la mía, la conexión que nuestras miradas no querían perder y su cálida piel tocando un poco de la mía e incendiando cada rincón de mi corazón.

Esperaba que él hubiera sentido alguna de esas sensaciones, la que fuera, pero más importante aún, que yo se las hubiera generado. Algo en mí me decía que sí lo había hecho.

Después de meses en los que comencé a pasar más tiempo a su lado, de tomarlo de la mano en algunas ocasiones cuando caminábamos por los pasillos de la escuela, de obsequiarle algunos dulces que Adam me recomendaba, e incluso de besar su mejilla en cada buen día y despedida; pensaba que quizás algo había cambiado entre nosotros. Creía, ilusamente, que por fin se estaba olvidando de Gala, ya que tampoco la mencionaba demasiado en nuestras conversaciones. De hecho, no la nombraba si no era que ella justo cruzaba frente a nosotros y nos saludaba a ambos.

A pesar de eso, nada en él me había demostrado que me quisiera de la misma manera en que yo lo quería. Ni siquiera el que siguiera mis comentarios llenos de segundas intenciones.

Me quería y me lo había dicho en dos ocasiones porque tampoco era de esos chicos que gritaban a los cuatro vientos sus sentimientos, pero sólo como amiga. Y eso me dolía más de lo imaginado.

Durante meses me había esforzado para que notara mis sentimientos sin tener que decirlo. Mi plan era sencillo: demostrar y dejarme en evidencia. Si le hablaba claro, algo dentro de mi mente me decía que tal vez podía arruinar las cosas entre nosotros, y no quería eso, ni aunque se tratara

de la broma más dolorosa de todas.

Pero comenzaba a quedarme sin recursos.

Cada vez estaba más enamorada de él, pero el chico no hacía otra cosa que mandarme a la friendzone en cada oportunidad, aunque esa no fuera su intención.

—Sabes mi opinión sobre este tema —comenzó a decir ella, llamando mi atención—. Deberías decirle de una vez, no sabes lo que en realidad siente por ti y no lo sabrás jamás si sigues queriéndolo en silencio.

—Como si fuera tan fácil. —Lo es, Jasmine, la que lo hace difícil eres tú pensándolo tanto y siendo de todo menos clara con él.

Hice una mueca.

—¿Y si arruino lo que tenemos? No quiero eso, nuestra amistad es...

—Su amistad es extraña —elevó el tono de voz, acallando mis lamentos—. Me lo has contado todo. Lo que yo creo que ambos sienten, al impedirse cosas como «no hablemos de Adam o Gala porque comenzamos a discutir»; son celos. Quizás él no lo haga consciente, quizás casi te obliga a separarte de Adam con esa excusa barata de «te hará daño, aléjate» porque no puede verte a su lado y no sabe por qué es.

» Quizás no lo tenga tan claro como tú, pero el que se preocupe por ti hasta cuando te duele la cabeza y le avise al rector, el que quiera distraerte con el asunto de Daniel, el que te proteja cuando hay mucha gente a tu alrededor porque sabe que tienes ansiedad y no quiere que estés mal. El que a veces entrelace sus manos cuando caminan por los pasillos, todo eso, Jasmine, significa algo. Y ese algo para mi es mucho más grande que una simple amistad.

Cada una de sus palabras se repetían en mi mente, pero para esas alturas mi corazón ya estaba demasiado alterado y yo tenía las suficientes ganas de llorar como para hablar, por lo que, ante mi silencio, ella añadió:

—Tú también lo sientes, algo en tu corazón te dice que lo que digo es cierto. De nuevo, puede que él no lo entienda, pero tienes que dejar de negártelo y confesarte. La única forma de descubrir lo que él siente por ti, es ser lo suficientemente valiente para confesarle tus sentimientos.

El silencio fue la estrella luego de eso, en lo único que podía pensar era en que de verdad tenía razón. Aparté la mirada, posándola sobre un arbusto a unos cuantos metros más allá de nosotras, incapaz de mirarla a los ojos y prometerle algo que no me veía preparada para cumplir aún.

Estaba enamorada de Jaden, quizás desde el primer día, cuando aquella sonrisa suya se grabó en mi mente y se coló en mi corazón. Y sí, algo en mí sabía que existía una posibilidad de que yo le gustara, aunque fuera un poco. Algo mínimo, pero podía verlo ahí, en sus resplandecientes ojos, cuando estábamos juntos, en el cálido toque de sus manos unidas a las mías. En cada partida de videojuego cuando lo encontraba mirándome de una extraña manera cada vez que yo ganaba y me burlaba de él, con una sonrisa ladina. Incluso lo veía cuando devolvía cada uno de mis cumplidos camuflados con el sarcasmo que tanto caracterizaba nuestra amistad.

Podía verlo, aun así, mi mente me obligaba a apartar toda ilusión y ser precavida, porque tenía miedo.

Mi vida se había convertido en un torbellino de emociones, no solo gracias a él, sino a mi día a día en general. En tan solo un par de años, me habían lastimado tantas veces y de tantas formas que me resultaba inevitable no sentirme a la defensiva y querer protegerme de cualquier cosa. Me resultaba difícil no sentir miedo. De ser lastimada, de que el pecho me doliera incluso más de lo que ya lo hacía, de ser traicionada otra vez, de tener que seguir fingiendo que nada pasaba cuando mi corazón, lenta y cruelmente, se rompía a pedazos cada vez más.

Me negaba a perderlo.

—Sé que tienes miedo... —volvió a decir—, pero no dejes que nada te consuma la única llamita de felicidad que tanto estabas buscando.

Aclaré mi garganta, por fin siendo capaz de hablar sin que me fallara la voz.

—¿Crees que funcionará? Sonrió, asintiendo sin duda alguna, lo que me tranquilizó un poco.

—Y si no lo hace, siempre me tendrás a mí para apoyarte —declaró—. También a esas amigas tuyas que son incluso más locas que tú. No te vamos a dejar, Jas.

No pude evitar reírme, sintiendo las lágrimas por fin derramándose, apoyando mi cabeza en su hombro.

—Lo sé, y también sé que tienes razón en todo, porque incluso mi propia mente había llegado a esa conclusión. Es sólo... Bueno, sabes cuán complicada está siendo mi vida en este momento.

—Sí, pero no dejes que eso te gane.

—Es difícil, pero lo intento cada día —admití entonces.

—Tu familia y tú son de las personas más fuertes en esta tierra, Jasmine. Sé que piensas que decirle es un error, pero sabrás lidiar con él como siempre has hecho. Si no puedes, sólo te quedará…

—Aprender de él —recordé, con una sonrisa real en mis labios.

Sonrió también.

—¿Lo ves? Tienes que seguir tus propios consejos. Defiende lo que sientes. Ya sabes lo que digo, sin importar las consecuencias, tienes que...

—...dejar que todo fluya, lo sé —interrumpí—. Y lo haré.

—Porque eres fuerte y puedes hacerlo —concluyó, animándome.

Le sonreí, esperando que no solo ella se creyera mis palabras, también esperaba que lo hiciera mi propia mente.

Esa noche me acosté sobre la cama de invitados que la madre de Nerea me había preparado, intentando no pensar en nada. Pero no lo logré, no pude evitarlo. Pensé en el accidente que tuvimos con mi padre meses atrás y ver llorar a mi madre luego de eso, el esfuerzo que hacía él pese a sus heridas físicas. Lo peor de todo era pensar en el vacío que sentiría si mi hermano no despertaba. Lo que me llevaba a la culpa por haberle permitido ir adelante. La culpa no me dejaba en paz.

Iba a fallarle a Nerea.

No podía ser tan valiente. No en ese momento que necesitaba del cariño de todos mis amigos, pero más a los abrazos de Jaden.

No podía hacerlo.

Le debía a mi corazón al menos un momento de felicidad. Si ese momento lo tenía cuando podía estar junto a él, entonces planeaba ser egoísta con mi propio corazón y callar mis sentimientos para aferrarme sólo a su amistad.

No podía permitir que Jaden se hundiera conmigo, solo quería que me distrajera mientras todo se venía abajo. Que, al menos, una parte de mí tuviera una vía de escape a esa felicidad que la mayoría del tiempo me era imposible alcanzar. No planeaba dejar que lo que había encontrado con Jaden, esa burbuja de alegría a la que me metía cuando estábamos juntos, con bromas y cariño incluidos, se derrumbara como lo estaba haciendo el resto de mi vida.

Era lo que sentía en ese momento; que mi vida se derrumbaba y que yo tenía que mantenerme firme para no arrastrar a nadie conmigo. Quería proteger a los que amaba, alejarlos parcialmente del caos de mi vida.

Hoy, entendía que muchas de mis decisiones tal vez no fueron acertadas, que definitivamente

debí actuar diferente y otras hablarlas con las personas correctas. Quizás debí esforzarme más, mucho, mucho más; por el cariño del Jaden de diecisiete años que tanto me encantaba.

Capítulo 9

Roces cálidos, roces fríos.

La noche del sábado, luego de que el sol desapareciera y dieran las nueve, las puertas de la casa de Davina se abrieron, pero no fue hasta las doce en punto que la fiesta oficialmente dio inicio.

Hora, en la que se hacía imposible caminar un par de centímetros dentro de una misma habitación sin ser pisoteada, aplastada por alguien o lastimada gracias a algún codazo, lo que era un claro indicio de que la fiesta estaba en pleno apogeo.

Hora, también, en la que había decidido beber algo de lo que la anfitriona ofrecía, luego de caminar sin resultados de mi búsqueda durante largos minutos.

—Jas —llamó Nerea, quién venía detrás de mí, intentando no ser aplastada por los cuerpos que se cruzaban frente a nosotras de camino a la cocina—. Sigo sin ver a tus amigas, ¿y tú?

Mientras seguía avanzando, observaba algunos metros más allá esperando encontrar a Melisa o a Annabeth, pero ninguna se encontraba cerca, y, a decir verdad, la tarea se me dificultaba bastante si tenía a varios cuerpos interviniendo en mi campo visual con cada paso que daba. Habíamos llegado hacía casi una hora y no estaba muy segura de dónde se encontraban.

La casa era realmente grande, se podría decir que Davina vivía en una mansión. Pero, a pesar del hecho de encontrarse frente a la playa, todo el mundo se había quedado dentro gracias a los mil y un juegos que tenía la anfitriona de casa.

El que más destacaba y entretenía a todos era el espectáculo que se desarrollaba en la sala y que hacía reír hasta llorar a más de uno; karaoke. Davina se había lucido con la fiesta, estaba siendo la mejor del año hasta el momento. Al llegar a la cocina, tuvimos que esquivar a un par de chicos que discutían sobre algún videojuego, tan ensimismados que casi nos tiran sus bebidas encima al pasarnos por encima para salir de ahí.

—No las veo —hice una mueca, revisé en mi teléfono y no había mensajes—. Tampoco responden mis mensajes.

—¿Cuál fue el último que te enviaron?

Desbloqué el teléfono y fui al chat de Mel, con quien había estado hablando antes de llegar a la casa.

—Billar. Vengan. Y un emoji de guiño —leí en voz alta—. Pero no veo la mesa de billar, sólo cuerpos sudorosos y alcoholizados moviéndose de aquí para allá —me quejé. Mi amiga se rio.

—Mejor sirvamonos algo y luego seguimos buscando, que ya tengo calor y tú sabes cuánto odio tener calor.

Asentí.

—¿Sin alcohol?

—Sabes que, si tu no bebes, yo tampoco —me aseguró.

—No tienes porqué frenarte por mí.

—Nah, igualmente no quiero. No conozco a casi nadie de aquí, prefiero cuidarme de que metan algo que no quiero en mi bebida —dijo.

Sonreí, agradecida y aliviada, luego me hice un espacio entre algunos cuerpos para llegar al otro lado de la isla, donde algunas chicas se estaban sirviendo tragos mientras conversaban alegremente.

Intenté encontrar algo de líquido sin alcohol, mas mi intento fue en vano.

Años atrás, había sufrido de fuertes ataques de ansiedad que me llevaban al insomnio y

pesadillas en las que sentía que me ahogaba. Cuando mi madre, muy a mi pesar, me llevó con expertos en el tema; me empezaron a medicar con pastillas antidepresivas. Desde entonces todo comenzó a controlarse un poco mejor.

Beber alcohol no era algo que fuera de la mano con los medicamentos que, a pesar de no tomarlos en grandes cantidades, igual podían dañarme.

Tenía trastorno de ansiedad generalizado, que me sucedía seguido por los picos de estrés que no sabía manejar o por las preocupaciones constantes que tenía día a día. Como burlas de algunos compañeros en la escuela, por presenciar las peleas entre mis padres, o debido al mal rendimiento en clases por pasar mis noches llorando en lugar de estudiar.

Eran cosas pequeñas, pero yo no entendía cómo solucionarlas o por qué me ocurrían justo a mí, lo que conllevaba a la ansiedad, al pánico. Aprendí a tratarla con expertos, y en ese momento ya no era una constante. La doctora Miller, que todavía seguía siendo mi psicóloga, me había reducido la cantidad.

Sin embargo, no beber alcohol ya era un hábito.

—No te preocupes —me animó Nerea. Debió ver mi expresión preocupada por no encontrar nada—. Ya encontraremos algo, deberíamos seguir buscando a tus amigas.

Asentí, no muy satisfecha.

Deseaba que Adam estuviera cerca. Siempre que coincidíamos en alguna fiesta, me conseguía algún jugo o simplemente agua. No sabía cómo lo hacía, pero era bueno contar con un amigo como él.

Hacía algunas semanas que había dejado de sentarse con nosotras en el almuerzo, tampoco iba a fiestas tanto como antes. Todo, gracias a que sus calificaciones llenas de seis se convirtieron en un obstáculo para el básquet y su padre le dio un ultimátum. Debido a eso, se estaba esforzando por permanecer en el equipo, lo que requería no salir. Comenzaba a extrañar tener su cuerpo alto y atlético merodeando a mi alrededor.

Volví a inspeccionar los rostros de las personas en la cocina.

Reconocí a mi compañera de mi clase de química y la saludé con una sonrisa, la cual ella devolvió más alegre que de costumbre. Cuando me rendí de buscarlas y decidí proponerle a Nere ir hacia el patio, ella se acercó a nosotras con una gran sonrisa en sus labios. Pude oler el aroma a cerveza incluso antes de que llegara junto a mí.

Me abrazó con fuerza, lo que me extrañó al principio. No éramos tan cercanas, solo simples compañeras de clase, más no dije nada porque estaba demasiado alegre.

—¡Jasmine! —exclamó cuando se apartó de mí, riéndose—. ¡Cuánto tiempo! No te veo desde el... ¿lunes? Si, lunes, en química, cuando casi hacemos explotar lo que el viejo Levine nos dio a mezclar en clase. ¿Estás más alta? —frunció el ceño—. Juraría que has crecido unos centímetros. ¿Qué más da? ¿Cómo estás? Oh, ¡hola! ¿Quién es tu amiga?

Le sonreí levemente. Y me prometí que encontraría agua pronto y le compartiría un vaso..., ella necesitaba volver en sí.

—Mindy, ella es mi mejor amiga Nerea. Nere, te presento a Mindy, compartimos clase de química —las presenté.

Mi amiga solo le sonrió, pero Mindy no esperó un segundo luego de mi presentación, al instante corrió a darle un efusivo abrazo. Definitivamente, a esas alturas, Mindy no sabía lo que era respetar el espacio personal de nadie. Me sorprendía un poco su actitud. ¿Cuánto alcohol podría haber ingerido para estar así de alegre? La fiesta apenas iniciaba.

—¿Ya fueron a la mesa de billar? —cuestionó, luego se bebió de un trago todo el líquido de su vaso y negó—. No lo hicieron, estarían borrachas si así fuera. Bien, vengan conmigo, seré su

guía.

Ni Nerea ni yo nos quejamos ante su insistencia, ambas queríamos encontrar a mis amigas y pasarla bien, de lo contrario, ya nos veía terminando la que iba a ser la noche más divertida; comiendo palomitas de maíz y viendo películas de ciencia ficción en casa de alguna de las dos. Mi compañera de química no solo cumplió muy bien su tarea de guía hasta la sala, sino que también nos mencionó todo lo que no podíamos ver de camino allí.

Cruzando el gran recibidor, llegamos a la sala de estar, que seguía repleta de personas riendo junto un chico que cantaba al ritmo de la última canción de Maroon 5. Pasamos entre todas ellas —a algunas las conocía porque iban a la misma escuela, a otras para nada—, para llegar a lo que Davina había bautizado como la sala de juegos.

En el lugar había una mesa simple en la que varios jugaban apuestas, una pantalla en la pared de madera hacia el final del lugar, en donde se reproducía el juego de FIFA que estaban disfrutando algunos chicos, y luego el lugar se dividía entre quienes jugaban por equipos en las dos mesas de billar y quienes solo miraban, incapaces de animarse a hacerlo.

Ahí fue donde reconocí las cabelleras de mis amigas, que jugaban junto a algunos amigos de clase de Annabeth. Lo supe porque la vi hablar con el chico por el que llevaba fascinada desde hacía meses. Era algo así como su crush.

Mindy se alejó, nada más entrar, hacia una de las mesas para entablar conversación con conocidos suyos, seguramente. Nos acercamos a las chicas, en la otra mesa.

—¡Llegó Jasmine! —vociferó Melisa, sonriente, apenas me vio.

Ella se aferraba a un vaso azul como si su vida dependiera de ello. Annabeth volteó a verme en cuanto la escuchó, cortando la conversación con Dylan, o su futuro novio, como nos gustaba llamarlo a Mel y a mí.

—¡Llegaste! —me sonrió—. Chicos, paren... —llamó la atención de los demás y éstos la miraron expectantes, pausando su juego—. Les presento a Jasmine, la persona más dulce que conocerán esta noche. Jas, ellos son Dylan, Bob, Marco, Ian y Liam.

Todos nos sonreímos, luego los chicos siguieron su juego y Anna volvió a sonreír y darse miraditas con su futuro novio. Melisa se acercó a mí.

—¿Cómo están? Creí que nunca nos encontrarían. Esta casa está que explota, no he visto a Davina desde hace rato, cuando estaba enloqueciendo con el desastre de la piscina. ¿Lo vieron? Algunos intentaron meterse y no salió muy bien, ella y sus amigos tuvieron que sacarlos a la fuerza.

—No, no salimos de la casa. Tardamos un poco en encontrarlas porque nos entretuvimos viendo a un chico cantar una de Beyoncé —le expliqué.

Nerea y ella soltaron una carcajada.

—Lo sé, está ahí hace casi dos horas, otro chico lo retó a hacerlo y parece que no tuvo que insistir demasiado —dijo, haciendo una mueca. Miró a Nerea—. ¿Ya te explicó Jas que ese chico es el más introvertido de la clase?

—Sí, y ya le dije que alguien tuvo que darle algo para ponerlo así, porque o es fácil de emborrachar, o cayó en una trampa.

La mueca de Melisa se intensificó. Se aferró más a su vaso.

—Eso es justo lo que están haciendo —murmuró, se acercó más a ambas y añadió—: Están poniendo droga en las bebidas, por eso muchos andan demasiado felices.

—Oh, Dios, ¿Davina lo sabe?

—Está intentando buscar al responsable desde que se enteró, pero no lo logra. Creo que ya desistió, y si no lo hizo debe estar vigilando a todo el que parezca sospechoso.

—Eso será difícil.

—Sí —coincido con Nerea—, la casa está llena.

—Tampoco es que nunca haya pasado. Cuando llegamos… —continúa Mel—, creí ver que alguien ponía algo en el barril de cerveza y en algunas botellas. Por eso busqué un par de vasos y nos serví coca cola antes de que fuera tarde. Por cierto, ¿quieren? Robe una botella del refrigerador antes de que alguien lo notara. Si ven a Davina, fingen estar bebiendo alcohol, así también se ahorran el parecer sospechosas.

Nerea asintió, restándole importancia a la noticia de Mel. Ella iba a fiestas todo el tiempo, a todo tipo, por lo que la droga en las bebidas no era algo que escuchara por primera vez. Por mi parte, me tensé. Eso explicaba la alegría y confianza extrema de Mindy en lo que iba de noche.

—Miren quien llegó a la fiesta, mi preciosa Bella.

Sólo había una sola persona en el planeta que me llamaba así. Volteé en dirección a esa voz, las comisuras de mis labios se alzaron lentamente.

De pie frente a mí, con un vaso azul en sus manos y una mirada brillante, Adam Crowell me observaba con aquella coqueta y divertida sonrisa tan característica suya en los labios. Esos jeans oscuros, camisa blanca con pequeños puntos por todos lados y la chaqueta del equipo de baloncesto lo hacían lucir más guapo que a la luz del día. O quizás lo que lograba aquello era la simpleza y confianza con la que se movía por el lugar.

Me acerqué a darle un abrazo, el cual devolvió al instante, dejando el vaso en alguna parte para poder apretarme contra su pecho lo mejor posible. Me reí.

Hacía días que no lo veía. Había estado tan ocupado con sus entrenamientos y exámenes que se pasaba los recesos en la biblioteca o en la cancha. Se graduaba el siguiente año, igual que Annabeth, pero él mismo se presionaba para sobresalir en sus calificaciones, ya que quería obtener una beca, puesto que su padre había perdido el empleo hacía tiempo y no estaba seguro de poder pagarle una universidad.

Debía admitir que lo había extrañado más de lo esperado.

Nos separamos cuando alguien carraspeó detrás de mí, entonces recordé con quién había estado hablando segundos atrás y me invadió algo de vergüenza. Por su parte, Adam no quitaba la sonrisa de su rostro.

Busqué a Nerea con la mirada y le pedí que se acercara. Melisa se había ido cerca de la mesa de billar y hablaba con un chico.

—Adam, te presento a mi mejor amiga, Nerea —dije, intentando obviar la mirada pícara que ella me estaba dando.

—Oh, así que tú eres Adam —murmuró ella, sonriendo sospechosamente y escaneándolo por completo sin disimulo—. Es un gusto por fin conocerte.

Él asintió.

—Lo mismo digo —sólo dijo, luego me miró unos segundos y volvió su atención a ella—. ¿Puedo robarte a tu amiga un minuto?

Nerea no dejaba de sonreír, lo que me estaba poniendo nerviosa. Pero ya hablaría con ella más tarde. Él, por su parte, posó sus ojos fugazmente sobre cierta chica de rizos oscuros a unos metros de distancia, que no paraba de reír de algo que Dylan le estaba diciendo al oído.

—Claro, pero la quiero aquí intacta antes de irnos. Y si no aparece o sufre algún daño tendrás que lidiar conmigo.

Mis mejillas se enrojecieron. A veces se tomaba en serio lo de cuidarme, pero en ese caso lo veía innecesario, puesto que Adam solo era un amigo y no estaba nada interesado en mí.

Si coqueteábamos era solo en broma, no con segundas intenciones.

Él sabía que mi corazón estaba ocupado, y hacía unos días yo era consciente de que él intentaba hacer como si el que Annabeth estuviera con alguien más le traía sin cuidado, pero se notaba a kilómetros que lo único que quería hacer cuando la veía con su nueva conquista era salir corriendo.

A pesar de notarlo, yo no decía nada, porque parte de mí estaba conforme con que él obtuviera algo de su propia medicina.

Había herido a Anna en su momento, y ahora estaba pagando por ello viéndola salir con otros, más hermosa que nunca. No sabía si él realmente la había superado o si, como dijo una vez, de verdad no sentía por ella más que simple atracción, pero eso no quitaba que mereciera un poquito de karma.

—No te preocupes, estará bien —aseguró él.

Luego, nos fuimos de ahí. Tomó mi brazo y juntos cruzamos todos aquellos cuerpos eufóricos que bailaban y gritaban por la música electrónica que retumbaba en toda la casa. Me llevó hacia el patio, en donde había menos personas. El suave apretón sobre mi piel desapareció cuando nos acercamos a un lugar algo apartado de la casa, cerca del final del terreno que separaba la propiedad privada de la playa pública.

Nos sentamos en unos asientos de madera que, según comentaba, Davina les había obligado a poner horas atrás tanto a él como a sus amigos. Casi había olvidado que él era primo de ella, por parte de su madre.

—Nos hizo venir a ayudar hoy temprano —decía, sentado justo a mi lado, con su espalda apoyada en el pilar de madera—. No puedo quejarme porque me pagó por hacerlo, pero créeme, es insoportablemente insistente cuando se lo propone.

Me reí, más por su expresión frustrada que por sus palabras. Su ceño fruncido le daba un aspecto gracioso. No sé en qué momento había conseguido otro de esos vasos de plástico azules, pero cuando se llevó el líquido a la boca hice una mueca y se lo quité de las manos bruscamente.

El líquido era algo oscuro, así que lo arroje al suelo totalmente decidida. Me miró confundido.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Qué estabas bebiendo?

—No se responde a una pregunta con otra pregunta, Bella —se burló.

Bella.

Otra vez ese apodo.

Me llamaba así porque decía que mis facciones eran parecidas a aquella princesa idealizada de Disney, además de porque amaba leer y mi imaginación era tanta que, según sus palabras, me parecía a ella. Decía, también, que nos parecíamos porque yo estaba enamorada de una bestia sin corazón... aunque esto último sólo lo soltaba para molestarme.

—Responde —insistí.

—Davi nos dejó traer bebidas a la fiesta, así que Connor aprovechó la oportunidad y trajo vodka del negocio de su padre, hay como diez botellas en el refrigerador y media docena más en mi auto —me informó—. Eso es lo que estaba bebiendo justo antes de que decidieras arrojar mi vaso al suelo. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué es oscuro?

—Le puse coca cola.

El rubor invadió mis mejillas, y a pesar de que estábamos casi a diez grados, la sensación térmica de mi cuerpo se sentía a más de treinta por la vergüenza. Sin embargo, ante la sonrisa divertida que me estaba dando, me reí de mí misma.

—Me dijeron que pusieron G en las bebidas —dije—, quise asegurarme de que no estuvieras

drogándote tu solito, porque, siendo honesta, aceptas cualquier cosa que te ofrezcan, eres bastante idiota.

Él me golpeó levemente con su codo en el abdomen, para luego comenzar a picarme con sus índices por brazos y estómago, haciéndome reír.

—Tranquila, estoy con mis cinco sentidos intactos esta noche —sonrió, siguiéndome el juego —. Tiene más coca cola que vodka, de todos modos, es el primer vaso que bebo. Mi padre está más estricto que nunca y va a venir a buscarme, así que prácticamente me amenazó para que no me excediera.

Entrecerré los ojos.

—Espero no mientas.

—Me ofendes, yo nunca lo hago.

—Ajá —murmuré.

Me sacó la lengua, burlón, yo le devolví el gesto. Así era como nos divertíamos Adam y yo, a base de bromas. Y juro que no quería hacerlo, pero la realidad era que no podía evitar comparar nuestra relación con la que tenía con Jaden.

Mientras que con uno de ellos las bromas y las risas avanzaban más que nunca, con el otro todo se estaba tornando extraño e incómodo. Al menos, por mi parte.

Principalmente, desde aquella vez en que me dijo que no sabía exactamente el tipo de cariño que me tenía, pero que lo hacía y que, además, quería protegerme.

—¿Siempre serás mi amiga, Jasmine? —soltó Adam de golpe.

Detuve mi risa, puesto que su repentina seriedad me alertó.

—Eso no se pregunta, Adam. —Lo vi lanzarme una mirada insistente, entonces supe que, por alguna razón, de verdad necesitaba escucharlo de mis propios labios—. Claro que sí, siempre.

Asintió, para después apartar la mirada de mí y concentrarse en cualquiera de las cosas que sucedían frente a nosotros en el ambiente.

La curiosidad picaba en mi lengua. Aunque no fue ella la que me impulsó a hablar, fue la sensación extraña que de repente sentía en la garganta.

—¿Está todo bien? —dudé. Y también temí un poco.

Adam siempre estaba jugando, más aquello no parecía ser una broma.

Me acerqué más a él poniéndome de costado y dispuesta a prestarle toda mi atención, y, claro, mi apoyo. Entonces, me percaté de la leve sonrisa que tenía en sus labios, que dudaba en dejar salir, así que le dije a mi lado protector que se calmara, porque Adam no iba a contarme algo que le hacía daño. Tenía la sensación de que era todo lo contrario.

—A mi padre lo llamó el director ayer por la mañana —comenzó a decir, en su voz noté que se estaba obligando a hablar sin titubear—. Por nada malo, tranquila, no me metí en ningún lío —sonrió un poco—. Él y el entrenador querían hablar con él porque, al parecer, el entrenador de una universidad en Dublín vendrá a verme pronto. Les dije a mis padres que están considerando darme una beca.

Abrí mis ojos, sorprendida.

—Adam, ¡eso es genial!

—Lo es —musitó, mas su sonrisa no llegaba a sus ojos.

Posaba su mirada en las puntas de sus zapatillas.

—¿Qué pasa?

—No estoy seguro de irme —confesó. No tuve tiempo a decir nada porque bufó y añadió—: Lo sé, es una oportunidad increíble, pero, ¿y si no soy tan bueno como ellos esperan? Soy un simple chico que juega bien al básquet, no tengo nada de especial. ¿Qué tal si voy ahí, ilusionado

con estar al nivel de esos universitarios, y termino siendo un fracaso? No podría soportar tal humillación.

Solté un suspiro.

—Eres uno de los mejores basquetbolistas del equipo, por eso eres el capitán, por esa razón ese hombre vendrá a verte. Le hablaron de ti y le dijeron que eras genial, no dudes de tu talento porque te aseguro que lo tienes. Tú lo sabes mejor que nadie, Adam, no puedes estar diciendo esto —le sonreí, buscando su mirada—. ¿De verdad es eso lo que más te inquieta?

La mueca regresó a sus labios. Llevó sus manos dentro del jersey que traía y se encogió de hombros, restándole importancia al asunto. Sabía que ese desinterés solo era una máscara, así que lo dejé hablar.

—Tengo la sensación de que, si me marcho, voy a quedar en el olvido. —Lo vi tragar saliva, parecía algo nervioso—. No me gusta decirles a mis amigos que los extrañaré porque se ponen pesados y no me toman en serio, y por esa misma razón tampoco quiero decirles que espero verlos alguna vez por ahí. ¿Y si fracaso allá? De seguro ninguno querrá hablarme, ni…

—Basta, no sigas —lo corté, elevando la voz, haciendo que me observara sorprendido. Estaba repentinamente enojada. Él hablaba como si de verdad nadie lo quisiera—. Tus amigos estaremos esperándote aquí cuando te canses de brillar en Irlanda, e incluso con los brazos más abiertos si no lo haces. No estarás solo, vamos a molestarte tanto a pesar de la distancia que el que se cansará de nosotros serás tú. Sólo disfrútalo, Adam, no pienses en qué pasará y disfruta esta experiencia. Te aseguro que aquí no perderás a nadie. Sólo…, no lo dejes por algo así.

Las comisuras de sus labios se elevaron, incluso más que antes. En su mirada se veía la emoción mezclada con la tristeza que sentía.

—De verdad voy a extrañarlos, en especial a ti.

—También yo.

Lo entendía, iba a alejarse de sus amigos, de parte de su familia y de todo su equipo sólo para ir a brillar afuera. Tenía miedo, nervios también, lo percibía por el repiqueteo constante de sus pies contra el césped. Estaba emocionado, pero feliz al mismo tiempo, podía verlo en el brillo de sus ojos. Que lo fueran a evaluar desde Irlanda era una de esas oportunidades que no se conseguían diariamente en la vida, sin embargo, lejos de cualquier presión por conseguir el éxito, estaba su diversión.

El poder disfrutar de esa oportunidad y vivirla al máximo por el tiempo que fuera a durar. No podía permitirse arruinar aquello sólo por temor.

Le tomó unos segundos procesar mis últimas palabras, luego, se acercó para envolverme entre sus brazos, entregándome el calor que la noche me estaba robando en el cuerpo. Fue entonces cuando comprendí realmente qué era lo que significaban sus palabras. Si le daban la beca, ya no volvería a abrazarlo ni a esperar sus cuidados en las fiestas por un largo tiempo.

Unas lágrimas amenazaron con salir, pero las ahuyenté al instante. No podía llorar por no volver a tenerlo cerca justo frente a él, esto no se trataba de mí.

—Eres la mejor —dijo, aun rodeándome con sus brazos.

—Lo sé —bromeé ligeramente—. Al menos uno de los dos va camino a cumplir lo que dice, ¿no crees?

Se separó de mí, riendo.

Semanas atrás, ya cansada de que se la pasara bromeando sobre mis sentimientos hacia Jaden y que lo llamara «tu bestia» cada vez que veía que éste se acercaba a mí; le dije que me confesaría pronto y él tendría que darme un chocolate cuando lo hiciera. Se carcajeo tan fuerte que casi se ahoga con el refresco que estaba bebiendo. Sin embargo, dijo que antes de que eso pasara, él iba

a estar jugando para el equipo de baloncesto más exitoso del mundo.

También me reí, pero no porque creyera que exageraba, sino porque una parte de mí hasta creía posible que sí podía hacerlo. Confesarle a Jaden lo que sentía era difícil, pero estaba preparando a mi mente de a poco y, al parecer, estaba funcionando.

—Todavía estás a tiempo —canturreó entonces.

Lo miré sin entender, él solo me indicó que observara detrás de mí.

Mis nervios hicieron acto de presencia al hacerlo, señal que le bastó a mi corazón para comenzar a alterarse. De jeans oscuros y ajustados, camisa color crema, sus típicas zapatillas blancas y cargando una mirada extrañamente curiosa y relajada, Jaden venía caminando hacia nosotros. No tenía ninguna bebida en manos, ni estaba rodeado de personas como siempre.

Fruncí el ceño. Había algo en su expresión que se me hacía extraño. No se parecía en nada al Jaden alegre de todos los días.

—Ibas a confesárselo pronto, ¿recuerdas?

La voz de Adam me sobresaltó por un momento, me giré ligeramente para mirarlo, volviendo a sobresaltarme por su cercanía. No recordaba que estuviera tan cerca, o tal vez no me había percatado de ello antes. Trague saliva.

—No presiones —le advertí.

—No intento eso, solo te recuerdo tus propias palabras. Sé que te mueres por confesarte, pero si sigues con ese tonto miedo que tienes, nunca lo harás —sonrió de lado, a sabiendas de que tenía razón.

Quise borrarle la sonrisa de un empujón.

Detestaba ese gesto. Se veía como si supiera que estaba frente a un caso perdido, como si supiera que la cobardía me ganaba siempre, por más que yo dijera lo contrario, como si supiera que no iba a hacerlo. Cuando sonreía así, me recordaba que mi peor enemiga siempre iba a ser la cobardía, pero que, también y aunque me esforzara por negarlo, era la que me guiaba con cada paso que daba en mi vida.

Le tenía un temor extraño al error, porque cuando me encontraba con el fracaso en persona me asustaba, ya no sabía qué debía hacer, cómo continuar. Me dejaba guiar entonces por la cobardía, le permitía manejar mi vida, silenciarme, atarme a malos recuerdos, atarme a los «qué pasaría si...», quitándome la oportunidad de descubrirlo.

Yo era una cobarde.

No siempre había sido así, pero mi vida había cambiado tanto en tan pocos años, tantas cosas habían pasado, tantas personas se habían ido y habían llegado, que mi corazón un día me gritó un muy claro «ya no más». Quería protegerse, con todos los escudos y armaduras que fueran necesarios, y yo se lo permitía con gusto, también cansada de tanto daño mental.

Así que, en ese momento, a mis dieciséis años, podía decir que era una temerosa cobarde que había buscado serlo. Yo lo sabía, Adam lo sabía, y me molestaba que a veces se burlara de la situación. Él no buscaba ser una mala persona al hacerlo, no buscaba dañarme en absoluto, sin embargo, a veces a mi corazón le era imposible ignorar sonrisas o comentarios como los suyos, llenos de sarcasmo y burla.

Adam era de esos amigos que intentan reírse de malas situaciones para llevarlas de la mejor manera, para superarlas deprisa. De esos amigos que te alientan molestándote hasta que lo haces, hasta que te atreves.

No podía enojarme con el desgraciado, era bueno haciendo su trabajo. Me enojaba conmigo misma por no tomar las riendas de mi propia vida.

Lo miré e intenté transmitirle todo lo que sentía con mi mirada, que viera cuánto necesitaba

terminar con esos fantasmas que se adueñaban de mi interior.

—Ya no quiero seguir ocultando esto, Adam, es demasiado grande —admití.

Él dejó de sonreír de inmediato al entender a qué me refería, luego suspiró. Antes de hablar, miró una última vez sobre mis hombros. Un brillo de picardía apareció en su mirada al volver a mí.

—Entonces ya sabes por dónde comenzar, Bella. Deja de deberle a tu corazón el amor que merece.

Sin decir más, se aproximó brevemente a besar mi mejilla y luego se despidió de mí, alejándose a paso lento hacia donde se encontraban Joe y el resto de sus amigos, cerca de la piscina. No necesité explicaciones. Enseguida sentí el calor de alguien a mis espaldas, luego, Jaden se sentó donde antes él había estado y comprendí que mi amigo esperaba que le dijera algo en ese instante.

Me tomé la libertad de apreciar su perfil unos segundos.

Estaba muy cerca, su rodilla rozaba la mía. Colocó sus brazos sobre ambas rodillas, una de ellas la movía lentamente de arriba abajo, sus dedos entrelazados entre sí. Su colonia varonil logró que mis sentidos se alteraran y ellos alteraron a mi corazón, que parecía querer salirse del pecho, ansioso, nervioso.

Si normalmente era guapo, con esa camisa ya no había manera de describirlo. Le sentaba como anillo al dedo.

Cuando me percaté de que habíamos estado unos cuantos minutos sin decir nada, carraspeé para hablar, no obstante, al notar que él seguía observando el suelo y moviendo su pierna nerviosamente, me preocupé. De cerca, pude comprender cuál era la expresión que tenía mientras caminaba hacia aquí. Parecía abatido.

—¿Jaden?

No respondió.

Alzó la mirada para encontrarse con la mía, con cierta duda e inesperadamente lo que noté a continuación rompió mi corazón. Jaden estaba reteniendo lágrimas que no veían la hora de escapar de sus ojos. Su semblante no era serio, él estaba herido, pude comprenderlo en tan solo medio segundo. El sentimiento me resultaba algo familiar. También estaba confundido, quizás, porque su ceño estaba fruncido como si no llegara a comprender por completo lo que pasaba por su mente.

Mi cuerpo se paralizó ante su estado y me tomó varios segundos, casi un minuto completo, reaccionar y acercarme.

No sabía qué sucedía, no entendía nada, lo único que tenía claro era que necesitaba un abrazo. Así que me aferré a él demostrándole con ese acto todo el apoyo que creía necesitaba. Me lo agradeció devolviéndomelo con más fuerza. Nos quedamos así unos largos segundos.

Al parecer no había bebido, o al menos no en exceso, porque no había rastro de alcohol alguno en su aroma. El calor que irradiaba su cuerpo me reconfortaba de la repentina brisa helada que estaba haciendo acto de presencia a esa hora de la noche, y el inconfundible aroma a él, tan particular, se impregnaba en esas partes de mi cuerpo que lo abrazaban.

Me sentía inquieta. La angustia crecía en mi interior a medida que los minutos pasaban y junto a éste, su silencio. Lo separé de mí con lentitud, él dio un suspiro casi inaudible en cuanto me alejé lo suficiente como para quedar frente a su rostro y mirarlo con cautela.

—¿Necesitas irte a algún lado? —pregunté.

Se me ocurrió que quizás necesitaba un poco de silencio. Algo de lo que, obviamente, ese lugar carecía, por más alejado de la multitud que estuviera. Durante esos escasos segundos en los que

pensaba, hice una mueca al observarlo con claridad. Cansado. También lucía cansado, pude notarlo en las ojeras que ensombrecían su usualmente brillante mirada.

Negó con un simple y corto movimiento de cabeza, seguía sin hablar.

—Estás preocupándome —suspiré—. ¿Puedo ayudarte en algo? Al menos responde eso.

Volvió a negar.

—No creo que puedas hacer nada, son muchas cosas —habló por fin—. Mi mente es un caos justo ahora, no te aconsejo meterte en ella.

Puse toda mi atención en él. Mi mano derecha actuó sola, aportando uno de esos opacos mechones rebeldes de su frente, luego la posé sobre la suya en su rodilla. Miró el movimiento sin inmutarse.

—Cuando estés listo, entonces, estaré aquí para escuchar lo que tengas para decir.

Asintió con una sonrisa forzada que, contra todo pronóstico, lo hacía lucir de mejor ánimo. Desvió la mirada de mí y observó sobre mis hombros, algo había llamado su atención.

Fue mientras veía como la anfitriona del lugar, junto a un par de sus amigos, echaban de la fiesta a quienes habían causado algún problema, que la encontré.

Gala.

Ella no estaba sola, tampoco con quien creía que estaría divirtiéndose esa noche. Sentí cómo Jaden se tensaba a mi lado.

Vestida con un short de jean y blusa de tirantes azul, se estaba besando muy cómodamente con un chico pelirrojo, muy cerca del jardín delantero. Ni siquiera se detuvieron cuando Davina y sus amigos pasaron junto a ellos con tremendo escándalo, no pareció importarles. Cuando ambos se cansaron de buscar la cura del cáncer en la saliva del otro, el chico le dijo algo al oído que la hizo reír y, luego de asentir con una sonrisa, desaparecieron de mi campo visual.

La incertidumbre, la felicidad y la inquietud se mezclaban con la furia y el hambre de venganza en mi interior, y no tenía idea qué emoción le ganaba a cuál, mucho menos por qué estaban peleándose con tanta intensidad en mi mente y corazón.

Mierda, ¿por qué ella le hacía eso a Jaden? Se suponía que iban a estar juntos pronto, o eso era lo que él me había dado a entender ayer por la noche, cuando me llamó para decirme que le había pedido una cita a Gala.

¿Por qué existía una parte de mí que se alegraba de verla en brazos de otro? ¿Y por qué eso me hacía sentir terriblemente mala persona?

Baje la mirada a mis uñas.

No quise voltear a verlo, porque sabía que también los había visto, y sospechaba que su estado de ánimo tan extraño se debía en parte a ella. Sentía cómo ardía mi pecho y las ganas de salir huyendo hormigueaban en mis pies.

—No te merece —fue lo primero que se me ocurrió decirle—. Es por ella, ¿verdad?

Mis palabras parecieron ser el impulso que necesitaba para sacarlo todo, porque asintió lento antes de mirarme.

—No la entiendo —soltó, su voz manifestaba dolor—. Hace horas le dije que la quería, Jasmine, como más que a una simple amiga. ¿Sabes lo que me respondió? Que también lo hacía —lo dijo tan bruscamente que me sobresaltó, podía sentir su enfado en mi propio corazón, bombeando furioso con cada una de sus palabras. Bum, bum, bum—. Me dijo que lo intentáramos, ella..., ella me besó al salir de clases el otro día. —Bum, bum, bum—. Hoy la busqué por todo el maldito lugar y ¿adivina qué? Cuando la veo, está muy tranquila averiguando si la cura del cáncer está en la garganta del idiota de su ex. Se supone que, si te gusta alguien, no andas por ahí besando a otros mientras tienes una cita pendiente. Y una importante, porque no es

para conocernos, es para darnos una oportunidad.

Si no fuera porque el enfado en su voz sonaba como si quisiera lanzar cuchillos en el aire, me hubiera reído sobre el pensamiento que compartimos ante la escena.

—Lo lamento, Jaden —susurré, aunque no estaba segura de que me hubiera escuchado.

Lo que dijo a continuación, no hizo más que sacarme una sonrisa. Y no de las buenas.

—No la entiendo..., la odio tanto, Jasmine.

—No, no lo haces —hablé rápidamente, él arrugó el entrecejo—. No podrías odiarla tan rápido. La quieres, Jaden, estás siendo dramático.

—Ahora mismo pienso que sí podría.

Negué.

—A veces así es el amor, ¿sabes? Cuando caes por alguien y eres consciente del poder que tiene sobre ti, duele como el infierno el momento en que te lastima sin previo aviso, pero el odio no reemplaza al amor así de fácil. Es impredecible y sólo te queda buscar la manera de superarlo, sin importar el tiempo que te tome.

Él sonrió de lado sin ganas, no obstante, sabía que mis palabras eran ciertas.

—Suena a que sabes demasiado sobre eso —murmuró. Suspiré, siendo incapaz de responderle, mi corazón seguía bombeando de una manera extraña siendo. Él buscó mi mirada—. Te han lastimado antes —comprendió.

Evité mirarlo a los ojos cuando dije:

—Varias veces me lastimé a mí misma, otras, fueron mis padres con sus peleas. —«Y tú, justo ahora» quise añadir, pero me vi incapaz de hacerlo. En ese instante sólo quería reparar su corazón para llegar a casa y vendar al mío—. El amor a veces puede ser cruel, Jaden, pero te aseguro que puedes sanar y superar todas las heridas que causa.

—¿Tú las has superado?

Esa pregunta casi hace que me derrumbe. Si no fuera por los gritos de un grupo de chicos que llegaba cerca nuestro, estaba segura de que mi débil mente y el frágil corazón con el que era obligada a vivir hubieran sucumbido ante él.

Reteniendo un suspiro, lo observé con una sonrisa ladeada, encogiéndome de un hombro.

—Una vez alguien me dijo que el amor era luz, abrazos y confianza —dije, parafraseando a mi madre—. Superas el dolor si te dejas amar por aquellos que alegran tus días —le sonreí.

Él asintió, visiblemente más animado.

—Quizás pueda hablar con ella —dijo entonces—. Pero no planeo hacerlo ni ahora ni mañana, le daré unos días.

—Deja que las cosas se calmen y todo estará bien —aconsejé, mis ojos no se apartaban de los suyos, no quería que me soltara, ni que ignorara lo que necesitaba que entendiera en ese momento. Eso que siempre necesité que me dijeran—: Aquí lo importante eres tú, Jaden, no permitas que nadie arruine tu felicidad.

Soltó algo así como un bufido y decidió acercarse más a mí. Cuando entendí que quería abrazarme solo me dejé llevar. Uno de sus brazos se posó sobre mis hombros para aferrarme a su cuerpo, acariciando mi brazo con sus dedos. Volví a sentir calor de su cuerpo junto al mío. Con su mano libre buscó la mía, entrelazando nuestros dedos.

Entonces mi frágil corazón comenzó a bombear más rápido, claramente emocionado. No obstante, me fue imposible despejar mi mente y disfrutar al menos de ese momento tan cercana a él, porque me percaté, de pronto, de que me encontraba en presencia de dos corazones rotos.

Su corazón se rompió por ver a la persona que quería en los brazos de otro. El mío, porque había entendido que mi teoría era cierta.

Me había ilusionado con él sin razón alguna, había visto la posibilidad de un amor correspondido en donde no existía más que un simple cariño amistoso. Él quería a Gala, no a mí.

Mi corazón se había roto una vez más, y eso, estaba más que segura, iba a ser difícil de superar. Sobre todo, porque después de ese momento no me atreví a confesarme jamás.

La deuda con mi corazón comenzaba a extenderse.

Capítulo 10

Caída inminente.

Septiembre 11 de 2017.

La vida me dio muchos golpes. Como a todo el mundo, suponía, porque no podía actuar como si fuera el centro del universo. Sin embargo, conmigo fue cruel desde el principio.

Sobre todo, ese año.

Habían pasado meses del accidente en la ruta que mi padre, mi hermano y yo habíamos tenido un día, pero la situación con Daniel no hacía más que empeorar. Jamás podría olvidar esos días. La semana más cruel y difícil de todas.

Recuerdo que, extrañamente, todo parecía ir demasiado bien para ser real.

Hasta que ya no lo fue.

Al principio, pensamos que, como otras personas con accidentes parecidos, se recuperaría rápido, pero cuando lo indujeron a coma las cosas empezaron a ponerse más oscuras para todos. Los doctores decían que la probabilidad de que él no despertara se hacía más real conforme los días pasaban y las mejoras que tanto esperaban no llegaban.

Mi madre hacía semanas que llegaba del hospital y se encerraba en su habitación por horas, hasta que se acercaba la hora de los reportes médicos y sólo entonces decidía dejar la casa. Había pedido vacaciones adelantadas en su trabajo para pasar más tiempo junto a mí, según ella, pero últimamente solo tenía tiempo para ir al hospital a ver a Daniel.

Con mi padre la situación era extraña. Desaparecía constantemente por horas largas, ni siquiera podía asegurar si realmente iba al trabajo o no, apenas lo veía. Sabía que había estado en casa horas antes de que yo llegara del instituto porque el horno eléctrico que teníamos siempre estaba tibio, señal de que había estado comiendo algo, o también porque solía irse sin apagar la televisión y el canal de las noticias siempre estaba ahí cuando llegaba.

Por mi parte, me obligaba a seguir viviendo día a día sin que se notara cuán dolida me dejaba todo lo que invadía mi mente a cada instante. Los días de semana los había transformado en una rutina que me decía que debía seguir al pie de la letra; despertaba, iba a clases, sonreía y bromeaba con mis amigos, sonreía y me negaba amablemente a ir a pasar el rato a casa de Jaden, sonreía pretendiendo que todo estaba bien.

Con los días me acostumbré, era casi algo mecánico, algo que comenzaba a hacer sin darme cuenta.

Sin embargo, cuando visitaba a Dani en el hospital —sólo los sábados cuando mi madre me lo permitía—, y lo veía ahí en su cama, cubierto por sábanas blancas y conectado a miles de aparatos por donde sea que miraba, tan vulnerable. Cuando veía sus ojos cerrados o su mejilla izquierda con marcas de lo que fueron los cortes de vidrio que le dejó el impacto; o cuando me preguntaba si alguna vez volvería a ver su estúpida sonrisa arrogante, todo el autocontrol que estaba ejerciendo sobre mis emociones se iba por la borda al comprender que los médicos tenían razón.

Él no estaba bien.

A veces deseaba ocupar su lugar.

Me pasaba esa media hora de visita semanal sentada a su lado, sosteniendo su mano y suplicándole que no me abandonara. No él, que además de mamá, era la única persona en esa familia que valía la pena aferrar a mi corazón, que sabía que jamás me lastimaría. La única persona del mundo que era capaz de entenderme con una simple mirada. Quien me molestaba,

me sacaba de quicio, me hacía reír, quien me abrazó mil veces de niña en la oscuridad cuando la tormenta era tan intensa que nos quedábamos sin luz en casa por horas largas.

Mi hermano... Él estaba sufriendo en silencio y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Inhalé aire y lo retuve unos instantes antes de soltarlo con lentitud. Intentaba controlar mi estrés, pretendiendo regularizar mi respiración, la cual segundos antes era un caos debido a mis lágrimas.

Las clases habían terminado horas atrás, pero seguía en el instituto. Me encontraba sentada en una de las gradas del gimnasio vacío, el silencio acompañaba a los latidos dolorosos de mi corazón. Me decía que no tenía que volver a llorar, por si alguien ingresaba y me veía. No quería que me hicieran preguntas, sólo necesitaba estar tranquila y pensar, tener una oportunidad de paz mental, liberar todas mis dudas y mi dolor sola. Por primera vez en días, quería controlar el dolor un poco, así el sábado podía disfrutar de ver dormir a mi hermano sin un mar en los ojos.

Pero claro que las cosas nunca salían como las planeaba.

La puerta del gimnasio se abrió, mas no supe quién había entrado porque me entretuve eliminando cualquier rastro de lágrimas en mi rostro que hubiera caído sin mi permiso. Por lo tanto, cuando la persona se sentó junto a mí y el aroma a perfume masculino inundó mis fosas nasales, supe de quién se trataba sin necesidad de verlo.

—Hola —murmuró.

Alcé la mirada.

Y ahí estaba, ese cosquilleo que ocasionaban las mariposas en mi estómago cuando lo tenía cerca, vagando campantemente por mi cuerpo, como si no fuera suficiente atormentar mi estómago y tuvieran que viajar por todas mis extremidades para recordarme cuán enamorada estaba de este chico.

Sus ojos claros dieron con mis labios por escasos segundos cuando le sonreí abiertamente. Algo que, por extraño que pareciera, Jaden comenzaba a hacer inconscientemente en algunas ocasiones y me generaba como leves ataques cardíacos.

Mis mariposas se emocionaron. En ese instante, debo admitirlo; odié que mi cuerpo lo conociera tan bien.

—Hola.

Silencio. En los últimos meses había muchos de esos entre nosotros.

—¿Por qué estás aquí? —curioseó.

—¿Por qué estás tú aquí?

Sonreí. Lo siguiente que hizo fue codearme, acercarse más y reposar una de sus manos sobre la mía, que la tenía apoyada en mi muslo con las piernas estiradas sobre el asiento de adelante. El tacto de su piel cálida contrarrestó con el frío de la mía. Las mariposas enloquecieron casi a la par que mi cerebro.

Necesitaba controlar aquello con urgencia.

Si bien antes ese tipo de cosas entre nosotros se habían convertido en algo usual, desde que estaba con Gala lo sentía incorrecto, como si mi mente le recordara a mi corazón que si no se calmaba iba a recibir una patada de su parte. Repentinamente incómoda, procuré separar nuestras manos para poder deshacerme del sentimiento de culpa que me invadía, en cambio él pareció entender otra cosa, porque entrelazó nuestros dedos con más fuerza, sin dejarme escapar.

Suspiré.

—No quería ir a casa, eso es todo —dije, encogiéndome de hombros, restándole importancia—. Tu turno.

—El entrenador quería que practicáramos esta tarde, se está tomando demasiado en serio el

partido del viernes.

—¿Es importante?

—Vendrán a vernos desde distintas universidades —soltó un suspiro lento en lo que apoyaba su espalda en la grada de atrás y estiraba sus piernas en las de enfrente, imitando mi posición—. Él cree que, como ya tomaron a Adam en Irlanda, los demás tendremos las mismas oportunidades, así que nos está haciendo trizas entrenándonos el doble. Y no es que me esté quejando, que conste, pero en mi más humilde y sincera opinión; está delirando. No creo que alguien nos llame.

Negué, riendo divertida ante su mueca de disgusto.

—No digas eso, es optimista, no es delirio el querer que todos tengan éxito.

—No es delirio…, éxito…, bla, bla, bla —burlándose, volvió a codearme, sonriendo de lado. Le devolví el gesto.

—Eres imposible, Jaden.

Nos volvimos a quedar en silencio unos cuantos segundos, sumidos en la calidez de nuestras manos unidas.

Disfrutaba ese momento, lo juro, mi corazón se sentía extremadamente cálido a pesar de que otra parte de mí siguiera sintiéndose incómoda. Antes de que otro tipo de pensamientos atacaran mi mente, como solía pasar, él volvió a hablar:

—Gala te envía saludos, dice no te ha visto desde ayer.

No pude evitarlo, solté un suspiro que se pareció más a un quejido que otra cosa.

La incomodidad aumentó de porcentaje. ¿Por qué tenía que nombrarla? ¿Por qué tenía que recordarme que ella existía entre nosotros, volviendo imposible lo que mi corazón tanto deseaba gritar?

Cuando estábamos juntos, solía perderme en sus palabras, solía perderme completamente en él y olvidarme de mi atormentada realidad. Me sentía bien, como si flotara en una nube y volara sobre mis problemas sin darles demasiadas vueltas, algo que ni mis amigos ni mi hermano habían logrado jamás. A su lado no existía nadie más. Pero, entonces, llegaba ella a la conversación para recordarme cuán imposible se le iba a hacer a mi corazón tenerlo por completo.

Sí, lo tenía como amigo, lo tenía para pasar el rato, tenía su cariño, pero yo quería más y me moría por hacerlo realidad.

En la fiesta de Davina, en donde habíamos visto a Gala besándose con ese chico, donde luego Jaden me confesó que lo había utilizado y que lo que sea que tuviera con ella iba a terminar; pensé que podía tener una oportunidad. Incluso le di unos días para que dejara de pensar en ella con tanta intensidad y pudiera escucharme.

Ilusa.

Me había equivocado.

Jaden siempre solucionaba las cosas hablando, siendo claro, y al parecer, días más tarde, eso los había llevado a ambos a una reconciliación seguida de un noviazgo oficial. Pues Gala argumentó que pensaba que lo de ellos no iba enserio y por eso besó al chico, cosa que conformó a Jaden lo suficiente y decidió darle una oportunidad.

Para estas alturas, llevaban dos meses juntos como pareja.

Me alegraba por su corazón, porque había sanado y se había recuperado con amor, como le dije aquella vez. No me alegraba por el mío, sin embargo. No podía. Y tampoco podía ocultarlo, a veces mis miradas me delataban. Aunque él no se daba cuenta, al parecer.

—Me enteré que consiguió una beca en la Universidad de California —comenté—. Eso es genial.

Su mirada estaba puesta en algún punto de la cancha de básquet.

—Sí, es una lástima que la veré menos de lo esperado.

—¿Por qué? Creí que sus universidades estaban cerca.

Negó.

—No iré a California —dijo, volviéndose a mirarme—. Planeo quedarme aquí en Australia, todavía no decido qué quiero estudiar.

No podría explicar con palabras exactas la felicidad que me invadió en ese instante. Eso significaba que existía la posibilidad de ver a Jaden vagando por la misma universidad a la que planeaba ir. Al menos, si nuestra amistad perduraba lo suficiente. Durante meses me había obligado hacerme la idea de que, una vez se graduara, ya no volvería a verlo seguido, ni siquiera a tener la oportunidad de llamarlo para vernos cuando tuviera ganas.

Me había estado exigiendo a mí misma dejarlo ir antes de que fuera demasiado tarde. El que él se quedara debía significar algo, quizá era alguna jugada del destino que me impulsaba a decirle de una vez cuánto lo quería. Quizá era momento de actuar, dejar la cobardía atrás y por fin confesarme. Con esas palabras quise sonreír, quise gritar de felicidad, pero me contuve a sabiendas de que él no estaba del todo alegre.

—Lamento que ya no se vean —sólo pude decirle.

—También yo.

—Pero no te desanimes, estarán bien, no te preocupes —entonces sí le sonreí, tratando de darle ánimos y sacándome un peso de encima—. Además, siempre debes priorizar lo que quieres, no puedes viajar a ningún sitio sin estar seguro.

Bueno, vamos, no podía ocultar mi felicidad demasiado, necesitaba camuflarla con algo más.

—Siempre tan positiva —dijo, medio burlón. Su mirada brillaba fija sobre la mía, como era usual. Me encantaba tenerlo cerca—. Gracias, Jas.

Sonreí un poco más.

—Me gusta que me digas Jas —confesé de pronto—. Siempre me dices Jasmine y pienso que es sólo para molestarme como lo hace mi madre.

—Sí lo hago para molestarte. —Ante eso, le di un suave empujón en el hombro. Él comenzó a reírse—. Pero en verdad me gusta tu nombre. Jas se siente, no lo sé, más personal, es como un diminutivo especial.

—Suena lindo cuando lo dices —le sonreí abiertamente.

Su mirada se posó en la mía con tanta intensidad que por un instante creí que sólo éramos nosotros. Me adentre en aquella burbuja que ambos compartíamos cuando estábamos juntos... y me gustó. Siempre me gustaba aquello.

Jaden no contestó, porque de pronto en el gimnasio ya no se escuchaban sólo nuestras voces. Las puertas se abrieron y tanto el entrenador como los compañeros de Jaden comenzaron a llenar el espacio de extremo a extremo, entre ellos estaba Adam. Sonreí al verlo.

Este era su último semestre en el país, y él lo estaba disfrutando como nunca. Se divertía, jugaba como nunca había jugado y todos los días me llamaba para ver cómo estaba, incluso sin saber lo que pasaba en mi vida. Claro que no era ningún tonto, porque tanto él como mis amigas sabían que estaba pasando algo extraño conmigo. Digamos que comenzaba a ser algo obvio.

Evitaba conversaciones profundas con todos, no hablaba sobre mí, tampoco iba a casa de ninguno y mucho menos a fiestas. Varias veces los había visto hablar entre ellos —incluso él había hablado con Jaden en varias ocasiones— y sabía que hablaban de mí porque se callaban al verme llegar. Sin embargo, prefería no darles importancia. De verdad no quería meterlos en eso, si lo hacía, la nube a la que me subía para olvidarme un instante de todo iba a desintegrarse. No

podía permitirlo.

Al verme, Adam sonrió y corrió en nuestra dirección con el balón en manos. La mano que Jaden tenía aferrada a la mía se fue de inmediato. Sentí el frio acariciándola nuevamente, reprimí un posible berrinche de niña pequeña ante eso.

—Bella —saludó desde su lugar, luego miró a Jaden, asintiendo a modo de saludo antes de volver a mirarme—. ¿Cómo estás?

—Perfecta, ¿y tú?

Si no me creyó, porque esa palabra no había salido del todo honesta de mis labios, lo dejó pasar. Subió las gradas que nos separaban para poder sentarse a mi lado, poniendo el balón en sus piernas flexionadas.

—Siempre estás perfecta —sonrió coquetamente—. Yo bien, por enseñarle a todos estos novatos cómo ser buen jugador.

—Tu siempre tan considerado —me burlé, empujándolo un poco.

Él puso sus ojos en blanco mientras me sacaba la lengua. De mi otro lado, Jaden carraspeo.

—Jasmine, me voy con los chicos —habló, llamando mi atención—. Nos vemos.

No esperó a que respondiera, sólo lo vi alejarse hasta donde se encontraban el entrenador y sus amigos. Luke y Alex me saludaron desde lejos con una sonrisa, se las devolví agitando también mi mano.

—Te traduzco eso —comentó Adam. Lo miré arqueando una ceja—. Me largo con los chicos porque me muero de celos cuando alguien te coquetea, Jasmine, nos vemos —habló, imitando la voz de Jaden con exageración.

—No inventes cosas, ya sabes que él está con Gala.

Hizo un ruidito con la boca, negando.

—A veces algunas personas están con otras sólo para aclarar dudas del corazón —dijo—. Créeme, sé de lo que hablo.

Negué casi sin darme cuenta. A veces se ponía algo sentimental y odiaba que la que lidiara con ello fuera yo. Estaba a punto de quejarme de que se buscara más amigas con las que soltar todas esas cursilerías, pero un grito casi aterrador hizo eco en el gimnasio.

—¡Crowell! —El entrenador lo llamó con ese grito que sobresaltó a ambos—. Si no te veo calentando en dos minutos te quedas aquí hasta que las luces se apaguen —advirtió, acto seguido, se volteó hacia los demás y gruñó—: ¿Y ustedes qué esperan? ¡A calentar!

—Ya voy —gritó Adam, quejándose y bajando de las gradas fila por fila muy lentamente.

Sonreí por su rabieta. En tanto lo seguía, escuchaba como murmuraba algo sobre irse de una vez a Irlanda y algo más, lo que me hizo carcajear con más ganas.

—Van a salirte canas si te quejas tanto —me burlé.

Una vez que nuestros pies tocaron el suelo del gimnasio, él se volteó hacia mí con una sonrisa que prometía problemas. Se acercó.

—¿Quieres ver como sí tengo razón?

Dio un paso más, quedando peligrosamente cerca de mi rostro, su perfume y calor corporal invadiendo mi espacio personal. Elevé un poco mi rostro hacia arriba para encontrar sus ojos, ya que él me sacaba fácil unos quince centímetros de altura. Ahí intenté leer sus intenciones.

Le di la bienvenida a los nervios ante lo que descubrí en su mirada. Volvió a dar un paso hacia adelante, sus zapatillas deportivas chocando con mis botas marrones de tacón en el acto.

—Adam, ¿qué haces?

Mi voz me delató. No tenía miedo, pero los nervios hacían que actuara como un ratoncito asustado que estaba peligrosamente cerca de la boca del gato. Por lo que, ante mi reacción, posó

una mano sobre mi hombro para acariciarlo.

—Vamos a fingir. Él está detrás de mí, va a creer que es verdad, aunque no lo sea —aclaró, intentando calmarme—. Sólo soy yo, Jas, tranquila. Confía en mí.

Su intento por relajarme funcionó, porque de pronto mis nervios se esfumaron. Le sonreí con calma. Sí, tenía razón, sólo era Adam, no iba a obligarme a nada y tampoco a jugar conmigo, solo quería probarme un punto. Era mi amigo, debía confiar en él.

Asentí, poniendo en sus manos la confianza que le tenía, tentándolo a romperla. Cuando le di el pase libre volvió a acercarse a mi rostro. No iba a negarlo, me estaba poniendo nerviosa que invadiera de esa manera mi espacio. Solíamos sentarnos juntos, bromear y hasta tocar el cuerpo del otro para molestarnos con cosquillas o picarnos con los dedos a modo de bromas, sin embargo, el que se acercara de esa forma se sentía y era diferente. Mas me obligué a pensar en que sólo se trataba de Adam.

En el momento en que sus labios tocaron la comisura de los míos, algo impactó contra su espalda bruscamente, sobresaltándome. Él, sin embargo, no pareció enfadarse, sólo se apartó con una sonrisa de autosuficiencia en el rostro. Un «lo siento, chicos» se escuchó mucho más allá de nosotros. Ambos sabíamos de quién era esa voz.

—Te lo dije —musitó, seguido hizo una mueca—. Debí haberte apostado dinero.

Me solté a reír.

—No te habría pagado, de todas formas.

Se agachó a recoger el balón que había caído ante nuestros pies luego de golpearlo y luego me tiró del cabello sólo para molestar. Me quejé, él antes de irse se acercó de nuevo a mi rostro, besó mi mejilla y luego dijo:

—Que conste que todo el mundo lo nota y ustedes parecen hacerse los tontos.

Dicho eso, volvió a alejarse, rebotando el balón en lo que se acercaba a sus compañeros. Solté otro suspiro de frustración en lo que salía del gimnasio para volver a casa.

Probablemente todos malinterpretaban algunas muestras de afecto por su parte, pero, aquí llego con mi declaración: a mí también me confundían.

Lo sabía, no era tonta, había pequeñas actitudes que me hacían creer que Jaden sentía cosas por mí, pero luego ahí estaba el lado realista de la razón diciéndome que podrían ser meras imaginaciones mías, impidiéndome arriesgar. Era una cobarde, como tantas otras veces lo había dicho, lo admitía, lo veía. Aun así, no iba a hacer nada para cambiarlo.

En ese momento me sentía en una zona de confort de la que no planeaba salir si aquello significaba dañarme a mí misma. El que él tuviera novia ayudaba más a mantenerme callada. No sabía qué veían los demás entre ellos, pero lo que yo veía era que Jaden sentía cosas fuertes por ella y eso no iba a cambiar por más que me confesara.

Yo lo quería a él, él la quería a ella, comenzaba a adaptarme a eso y dejar que las cosas fueran lo que tuvieran que ser. ¿De qué iba a servirme confesarle lo que sentía? ¿Iba a conseguir que rompiera con ella y corriera a mis brazos? No, porque además de no querer ser la segunda opción de nadie, no iba a arruinar su felicidad por la mía.

Lo tenía, no por completo, pero sí lo tenía. Su cariño me ponía feliz y mi amistad lo ponía feliz. Por el momento, me convencía de que me bastaba con eso.

❦ ❦ ❦

Septiembre 16 de 2017.

Recuerdo que eran casi las dos cuando cruce las puertas del hospital para ingresar al lugar el sábado por la tarde. Mi madre me había pedido ir a visitar y cuidar de mi hermano, en lo que ella regresaba a casa para ducharse y comer algo. La encontré sentada en la sala de espera de brazos cruzados mordiéndose las uñas, lo que no me extrañó, lo hacía con frecuencia desde que internaron a Daniel.

Mi padre nuevamente se había ido a quién sabe dónde. La noche anterior estaba en casa, engullendo gustoso el estofado que él mismo se encargó de preparar, mientras nosotras dos apenas logramos probar bocado alguno.

Los doctores dijeron en el reporte del jueves por la tarde que no había signos de mejoras en Daniel. No comprendía las palabras técnicas que habían soltado, pero sí la simple explicación que me dio mi padre luego ese mismo día. El trauma cerebral que los había obligado a colocarle aparatos respiratorios e inducirlo al coma estaba empeorando, tampoco había buenas noticias sobre esos órganos que al parecer se habían dañado en su sistema nervioso al ser embestido y quedar atrapado entre el asiento y la puerta.

Nada estaba saliendo bien, veía como poco a poco la esperanza se perdía de los ojos de mi madre, y también de los míos. En los de mi padre se había perdido hacía meses.

No podía perder a mi hermanito menor —por más que fuese más alto y más fuerte que yo—, era el único rostro que me alegraba ver al llegar a casa, quien me quitaba los M&M's y luego se sentía tan culpable por hacerlo que me compraba dos bolsas para recompensarlo. Quien eligió una escuela distinta a la mía sólo porque le avergonzaba que lo saludara en recesos, pero luego se había arrepentido porque no conocía a nadie —tarde, porque mi madre no iba a cambiarlo de escuelas todo el tiempo, no era un lujo que nos pudiéramos dar—, así que se tuvo que adaptar al cambio muy a su pesar.

Él fue fuerte en ese momento, tenía que volver a serlo.

Creía que podía.

—Mamá —le hablé al llegar junto a ella.

Se giró en dirección a mi voz, las ondas rebeldes del cabello marrón moviéndose ante la acción. Apenas dibujó una sonrisa, lucía angustiada, otra cosa que se había vuelto constante en ambas al estar aquí. Podía verme reflejada en ella.

—Jas —musitó—, iré a casa a arreglarme. Los doctores no paran de darme malas noticias, dijeron que Daniel podría volver a terapia intensiva. Tú no te vayas de aquí hasta saber algo.

—¿Te dijeron en qué empeoró?

—No, solo que me llamarían en cuanto pudieran. Una de ellas me dijo que debería tener paciencia, pero eso sólo me pone de los nervios.

Asentí, comprensiva.

—Ve a casa, mamá, él estará bien, lo prometo.

No pude detenerme, aquellas últimas palabras fueron meras esperanzas, pero ella necesitaba descansar. Irse a casa, sabiendo que me quedaría a cuidar de mi hermano, iba a dejarla tranquila.

—¿Has visto a tu padre? —preguntó.

Ante la mención de mi progenitor, mi sonrisa tranquila se fue a pasear, de inmediato endurecí mis facciones, negando a su pregunta. Me afectaba que mi padre se perdiera por días y luego apareciera como si nunca nos hubiera dejado, aunque me enfadaba más que no diera ningún tipo de explicaciones, ni siquiera a ella.

Pese a ello, no iba a demostrarlo.

Mi madre necesitaba dejar ese problema de lado, porque eso era mi padre: un problema más.

Me había criado teniendo un ideal de él que poco a poco, a medida que los años pasaban y la

vida misma me enseñaba a crecer, notaba actitudes y cosas de su personalidad que no eran las mejores, que me decepcionaban, y no sólo a mí. Nos decepcionaba a los tres y ni siquiera se percataba de ello, ni siquiera parecía importarle, sólo ignoraba el dolor o el enfado en nuestras miradas y fingía que todo estaba bien.

Sin embargo, sabía que me lo había buscado, era mi culpa por creer que él era buena persona, por idealizar su figura paterna y creerme en un cuento de princesas.

Entendí en ese momento y comprendo ahora, que aquellos que no admitían ni enfrentaban sus errores; eran quienes más daño te causaban, y que la culpa no es de quien puede verlos y negarse a cometerlos de antemano.

—No —respondí—, pero sé que volverá.

Asintió, a sabiendas de que tenía razón. Él siempre volvía.

Unos largos minutos más tarde, cuando mi madre ya se había ido y el reloj decía que faltaban dos minutos para que dieran las dos cuarenta y cinco de la tarde, mientras divagaba en redes sociales, mi mundo se volvió a tambalear inesperadamente.

Por los altavoces del pasillo se escuchó como llamaban de urgencia a la doctora Williams, quien recordaba perfectamente que era la encargada de monitorear a Daniel.

Al principio no me preocupé, no sólo atendía a mi hermano. Recordaba aquel día en que les había comentado a mis padres que tenía al menos siete pacientes a su cuidado por semana en ese hospital, incluso creí que era por algún familiar de las demás personas que esperaban conmigo en la sala. No obstante, en el momento en que la mujer por el parlante dijo cuál era la habitación, mi cuerpo entero se estremeció.

Habitación B. Tercer piso.

Daniel.

La mujer nombrada apareció por el pasillo con el ceño fruncido, la acompañaban dos chicos con tablas en donde de seguro estaban por anotar algo. Los vi dirigirse a la puerta que separaba el pasillo donde esperaban las visitas, donde me encontraba, de las habitaciones en donde descansaban los pacientes en cuidados intensivos. Pasaron junto al hombre de seguridad que la custodiaba, quien la cerró después de salir.

—Disculpen todos —habló, llamando la atención de todos en el estrecho pasillo—. La visita se demora, en breve estaremos avisando cuándo podrán ingresar.

Varias personas comenzaron a acercarse para quejarse con él, otras sólo preguntaban qué ocurría, igual de preocupadas que yo. Mis piernas actuaron por su cuenta. Me acerqué a él e intenté convencerlo para que me dejara pasar, le dije que habían entrado por Daniel e incluso le informé sobre la gravedad de su estado, pero no hubo caso.

Sabía que tenía que controlarme, de nada iba a servirme alterarme y exigir que me dejaran entrar porque no lo harían, pero era mi hermano, necesitaba saber que estaría bien como se lo había prometido a mi madre minutos atrás, no podía pasarle nada.

No a Daniel.

El corazón me latía con furia, sentía que algo se había atascado en mi garganta, generando una molestia horrible que me impedía respirar con calma.

—Señorita, por última vez, no tiene permitido ingresar —insistía el hombre, me tomó de la muñeca procurando alejarme de la puerta. Me resistí, él hizo una mueca, comenzando a enfadarse—. Le pido que se aleje de inmediato o me veré obligado a sacarla de aquí a la fuerza.

—Por favor, usted no lo entiende.

—Jasmine, ¿qué sucede? —la voz de mi madre me habló desde atrás.

Gire a verla sin ser capaz de ocultar mi angustia por mucho más.

—La doctora Williams —comencé a decirle con voz temblorosa, intentando evadir la molestia en mi garganta—, acaba de ingresar de urgencia en la habitación de Dan.

Sus ojos se aguaron de inmediato. Se acercó a mí y me apartó para hablar con el guardia. Me abracé a mí misma, dirigiendo la mirada a todos lados, pero a ninguno en particular.

Las demás personas ya se habían alejado, se escuchaban sus quejas o incertidumbres entre murmullos, claramente ajenos a lo que él acababa de decirle a mamá.

Me acerqué a ella, que estaba apoyada en la pared junto a las puertas mordiéndose las uñas, sin despegar la mirada de los pequeños vidrios que nos daban una idea de lo que sucedía ahí dentro.

Entonces volvieron a hablar por los altavoces, llamando de urgencia a otro cirujano, y de verdad creí que no se trataba de lo mismo, que al acercarme a la puerta y espiar por los vidrios no vería al hombre entrando a la habitación B, pero fue todo lo contrario. Vi aquello sintiendo el pecho apretado y ese nudo horrible en mi garganta, de pronto mis piernas parecían estar más débiles de lo normal, mis ojos se llenaron de agua sin darme tiempo a asimilar en qué momento había comenzado a llorar.

Mi madre también los había visto, la abracé más fuerte, acariciando su hombro.

—Tranquila, mamá, estará bien. Dan es fuerte.

«Dan es fuerte, puede hacerlo.»

Nos repetí aquello último en voz baja durante los largos minutos de espera, casi como un mantra, aferrándome a esa esperanza. Sin importarme las miradas de los presentes en el lugar, sin importarme la culpa que el guardia de pronto parecía expresar en su mirada al vernos a ambas así de mal.

Cuando la vida de una de las personas más importantes en tu vida está pendiendo de cables y aparatos, y todos secunden con firmeza esa esperanza en tu cabeza de que conservarán su corazón vivo, resulta difícil aceptar que en un abrir y cerrar de ojos algo puede cambiar los planes de los profesionales y dejar de funcionar. Te aferras a esa esperanza junto a ellos y te convences de que todo estará bien.

Te mientes a ti misma.

Y lo haces porque es lo único que te mantiene de pie.

Daniel era tan fuerte como yo, siempre lo había demostrado, no podía dejarnos.

Fueron minutos eternos, o quizás no, quizás sólo yo los había sentido así, hasta que por fin la doctora Williams salió de ese horrible, e irónicamente lleno de luz, pasillo, y nos buscó a ambas con la mirada. Se acercó. La vi abrir la boca, de ella salían mil palabras profesionales que no comprendía muy bien, tampoco mi madre, no obstante, no necesité la ayuda de mi nadie para comprender sus últimas palabras.

—...señora Everill, lo lamento. El corazón de Daniel dejó de responder hace poco más seis minutos.

Esas palabras fueron la mecha que inició el fuego en mi cuerpo, ardiendo, quemando cada parte de él a su paso. Justo en ese instante, pude sentir cómo mi corazón había perdido una pieza enorme y fundamental para seguir funcionando, para seguir siendo como era. Me quemaba el dolor. No… Mi mundo ya era un caos sin remedio, lo había aceptado, pero nada me había preparado para perder a Daniel tan pronto.

«Dani.»

Me aferré a mi madre con fuerza al escucharla llorar, mis piernas se sentían tan débiles que temí caer al suelo.

Ese día Daniel dejó un gran vacío enorme en mi corazón, las lágrimas cayendo por mis mejillas quemaban sobre la piel como si estuvieran hechas de espinas, recordándome cuán real era lo que

estaba viviendo.

No era ningún mal sueño.

Me estaba derrumbando de verdad, y puesto que mi cuerpo se sentía frágil y herido, suponía que iba a ser incapaz de levantarme y salir de él otra vez.

Pero, entonces, alcé la mirada y vi a mi madre; tan frágil y débil como yo; siendo incapaz de sostenerse a sí misma. Aferrándose a mi cuerpo como si fuera lo único que la mantuviera de pie.

Y me dije que tenía que intentarlo. Me prometí que lo haría por ella, hasta que pudiera volver a hacerlo por mí.

Capítulo 11

Sobre la culpa y el duelo.

Enfrentar el duelo de alguien una vez que entiendes que ya no volverás a verlo es más difícil de lo que todos dicen. Si te ponías a pensarlo, sonaba algo obvio, cuando una persona se va tu mente asume de inmediato que ya no la volverás a ver. Pero, en realidad, se trata de mucho más que eso.

Los días pasaban y pronto le tocó a mi mente adaptarse al dolor de mi corazón, que apenas estaba comprendiendo lo que sucedía.

Ya no volvería a ver a Daniel, a escuchar su voz o su risa, a que ya no pelearíamos por ver quién ganaba el partido que jugábamos. Ya no tendría la certeza de que me sentaría en la mesa para la cena y él estaría justo frente a mí, esperando ansioso a que mamá le sirviera a él primero.

Era difícil sonreír, o hasta el más mínimo esfuerzo como lo era el respirar. No entendía cómo o por qué Daniel ya no podía hacerlo ni lo haría jamás. Me la pasaba las noches buscando razones por las que él no debería haber vivido un minuto más en la tierra y no encontraba ni una sola.

Lo sentía injusto.

Y no paraba de sentirme culpable. Si tan solo no le hubiera permitido ir en ese asiento y hubiera estado en su lugar, como originalmente tenía que ser, tal vez las cosas serían totalmente diferentes.

Sin embargo, sesión tras sesión, la señora Miller me recordaba que no tenía por qué sentirme de ese modo. Pues era obvio; yo no era vidente, no podía saber qué pasaría al momento de sentarme en el asiento de atrás, ni siquiera podía saber si iba a cambiar en algo que me inclinaba en mi asiento para abrocharle el cinturón a Daniel yo misma.

No podía saber lo que pasaría.

No era mi culpa.

Tampoco de mi padre, quien estaba conduciendo y que, desde el minuto en que le dijeron sobre mi hermano, comenzó a culparse por no haber ido más despacio. O por no haber maniobrado. O por no haber hecho cualquier cosa que hubiese impedido el impacto. Tampoco la de mi madre, que se culpaba hasta por haber estado enferma ese día y ser la razón por la que transitábamos esa autopista.

Ninguno en mi familia era el culpable.

Nadie podía saber lo que sucedería. Para todos, había sido un día normal, como cualquier otro. Y supongo que por eso quedamos tan sorprendidos en un principio. Todo simplemente pasó. En un abrir y cerrar de ojos. Y era totalmente injusto, y era horrible, e inhumano, e imposible de creer. Pero había sucedido. Nos había sucedido a nosotros.

Teníamos que aceptarlo.

En medio de todo el dolor y el proceso de aceptación, mi padre comenzó con sus desapariciones más seguido… hasta que una noche ya no regresó. Las discusiones con mamá no habían cesado ni siquiera un poco después de lo de Daniel, no le hacían bien a ninguno de los tres, pero a nosotras dos nos hizo peor el hecho de que él ya no regresara. O que ni siquiera se despidiera como correspondía.

Salió por la puerta de casa una mañana fría de octubre, excusándose con que necesitaba ir de pesca con un amigo para despejar un poco la mente, como solía hacer siempre. La mañana siguiente no regresó, pero tampoco era algo inusual, incluso antes de que mi hermano nos dejara ya estaba actuando extraño y se ausentaba un par de días. Por eso lo dejé pasar, convencida de

que se requería tiempo para que él comprendiera que las cosas, si bien estaban un poco delicadas, sí las podíamos superar. Juntos. Como familia. No obstante, los días pasaban, su ausencia reinaba en casa, en el barrio, y nadie lo había vuelto a ver en su trabajo.

La incertidumbre y angustia en ambas era palpable, no podía prestar atención en mis clases, mis amigos intentaban que le dijera más que monosílabos, comenzó a ser un problema salir a la calle sin creer verlo en alguna esquina, y mi progenitora apenas comía. Teníamos miedo de que algo muy terrible hubiera ocurrido.

Hasta que un día, mientras buscaba algún trabajo en Internet con la ayuda de mi mamá a mi lado, él llamó. Se encontraba en perfecto estado, simplemente —porque utilizó esa palabra—, se había ido a vivir a Canberra y prácticamente nos recomendó que no siguiéramos esperando por él, porque no regresaría. Él tenía otra familia.

Eso destrozó a mamá, y mentiría si dijera que a mí no.

No le importamos. Y junto a esa certeza no pude evitar pensar en que si alguna vez habíamos llegado a importarle en lo absoluto. También evité preguntarme cuándo había sido que su amor por nosotras se había esfumado, por amor a mi propio corazón roto.

Supongo que, tu dolor siempre puede empeorar y las sorpresas jamás se detienen.

Aunque no todo es catastrófico. Si hay algo que aprendí de ese año, es que siempre se puede salir adelante. Cuando caes al hoyo y crees que no podrás subir a la superficie porque no ves escaleras, ni sogas, ni rocas con las que impulsarte y escalar, siempre, siempre hay alguna forma de volver a subir. Tal vez debas hacer más esfuerzo del normal, o te plantees rendirte antes de seguir intentando, pero al final, lo logras.

Culparte te hace caminar en círculos, solo atrasa el camino hacia arriba.

Y cuando por fin subes; cuando desde ahí por fin ves esa claridad que tanto anhelabas; cuando el viento mueve tu cabello y la vida te sonríe orgullosa de verte continuar, sólo te queda aferrarte a todo lo bueno y sano que tienes a tu alrededor. Con todas tus fuerzas y con toda tu convicción, para evitar regresar a ese hoyo.

Capítulo 12
Un beso y un error.

Enero 27 de 2018.

Errores.

Todos los cometemos.

Yo cometí bastantes este mismo año, pero sería egoísta decir que fui la única.

Lo mejor que me había pasado, era encontrar trabajo. Tenía diecisiete años, podía trabajar y ganar un sueldo que ayudara en algo en casa, era totalmente legal. Me tomó un mes entero ir de tiendas en tiendas, hasta que entré a una librería que buscaba empleados justo cuando más lo necesitaba. Como si el destino hubiera estado esperando que lo encontrara.

Estaba en el centro de la ciudad, la paga me servía y me bastaba para ayudar a mi madre con los pagos mensuales de agua y consumo eléctrico. Era lo suficiente como para que ella dejara esos trabajos de horas extras que se veía en la obligación de hacer por ambas. Al principio se negó, quería que sólo me concentrara en mis estudios, no obstante, esa idea no le duró demasiado.

Ambas éramos conscientes de cuán firmes comenzaban a ser mis decisiones. No daría el brazo a torcer. No quería. Necesitábamos salir adelante e indudablemente esa era suficiente motivación para mantenerme firme en cualquiera de mis convicciones.

El trabajo no era tan malo, me encargaba de cobrar los libros o revistas que se llevaran las personas, la carga horaria era la justa y necesaria, no me quitaba las horas de sueños ni horas de estudio. Tenía un descanso cerca del mediodía para almorzar, el cual aprovechaba para adelantar tareas, aunque también las hacía en mis momentos libres de clientes.

En ocasiones, el señor Collins, dueño del lugar, bajaba de su casa —porque el hombre vivía en el pequeño departamento sobre la librería—, a darnos un vistazo a mí y a mis otros tres compañeros.

Mi compañera Melany era una chica pelirroja que se la pasaba charlando sobre sus lecturas del mes con quien se cruzara en su camino. Me agradaba porque me hacía acordar a Melisa. Luego estaba Ace, un chico de ojos verdes y rostro sacado de publicidad de Calvin Klein. Tenía toda la pinta de ser un destructor de corazones sin piedad, y pese a eso, juro que era un encanto para los clientes; todo el mundo se llevaba, como mínimo, el doble de libros que venía a buscar cuando hablaban con él. Aunque era un poco reservado, hablaba con nosotros lo justo y necesario.

Por último, estaba Sean. Un pelirrojo que apenas había entrado a trabajar una semana antes que yo, se llevaba bastante bien con los clientes y los niños en particular, porque a todos les hacía acordar a Ron, el pelirrojo mejor amigo de Harry Potter.

Todos ellos eran grandes personas, y, al igual que el señor Collins, me hacían sentir a gusto en el trabajo.

Pero no podía negar que todo lo que estaba viviendo en casa me estresaba en demasía, porque nada de lo que hacía parecía ser del todo suficiente para ayudar. Una carta de deudas con nuestra conexión de gas natural había llegado a casa hacía tres semanas, y desde entonces mi madre y yo empezamos a ahorrar para pagarlo en cuotas antes de que nos quitaran el suministro. Eso significaba que ya no podía comprarme las pastillas para controlar mi ansiedad, no podíamos pagarlo todo.

Las había empezado a tomar otra vez cuando sucedió lo de Dani.

Sin embargo, había hablado de ello con mi psicóloga días atrás, y contrario a lo que pensé en

un principio, me aseguró que hacía mucho tiempo no había tenido ningún ataque de pánico que me afectara en extremo, por lo que ya no veía estrictamente necesarias a esas pastillas antidepresivas y me las quitó de nuevo. Iba a estar bien sin ellas, tenía que confiar en eso, además, la mujer se encargaría de controlarme.

Sólo mencionó que, en caso de que tuviera un episodio grave otra vez, fuera a visitarla sin importar el horario. Eso me dejó tranquila. Sus palabras me hicieron sentir que no todo en mi vida era un caos que debía controlar por mi cuenta, que podía contar con su ayuda si lo requería para liberar cualquier cosa.

Aunque, y tenía que admitirlo, seguía siendo difícil para mí hablarlo con ella. Con cualquier persona, en realidad.

A veces creía que el estrés que cargaba todos los días por la magnitud de todo el daño que mantenía en silencio; iba a dominarme en algún momento. Pero tenía que fingir que todo estaba bien, porque de lo contrario sentía que iba a derrumbarme en un abrir y cerrar de ojos. Aceptar las cosas me resultaba más difícil que hacer como que no pasaban.

Y ese fue uno de los errores más grandes que pude haber cometido en ese tiempo.

—¡Jasmine! —escuché a lo lejos.

Parpadeé un par de veces en lo que dirigía mis ojos en dirección a la mirada preocupada de Annabeth. Estaba sentada a unos metros de mí, con su espalda apoyada en las pantorrillas de Mel, quién me observaba de la misma forma desde su posición recostada en el pequeño sillón a mi izquierda.

—¿Mhm?

—¿Estás bien? —volvió a hablarme Anna.

«No»

—Sí, solo estoy cansada.

Mel hizo una mueca, pero ninguna insistió.

A mi lado en el sillón, estaba sentada Giselle, la amiga de Anna, quien hacía unos minutos me contaba sobre la universidad en Irlanda a la que pensaba aplicar —porque era tradición en su familia—, pero ahora hablaba animadamente con Luke sobre no sé qué cosa que los hacía sonreír como idiotas a ambos. Miré de soslayo el reloj de pared a unos metros de ellos. No sabía por cuánto tiempo me había perdido en mi huracán de pensamientos, pero iban a dar las dos de la mañana y mis párpados comenzaban a pesar.

Cuando Mel me dijo que fuera a sentarme junto a ellas no lo dudé un segundo, dejé a los tortolitos solos para correr a los brazos de mis amigas. Mi cuerpo se relajó un poco cuando me abrazó, y, seguido de eso, me invadieron unas absurdas ganas de llorar. Me contuve, no era ni el momento ni el lugar para largarme a llorar como niñita, se suponía que era una fiesta.

El cumpleaños dieciocho de Jaden.

Para celebrarlo él no quiso hacer ninguna fiesta grande, sólo nos invitó a todos sus amigos a su casa para pasar el rato juntos, escuchar música, jugar FIFA —actividad que empezaba a creer que no iba a dejar jamás—, mientras engullíamos pizzas y tomábamos cervezas u otras bebidas. Estaba siendo un buen plan, sobre todo porque no había visto a Gala en toda la noche. Ella y Jaden no estaban pasando una buena racha los últimos días, peleaban todo el tiempo, así que fue la chica quien decidió no asistir a su cumpleaños. Él no parecía estar tan afectado por ello.

Resultaba un ambiente agradable y fiestero, pero yo no podía dejar de darle vueltas a todas las cosas que pasaban en mi vida haciéndola cada vez menos feliz. Mi mente podía ser bastante tediosa cuando quería.

—¿En qué pensabas? —preguntó Anna, medio susurrando.

Dejó su posición en el suelo para sentarse en el pequeño espacio a mi lado.

—En todo —admití.

Mi mirada se posó en las puertas francesas que estaban abiertas hacia el exterior de la casa. Nos encontrábamos en el living, hacía unos minutos todos estaban aquí jugando o viendo jugar a otros FIFA, pero cuando se cansaron salieron afuera.

Desde ahí se podía ver cómo en el patio Jaden y sus amigos de básquet ahora jugaban y se reían. A unos cuantos pasos de ellos se encontraba la pequeña nevera de picnic que habían cargado con latas de cervezas para todos, en la cual estaba apoyado Alex mientras hablaba con un chico.

Pero en realidad no le estaba prestando atención a todos, mi mirada estaba sobre ese castaño de ojos mieles que se adueñaba de mis sueños. Aquella sonrisa sobre sus labios me hizo sonreír también. De alguna manera, verlo feliz me distraía. Me gustaba eso.

—Yo creo que es el momento —me habló Anna, sacándome de mi ensoñación.

La miré, moviéndome de los brazos de Mel para apoyar mi espalda en el sillón.

—No empieces—advertí.

—Jasmine —su voz sonó a reproche.

Mi pecho se encogió. Lo que menos quería en ese momento era discutir con ellas.

Los últimos días habían estado merodeando a mi alrededor con el objetivo de que le confesara a Jaden mis sentimientos, con demasiada insistencia. Pues, según lo ellas decían, y en parte lo que los rumores entre nuestro círculo de amigos y conocidos también; él estaba seriamente confundido con Gala y conmigo, y por eso eran las constantes peleas que la parejita del año estaba teniendo.

Ambas imaginaban que yo lo tenía confundido, pero eran solo eso: imaginaciones, porque no sucedía eso en la vida real. Se estaban creando una película romántica en esas mentes sólo porque no soportaban verme decaída, y aunque agradecía que quisieran ayudar, prefería que lo dejaran y ya.

De ser ciertos esos sentimientos por mí, estaba segura de que Jaden me lo hubiera dicho en cuanto comenzaron los rumores.

—Ya, Anna, nada va a pasar entre nosotros.

—No lo sabes si no se lo dices —habló Melisa esta vez.

Genial, la más comprensiva del grupo ahora se había confabulado con la más insistente. Traidora.

—No es así, hace tiempo acepté que Jaden y yo no seremos más que amigos —suspiré, murmurando el nombre del susodicho puesto que Luke estaba cerca y no quería que nos escuchara—. Creo que es momento de que ustedes también lo acepten y dejen de insistir —añadí un poco molesta.

Necesitaba un respiro. Me levanté del sillón e ignoré el llamado de ambas para que regresara con ellas.

En tanto me iba, logré escuchar cómo Mel se quejaba con la morocha por comenzar a molestarme, y ésta a la vez se quejaba con ella por seguirla y no detenerla, lo que me hizo sonreír. Las quería, pero a veces agotaban mi paciencia. Creía que olvidarían el asunto cuando Gala y Jaden se volvieron novios oficiales hace dos meses, en su lugar, hicieron todo lo contrario.

Aunque no podía enojarme con ellas, habían sido las primeras en apoyarme cuando mi hermano me dejó, en ayudarme a buscar trabajo, en abrazarme cuando más lo necesitaba. Sabía que querían lo mejor para mí, y de nuevo; las quería, pero a veces me sacaban de quicio.

Llegué a la cocina de la casa, en donde además de no encontrar a nadie, me serví algo de jugo de naranja. Mientras apoyaba mis codos en la isla del centro de la cocina, seguí con mis dedos el contorno del vaso de vidrio, distraída.

No podía dejar de pensar. Era agotador. Me sentía nerviosa, y sabía perfectamente porqué era.

El estrés que cargaba me hacía mantener la guardia alta, pues no quería caer en otro ataque de ansiedad, que ese tipo de emociones negativas me controlaran. Me costó años mantenerla bajo control, pasé tiempo pensando qué hacer y qué no para no tener otro ataque. Confié mis dudas, miedos e inseguridades a mi doctora y mi psicóloga, dejé en manos de la ciencia y mi cerebro cada parte de mi vida. Pero todo el autocontrol que creía dominar; comenzaba a desaparecer conforme las malas noticias en casa seguían llegando o mis notas en el instituto bajaban por estar distraída en clase.

Todo lo que podría sentirse como pequeñas cosas para otros, me estaba sobrepasando. No podía ver mucho a Adam, ese amigo que no necesitaba palabras para saber que quería distraerme un poco, y eso se sentía horrible. Él había dejado de pasar tiempo conmigo por el tema de su beca. Era algo que sabía que pasaría, pero aun así dolía esa distancia. Por otro lado, el dolor que tenía en el pecho aumentaba cuando escuchaba a mi madre llorar por las noches no sólo por Daniel, también por mi padre. Y no dejaba de ponerme nerviosa el tema de Jaden y que mis amigas insistieran tanto con eso.

Desde luego que no lo hacían con el fin de lastimarme, ni siquiera con el fin de afectarme en lo más mínimo. Aun así, lo hacía; me afectaba, me lastimaba, y todo era producto del dolor que reprimía en mi corazón, lo golpeado que ese órgano sensible y blando estaba.

Todo me agobiaba, se sentía demasiado. Estaba sumamente cansada.

—Jasmine —murmuraron a mis espaldas.

Me sobresalté por la cercanía de esa voz familiar. Al voltearme, me encontré con esa sonrisa brillante de hoyuelos que tanto me encantaba.

Mi corazón se saltó un latido cuando mi mirada dio con la suya, su cercanía me permitía ver con claridad aquella emoción que sus pupilas habían estado reflejando hacía días.

Esa mirada que no hacía más que ilusionarme justo cuando menos lo necesitaba.

Había visto esa mirada en Alex al mirar a su novia y hasta en Giselle cuando Luke pasaba cerca y no podía resistir el impulso de seguirlo hasta que desaparecía. Era ese tipo de mirada que le regalas a alguien que significa tanto para ti que tu pecho se llena de calidez y da saltitos de felicidad cuando la tienes cerca. Era esa mirada que yo misma le daba a él cuando lo percibía en el mismo espacio.

Pero era imposible que Jaden sintiera algo así por mí. Imposible. Tenía novia, él sólo miraba así a Gala, así que debía sacarme esas ideas de la cabeza. Me negaba a aceptar que yo fuera más que una amiga en su mente. No me había demostrado más que un cariño amistoso jamás.

Sin tener demasiado claro qué hacer, retrocedí un poco para tomar distancia, pero la isla me impidió ir muy lejos. Tragué saliva cuando dio un paso hacia mí, acercándose de nuevo.

Algo había cambiado en él en este último tiempo. En mí. En ese «nosotros» que nos envolvía, que nos convertía en amigos. Algo que me hacía ilusionar, crear en mi mente el tipo de historias que harían derretir corazones.

Esta mirada que tenía justo delante no era la misma de antes.

—Jaden —suspiré, intentando sonreír como si su cercanía no me afectara.

Sus pies tocaron los míos cuando dio un paso más, sin dejar de mirarme a los ojos. Podía sentir el aroma de su perfume invadiendo mi espacio casi tanto como su cuerpo. Se veía preocupado, pero esa leve sonrisa no abandonaba sus labios en ningún momento.

Entonces, en tan sólo un parpadeo, lo tuve abrazándome con fuerza.

No había caído en la cuenta de qué tanto me dolía el cuerpo o de cuan estresada y tensa estaba hasta que él me rodeó con sus brazos fuertes. Casi al instante, esa tensión sobre mis hombros se comenzó a disipar, mi respiración se hizo pesada mientras liberaba todo lo que estaba reteniendo en mí. Como si Jaden me hubiese quitado una imaginaria mochila con ladrillos de la espalda.

Apoyé mi frente en su hombro. No podía devolverle el abrazo porque sus brazos me habían encerrado, pero sí hacerle saber cuánto lo estaba necesitando.

Cuando reparé en mis propias emociones me percaté de que había empezado a llorar. Realmente las lágrimas caían de mis ojos sin pudor, sin que pudiera contenerme. Lloré como si jamás lo hubiese hecho. Se sintió desgarrador escuchar mi propio lamento, esos pequeños gemidos de dolor que gritaban cuánto estaba soportando.

Siempre fui del tipo de personas que no exteriorizaban sus preocupaciones porque no le veían el sentido al dejarse ver vulnerable. Pensaba; ¿por qué estar perdiendo el tiempo llorando por tus problemas frente a otros, cuando podrías estar aprovechando para escapar de ellos y ya? No, no le veía sentido.

Hasta este momento exacto, cuando este abrazo sucedió y mi percepción sobre el dolor dio un giro inesperado.

Al sentir los brazos de Jaden aferrándome a su cuerpo y las caricias que hacían sus manos en mi espalda; entendí que no era justo para mi mente, mucho menos para mi cuerpo, el tener que soportar todo ese dolor sola. No se puede ser fuerte por siempre, porque, eventualmente, soportar el peso del dolor acumulado te afecta de la peor manera en algún momento.

En mi caso, fue en el menos esperado y con la persona que menos esperaba.

Comencé a sentir la calma. Regulé de a poco mi respiración, contando mentalmente hasta diez, intentando relajarme. Mientras, sentía una de las manos de Jaden acariciar mi cabello.

Pocos segundos después, más relajada, alcé la mirada y me sumergí en sus ojos mieles sin que importara que se diera cuenta de cuánto me gustaban. Estaba demasiado cerca y eso me agradaba. El calor crecía en el ambiente a medida que los latidos de mi loco y fácil corazón se intensificaban con furia. Una de sus manos ascendió hasta mi mejilla para eliminar cualquier rastro de lágrimas, solté un suspiro lento que chocó su piel.

—¿Quieres decirme? —preguntó en un susurro. Negué—. Bueno, voy a abrazarte hasta que te calmes y me sonrías como siempre haces.

No tardé mucho en hacerlo, sus palabras me hicieron sonreír casi por inercia. Me encontraba dentro de esa burbuja a la que gustosa me adentraba cuando él estaba a mi lado. Bonita, cálida y luminosa. Jaden era mi burbuja y deseaba que no se fuera volando lejos de mí jamás, mucho menos que explotara o se evaporara en el aire.

Por esa razón siempre fui cuidadosa con respecto a mis sentimientos por él, nunca quise perderlo, ni soltarlo, nunca quise caer en esa cruda realidad en donde lo tenía más lejos de lo que deseaba.

—Es imposible no sonreír cuando te tengo frente a mí —dije, y a pesar de que lo dije totalmente en serio, hubo un deje de broma en mis palabras que lo hizo reír y alzar una ceja, divertido.

—¿Estás queriendo decirme payaso?

Mordí mi labio inferior reprimiendo una carcajada, su sonrisa se amplió.

—Tú lo dijiste, no yo —me encogí de hombros.

Se alejó un poco, pero no me soltó del todo, una de sus manos seguía rodeando mi cintura con cariño, de manera casi natural. Y es que todo se sentía natural entre nosotros, nos

comportábamos como una pareja cuando estábamos muy lejos de serlo.

Tal vez, ese era el problema, porque las personas decían o creían que estábamos juntos, creaban rumores, lo confundían todo, y no era culpa de nadie más que nosotros por comportarnos así.

—¿Sabes? —habló—. Hace un tiempo te escuché decir algo muy curioso e interesante sobre alguien.

El momento de lamentos había quedado atrás con esas palabras, sabía que la conversación había tomado un giro porque de pronto su tono de voz había sonado más que juguetón. Lo entendí como ese que solía adoptar cuando comenzaba a coquetear o intentaba darles doble sentidos a sus palabras. Carraspeé, sintiendo cosquilleos y nervios por todas mis extremidades.

—Ah, ¿sí? —aclaré mi garganta—. Siempre digo muchas cosas, me la paso hablando todo el tiempo, por lo general digo cosas sin importancia.

No dijo nada, se rió un poco, sin borrar la sonrisa del todo. Elevó una de sus manos a mi rostro para apartar uno de los mechones rizados que había hecho con mi planchita de pelo horas atrás y ponerlo tras mi oreja.

No sabía qué sucedía, casi parecía un sueño, jamás habíamos estado así de cerca antes además de aquella vez que cayó sobre mí en su sillón, sólo que esta vez las cosas eran pensadas no producto de un par de cosquillas. Pero me gustaba. Su tacto se sentía frío sobre la calidez de mis mejillas. No, no solo tenía calor, mis mejillas ardían, estaba segura. Me estaba matando.

Suspiré al notar que Jaden no tenía intenciones de apartar su mano, en su lugar, comenzó a acariciar mi mejilla como si mi piel fuera la cosa más interesante del mundo.

Con esa caricia me olvidé de todo, de dónde estábamos, por qué estábamos ahí y las consecuencias que podíamos llegar a causar a raíz de lo que sentía que iba a pasar. Una parte de mi quería salir huyendo. Pero la otra… la otra solo me gritaba que me quedara en esa posición y le suplicara que me besara, porque me estaba muriendo de ganas.

Y ahí se encontraba mi dilema; huir o quedarme para saber qué intenciones tenía realmente, porqué esas caricias sobre mi piel se sentían tan distintas a roces anteriores. Nos habíamos tocado antes; al darnos la mano, infinidades de veces al estar sentados jugando FIFA, al comer en la cafetería o al pasar el rato en los pasillos. Era algo usual.

Entonces, ¿por qué motivo esto se sentía fuera de lo normal? ¿Por qué se sentía diferente?

Desde mi lugar no podía oler que la cerveza saliera de su boca con la suficiente intensidad como para estar ebrio. No. Él tenía sus cinco sentidos activados, el que actuara por el impulso del alcohol estaba completamente descartado.

—Jaden —logré decir, en un susurro—. ¿Q-qué estás haciendo?

Mi pregunta pareció devolverlo a la realidad, porque alejó sus manos, retrocediendo tan solo unos pasos. Se aclaró la garganta, su ceño fruncido, sus mejillas levemente sonrojadas.

—Le decías a Bond que estabas enamorada de alguien —soltó así, de pronto. Sus palabras me impactaron tanto que el calor en mi cuerpo se evaporó, los nervios ocuparon su lugar—. ¿Podrías decirme de quién hablabas, Jasmine? Porque comienzo a pensar que jamás se trató de Adam. Te lo pregunté ese día esperando que me dijeras algo, pero te lo has callado por un largo tiempo y siento que no te doy la confianza suficiente para que lo hagas. ¿Es eso? ¿No confías en mí?

La temperatura en la habitación bajó unos diez grados, negué de inmediato.

—¿Qué? No, claro que confío en ti, Jad...

—¿Entonces por qué no me lo dices? —me interrumpió, exclamando en un susurro frustrado. Suspiró, empezando a hablar incluso más bajito—. ¿Acaso es uno de mis amigos? ¿Alex, quizás?

Estábamos solos, a pesar de eso, ninguno parecía querer elevar el tono, como si el hacerlo

lograra que nos interrumpieran y se rompiera el momento, como si el hacerlo dejara de sentirse tan nuestro. Como si fuera un secreto.

Inhale y exhale aire. Me atreví a apartarme de la isla y dar un paso hacia él, pero no pareció molestarse en absoluto, porque permaneció en su sitio a la espera de mi respuesta, sin desviar sus ojos de los míos. Decidí mandar a mis pensamientos a volar. Mi corazón estaba frenético.

—No, no es y nunca será Alex, ni Adam. Ni siquiera alguno de tus amigos, ni en sueños.

—¿Entonces quién? —Se acercó también—. A Anna se le escapó hace minutos que has estado mal por este chico por un largo tiempo. Cuéntame.

Abrí mi boca, indignada.

—¿Anna dijo eso?

Su mirada se fue por breves segundos a otra parte, de pronto lucía relativamente incómodo.

—Sí, pero no dijo quién era. No se lo digas o va a matarme.

No, yo iba a matarla.

—Está diciendo tonterías, Jaden, sabes cómo es.

Alzó una ceja. Mierda, ¿por qué ese gesto se veía tan atractivo en él?

—También dijo que tú y él son grandes amigos —prosiguió—, pero como él está saliendo con alguien no quieres decírselo. ¿Es cierto?

Casi me atraganto. Definitivamente iba a hacer picadillo de Anna esa semana. El espacio entre ambos tenía menos de medio metro de distancia, lo supe cuando me crucé de brazos, a la defensiva, y mi mano casi choca contra su pecho.

—¿Y tú le crees?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, dime tú quién es y el dilema se resuelve ahora mismo —sonrió, forzado.

Con eso, volvió a mirarme con ese brillo en sus ojos y pupilas dilatadas, alterando todo mi cuerpo por el repentino fuego que eso inició. Esa sonrisa, esa mirada; eran mi perdición. Reprimí un suspiro. ¿Cómo no se daba cuenta? ¿Cómo? Todos lo veían, algunos incluso lo descubrieron antes que yo, ¿de verdad no lo veía? ¿No me veía?

«Jasmine, no lo pienses tanto.»

Las palabras de todos mis amigos llegaron a mi mente como susurros insistentes, empezando a volverme loca. Me atreví a mirarlo de arriba abajo. La camisa que traía puesta era color azul Francia y le sentaba perfecto con su piel bronceada, ese tono de azul era definitivamente su color, y ese jean oscuro se le ajustaba en las partes correctas de sus piernas. En ese momento sí solté el aire que estaba conteniendo.

Di otro paso hasta quedar a una mano de distancia de su cuerpo, dejándome llevar por el aroma del perfume que desprendía. Rindiéndome a lo inevitable.

Era el momento.

—¿De verdad no lo sabes? ¿No lo ves? —pregunté.

Negó, sin embargo, en su expresión divisé una pizca de duda.

—Nunca has dado señales —dijo entonces, y mi corazón casi se sale de mi pecho, porque él sí estaba entendiendo hacia dónde iba en verdad mi pregunta. Jaden me estaba viendo por fin.

Ladee la cabeza.

—¿Nunca? —cuestioné, sonriendo. Sus mejillas adquirieron un color carmesí y eso hizo que me resultara más atractivo, si es que era posible—. Yo creo que fui muy obvia. Tal vez no siempre, pero sí que lo demostré en al menos dos ocasiones, y con eso me refiero sólo a este año —proseguí, encontrando seguridad en el fondo de mi alma y aferrándome a ella con fuerza, porque presentía que era la última oportunidad que tendría—. Dime, Jaden, ¿el problema es que

no lo demuestro o es que en realidad no quieres verlo?

Bajó la mirada, entonces aproveché ese instante para alcanzar su mano izquierda y entrelazar sus dedos con los míos, acortando por completo la distancia. El corazón estaba a punto de escaparse de mi pecho, el fuego lo estaba agobiando, y lo sentí con mucha más intensidad cuando él apretó mi agarre al instante en que elevó la mirada, buscando la mía.

—Quizás no es ninguna de las dos —susurró—. Puede ser que no lo has dicho porque te rendiste, porque no era el momento correcto.

Trague saliva.

—Nunca será el momento correcto, créeme, lo busqué durante mucho tiempo —admití.

Justo en ese instante, por fin entendí el significado de esa frase que mis amigos tanto se habían cansado de repetirme.

Soltó un suspiro que golpeó mi rostro. Lo miraba hacia arriba, puesto que estábamos tan cerca que podría asegurar que ni una pisca de aire podía pasar entre nosotros sin ser afectada por la tensión que sentíamos.

—Entonces sólo te rendiste sin antes intentarlo —declaró.

En ese instante, el sentimiento de dolor se adueñó de mí por completo. No porque sus palabras fueran totalmente incorrectas, no porque me hubiese herido, más bien era el hecho de saber que la única persona en la tierra que me entendía incluso sin necesidad de palabras —quitando a mi hermano—, estaba justo frente a mí y ya tenía dueña. Y que esa dueña no era yo gracias a todas las barreras que yo misma me había puesto en el camino.

No me había rendido. Me había acobardado y jamás le dije lo que sentía porque no quería arruinar ni entrometerme en lo que él tenía con ella. Y puede que tuviera razón; ni siquiera lo intenté con todas mis ganas, pero era gracias al miedo de perder su amistad.

Apoyé mi frente contra la suya, cerrando los ojos, intentando alejar las lágrimas que se acumulaban en ellos.

—¿Por qué siempre tengo que complicar las cosas? —me quejé, mi voz salió acongojada.

Lo dije sin intenciones de obtener una respuesta, pero claro que él no se iba a quedar callado.

—Te puedo dar muchas razones —dijo, lo sentí algo molesto—, porque tienes miedo a lo que pasará gracias a esos pensamientos que te inventas y te metes en esa cabecita loca que tienes ahí. O porque quizás…

Se silenció por su cuenta, bajando la voz de a poco, sin explicarme el último porqué, aunque no le presté la más mínima atención a eso. Su cercanía estaba haciendo efectos en mi cuerpo casi involuntarios, mientras hablaba no logré controlar mis alocadas hormonas —o tal vez sólo no quise hacerlo—, y, sin percatarme de ello, comencé a acariciar la parte de atrás de su nuca.

Como si fuera algo que hacíamos constantemente.

Como si ese diminuto gesto de cariño me perteneciera.

Me puse en puntitas de pie para que mi nariz pudiera acariciar la suya con suma delicadeza, bajé mis manos a su cuello y de ahí a su mejilla, rozando su piel con la mía como él había hecho minutos atrás.

El fuego en mi corazón pareció expandirse a todo mi cuerpo, poco a poco, alterandome, abrazándome.

No pensé.

¿Todo aquello fue un error? Mentiría si dijera que no.

—Jasmine —lo escuché vocalizar, de nuevo, frustrado.

Abrí mis ojos en tanto decidía suspender mis labios cerca de los suyos. Era tentador moverme, desde ahí se podía sentir la calidez que me otorgaba. Inhale, preparada para hablar.

—Eres tú, Jaden —dije por fin, mis palabras temblando contra sus labios—. Siempre has sido tú y no te imaginas lo imposible que se me ha hecho olvidar esto que siento, hacerlo bolita y desecharlo a la basura. No te imaginas lo imposible que es sacar de mi corazón ese anhelo de ser más que una amiga para ti. No sé cuándo ni cómo sucedió, solo sé que te quiero tanto que es demasiado fuerte incluso para mí misma, tanto que me duele.

Tras mi confesión, el latido frenético de mi corazón, mi cuerpo ardiendo y sus labios cerca de los míos; no dijo nada. Así que quise golpearme, me odié por decírselo así de golpe, justo en el momento en que todo se sentía incorrecto, justo cuando él ya tenía a alguien.

Pero sólo pasaron unos segundos antes de que él diera un suspiro enorme que chocó contra mis labios, soltando de paso una especie de gruñido que me estremeció el cuerpo entero. No alcancé a interpretar esa acción, porque de pronto unió sus labios con los míos, tomándome tan desprevenida que solté un jadeo involuntario.

Ante su cálido toque, toda mi mente se nubló de pronto, fue como si sólo pudiera sentirlo a él. Dónde estaba, qué estaba haciendo y por qué, eran preguntas que ni por casualidad cruzaron por mi mente en tanto mi boca se fundía con la suya, en lo que sus manos se aferraban a mi cuello y mejilla, y le devolvía el beso, sin pensar. Retrocedí hasta que mi cadera chocó con la isla de nuevo, me aferré a su cuello para no perder el equilibro ni, mucho menos, el contacto. Su lengua acarició mis labios antes de que le permitiera entrar a mi boca a jugar con la mía. Su beso era intenso, dulce, cálido.

Dioses, ese beso me hizo sentir que flotaba y me iba lejos, como cada vez que estábamos juntos, sólo que, a diferencia de otras ocasiones, esa vez no hubo ninguna parada en el viaje. Llegué directo al cielo.

Ni siquiera se podía comparar con ese primer beso que le había dado a un chico equis en el cumpleaños número doce de una de Nerea. Acaricié su cuello sintiendo sus manos en mi cintura apretarme con fuerza, como si no quisiera soltarme, como si él hubiera estado esperando este momento durante mucho tiempo. Lo atraje más hacia mí, hechizada por el movimiento de sus labios.

Seguí subiendo alto sobre nuestra nube, tanto que, cuando comencé a pensar en que Gala sí tenía al menos una razón para no dejarlo ir y que la misma eran sus besos, la nube desapareció al instante bajo mis pies.

Y caí en la realidad más cruel.

Me separé de él bruscamente, sintiendo mi mundo dar vueltas por el repentino movimiento. Tomé distancia, lo necesitaba para poder acomodar mis ideas.

Ninguno de los dos alzó la vista del suelo.

—Jaden...

—No, yo… Lo siento, no tienes que...

—Gala —alcancé a murmurar, negando.

Silencio. Cómo odiaba los silencios.

Me aleje por completo de su lado, rodee la isla hasta estar a espaldas de la puerta, cargando la secuela de sus labios sobre los míos, torturando a mi mente. Sintiéndome, también, una persona horrible por meterme con alguien con novia.

—Jasmine... —comenzó a decirme, pero yo tenía una pregunta para hacerle y no podía esperar. Alcé mi mano frente a él, obligándolo a cerrar la boca.

—¿Qué sientes? —hablé, mirándolo directo, con vestigios de lágrimas en mis ojos. Los suyos, confundidos, encontraron los míos—. ¿Qué sientes por mí, Jaden?

Comenzó a negar lento. Confundido, estaba muy confundido, lo veía en el pesar de su mirada.

—Jas, no hagas esto.

La angustia se me instaló en la garganta, impidiendo que tragara con facilidad. Me sentía tan confundida, ¿por qué decía eso? Dolía. ¿Por qué… por qué simplemente no decía que me quería igual que lo hacía yo? Estaba herida, y todo apenas comenzaba.

—No, tú no hagas esto —demandé—. No puedes besarme y disculparte como si me hubieras echado agua encima por accidente, o peor, fingir que no ha pasado.

—No pensaba hacer eso.

—¿Y entonces qué ibas a hacer? —La angustia y la culpa hablaban por mí, la furia empezaba a nacer—. Todo esto es tu maldita culpa. Esto fue un error. No debió pasar, no así…, no así. Tienes novia, tu..., acabas de engañarla, ¿pi-piensas decírselo?

No sabía por qué lo atacaba de esa manera, tampoco sabía por qué me enfadaba tanto, ni por qué tenía que hablar de Gala cuando hablar de nosotros y lo que él sentía por mí era más importante en mi corazón. Pero había algo en su mirada que me decía que estaba a punto de soltar palabras que terminarían conmigo, y supongo que mi corazón intentó protegerse una última vez antes de que lo rompiera por completo.

Esa angustia se hizo una bolita pesada en mi garganta. Me impedía respirar bien, así que mantuve mi boca abierta, en busca de aire. Las punzadas en mi pecho no ayudaban en nada.

—Sí, porque eso es lo que hace alguien honesto —murmuró, el enojo empezaba a adueñarse de él también—. Sin importar cuán peleados estemos, voy a disculparme con ella.

Muchas cosas daban vuelta en mi cabeza, el dolor se sentía insoportable en mi pecho, en mi garganta, en mi cuerpo. Sólo decía lo primero que me venía a la mente, sin filtro. Y seguro lo mismo sucedía con él, porque había evitado responderme como si yo no me diera cuenta.

Nuestros tonos bajos se habían transformado en gritos susurrados.

—Bien. Entonces, si eres tan honesto y valiente, responde mi pregunta.

—Es que…, no.

—Vamos, Jaden, sólo dilo —insistí. Trague tres veces intentando hacer trizas a mi angustia—. ¡¿Qué sientes por mí?! ¿O sólo me has besado porque sentiste lástima?

Mi pecho se apretó cuando apartó la mirada y la posó en algún punto de la pared a su derecha. Le pedí al cielo que por favor su razón no tuviera nada que ver con eso último.

—No soporto verte llorar, pero, créeme, no fue por lastima. Jasmine…

—Responde la pregunta, Jaden —exigí, las lágrimas a nada de entrar a la escena.

—¡No lo sé! —exclamó, alterado, volviéndose a mí—. No sé qué siento, yo... Tú eres mi mejor amiga, Jas, esto..., esto es totalmente extraño para mí. Me cuesta asimilar que...

Soltó un bufido, frustrado.

—¿Qué te cuesta asimilar?

—¿De verdad me quieres? —preguntó entonces.

—¿Es en serio? Jaden, creo que quedo más que claro hace un momento —dije, mirando con sugerencia el lugar en el que hace segundos nos besábamos como ni en mis imaginaciones más surrealistas imaginé que haríamos.

Un momento. Todo había sucedido en tan solo un momento, un suspiro, un roce, un beso, y todo gracias a un maldito impulso.

—Estoy confundido —habló por fin, mirándome casi de forma suplicante—. Eso es lo único que tengo claro ahora mismo. Lo lamento.

Hacía semanas pensaba que mi corazón no podía partirse otra vez, que luego de lo de Daniel aquello era imposible. Claro que, como siempre, me equivocaba como una ilusa. Fue justo ese instante en el que Jaden se encargó de romper el último pedacito que faltaba para que el puzle en

el suelo estuviera completo.

Intenté concentrarme en Gala y en que todo había sido un estúpido error. Así, me dispuse a tomar todas las piezas de mi roto y pisoteado corazón, aferrándolas con firmeza entre mis manos, asegurándome de no perder ninguna.

—¿Qué sentiste con el beso? —quise saber, mi voz apenas un susurro—. ¿Tienes, al menos, eso claro? ¿Por qué lo hiciste?

Dudó.

«Perfecto, Jasmine, sigue torturándote.»

—No lo sé. —Lo dejé hablar, porque ya no tenía mucho más por decirle—. Supongo que quería aclarar mi mente, pero es todo más confuso ahora. Lo lamento, no tengo claro lo que siento, yo... no lo sé, Jas. Y no quiero herirte, eres importante para mí.

Esa fue la gota que colmó mi vaso lleno de autocontrol y lo rebasó, recordándome cuán vulnerable era ante su presencia, cuán fácil era para él derribar todas mis barreras y destrozarlas a su paso. La burbuja había reventado. Me bajé de la nube, desilusionada.

Asentí, procurando lucir menos herida de lo que estaba. Con labios temblorosos, me atreví a expresar la desesperada decisión que habían tomado las desoladas piezas en mis manos:

—Entonces ya no puedo seguir siendo tu amiga si las cosas van a ser confusas a partir de ahora —decidí, tragando saliva—. No necesito esto ahora mismo, Jaden. Búscame cuando lo sepas.

Esas fueron las últimas palabras que le dirigí antes de voltear e irme de la casa. Ni siquiera les expliqué a mis amigas porqué les pedí que nos fuéramos, tampoco salieron de mi boca reproches de ningún tipo hacia Annabeth por decirle a Jaden sobre la persona que me traía loca. No tenía sentido, algo bueno salió de su impulso por ayudar; ya no iba a ocultarlo más.

Me mantuve en silencio todo el camino hasta casa. Quería llegar a mi cama y dormir hasta cumplir ochenta años, o, al menos, hasta que Jaden tuviera claros sus sentimientos por mí.

Necesitaba darle su espacio, alejarme para que lo pensara mejor o aclarara cada duda que tuviera. Sobre todo, debía alejarme para estar preparada, porque si nada resultaba como lo anhelaba, iba a tener que encontrar la manera de reparar mi corazón con delicadeza y protegerlo con dos capas extras para que ya nadie se atreviera a tocarlo.

Capítulo 13
Distanciados.

Junio de 2018.

Pasaron muchas cosas luego de aquella noche. Jaden y yo ya no nos hablábamos como antes. Bueno, no, en realidad ya no lo hacíamos, atrás quedaron las tardes juntos jugando videojuegos y las risas entre clases, los abrazos y caricias fugaces.

Aunque no sólo era porque no me atrevía a mirarlo sin recordar sus labios sobre los míos, también tenía que ver el hecho de que yo trabajara más de lo usual.

Uno de mis compañeros se había mudado a otra ciudad, por lo que entonces los demás y yo debíamos ayudar un poco más en el lugar, puesto que luego de publicar el anuncio de "Se busca empleado" nadie había aparecido para postularse al trabajo. Quedarnos más tiempo, en ocasiones llegar antes y cumplir turnos dobles eran cosas que de pronto todos nos vimos obligados a hacer, recibiendo por supuesto la paga que correspondía. Por eso estaba un tanto distanciada de todos mis amigos en la escuela.

Me enteré mediante Annabeth que Jaden no había obtenido la beca que solicitó hacía tiempo para la universidad aquí en Melbourne. Debido a eso, manifestó que ese año trabajaría en lugar de estudiar, lo que al parecer no tenía contentos a sus padres del todo. Anna, por otro lado, estaba bastante emocionada por graduarse e irse a la universidad en Irlanda. Melisa y yo estábamos felices por ella, pero la amargura llegó cuando caímos en que no la veríamos casi nunca. Mel era con la que más hablaba últimamente, siempre me llevaba tareas si faltaba o me ayudaba cuando lo necesitaba.

Y cuando pensé que nada podía seguir echando leña al fuego, apareció Nerea para despedirse de mí. Ella y sus padres se mudaron de la ciudad a un pueblo cercano tres meses atrás, en busca de un estilo de vida más económico. Me prometió que seguiríamos hablando como siempre, sin embargo, a penas me estaba acostumbrado a extrañarla, cuando los días comenzaron a transcurrir y, de un momento a otro, la comunicación se cortó completamente. No sabía por qué, sólo se generó un distanciamiento que nunca esperé entre nosotras.

Se suponía que éramos mejores amigas, que siempre estaríamos la una para la otra, pero cuando ya no respondió mis mensajes intuí que en su nueva vida ya no había espacio para mí y dejé de insistirle después de dos meses sin respuestas.

Ya extrañaba mucho a Adam. Se había ido el viernes pasado a Dublín, con su beca intacta gracias al alto promedio que mantuvo en los últimos dos años. No se despidió en presencia, su padre no le había dado el tiempo suficiente, sólo compró los pasajes para ambos —él lo acompañaría hasta allá—, así que me llamó y prometió que me visitaría para navidad o año nuevo. Yo lo anoté en mi agenda y luego le tomé una foto para enviársela, recordándole que si no lo veía en diciembre iba a tener pruebas suficientes en su contra. Estaba segura de que, durante el año que aún me quedaba de bachillerato, lo iba a extrañar en la escuela más de lo que él mismo se imaginaba. Con decir que ya lo extrañaba mucho y apenas se había ido lo decía todo.

A Jaden no quería verlo, ni me atrevía a hablar con él en esos momentos que tenía libre, por eso le pedía a Adam que se quedara junto a mí cuando estaba cerca, y a pesar de que a veces estaba muy ocupado como para entablar conversación conmigo, lo hacía. Se quedaba en silencio, distraído, pero se quedaba, así que su sola presencia me daba esa seguridad que a veces me abandonaba. Por suerte, sólo tuve que lidiar un solo día de clases sin su presencia, y Jaden ni

siquiera hizo amago de acercarse a mí.

Supe también por Annabeth que la parejita del año había terminado oficialmente su relación. Todos sabíamos que pasaría en algún momento, Gala se iba a estudiar a Norte América y Jaden iba a quedarse aquí en Australia, no se iban a ver y ella no parecía dispuesta a mantener una relación a distancia. Lo que no me esperaba, sin embargo, era que terminaran unos días después del cumpleaños de Jaden; más precisamente, cuarenta y ocho horas después de besarnos en su cocina.

En el instituto los rumores arrasaban igual y con la misma rapidez que las gotas de lluvia en un día tormentoso, por lo tanto, no necesité de las palabras de mi amiga para saber que Gala estaba más que enterada sobre el beso del engaño. Aunque no sabía con quién había sido. Si bien todos tenían sus propias teorías, sólo mis amigas y yo sabíamos realmente quién besó a Jaden esa noche, y por supuesto, no pensábamos compartirla con nadie si aquello significaba un infierno de críticas para mí en lo que me restaba de año en ese instituto.

Agradecí mucho el que nos lleváramos un año de edad, así no volvería a verlo luego de esta noche.

Era la cena y fiesta de graduación de Anna, de Adam —quien por supuesto se la estaba perdiendo—, y de Jaden. La mesa de los graduados estaba en el centro del salón, a un lado de la pequeña pista de baile, en donde Anna bailaba junto a su mejor amiga de curso, Giselle. La castaña estaba disfrutando sus últimos días en la ciudad como si no hubiera un mañana, puesto que se iba pronto a Irlanda para iniciar la increíble vida universitaria que tanto estaba deseando.

Me encontraba sentada junto a Melisa en una de las mesas de invitados del lugar, terminando de devorar el postre que nos habían dejado los camareros hacía un buen rato. Muchos de los invitados, incluidos Alex y Luke, estaban bailando alocadamente al ritmo de alguna canción electrónica en medio de la pista, rodeados de personas que se reían por sus pasos o les gritaban que siguieran.

Jaden estaba ahí, justo frente a mi campo visual, también observando a sus amigos entre carcajadas. Tenía su camisa blanca medio abierta, con la corbata colgando de su cuello, desajustada. El cabello despeinado le sentaba de maravilla. Siempre me pareció atractivo, pero el blanco de verdad resaltaba sus facciones a la perfección.

Ahí, de blanco, vestido así, portando esa sonrisa de hoyuelos perfecta y dulce, parecía alguien inalcanzable. Como un perfecto y atractivo ángel capaz de llevarme al cielo durante horas. Al llegar a la cena no me acerqué a saludarlo, sólo musite un «felicidades» al pasar a su lado y prácticamente corrí a sentarme en mi sitio.

Nada me había preparado para verlo tan guapo esa noche, así que prácticamente escapé de sus encantos antes de que me lanzara sobre él y mi idiotez quedara en evidencia.

—Ve a bailar con él —me habló Mel.

La miré, se estaba terminando su última cucharada de postre Lamington.

—No lo creo.

—Deja de hacer eso, te mueres por acercarte.

—¿Hacer qué?

—Reprimir tus impulsos —dijo, como si fuera obvio—. Lo piensas demasiado, Jasmine Everill. Deja que todo fluya con calma.

Fruncí el ceño, negando.

—Estás diciendo cualquier cosa, creo que tanto dulce te hace daño —desvié el tema.

—Sí, ajá —se burló, sin ánimos de ser graciosa. Se puso de pie, su vestido blanco ondeando en el acto—. Si algún camarero pasa por aquí y pregunta si llegó el postre, le dices que faltó uno y

me lo dejas para mí. Me voy a bailar, luego vengo y recupero calorías.

Se alejó. No pasaron más de dos segundos cuando empezó a bailar con un chico a quien estaba segura de que no conocía de ningún sitio, porque al instituto no iba. Suponía que era familiar de alguno de los graduados. Alejé el plato de su postre de nuestra mesa, poniéndolo en la que tenía atrás, porque tal y como dijo, un camarero se acercó y me preguntó si había llegado el postre aquí. Con una sonrisa le respondí que me había faltado a mí, así que dejó un plato y se fue. Melisa desde su sitio me guiñó el ojo, negué divertida.

—¿Quieres bailar?

Conocía esa voz a la perfección, y mi cuerpo lo hacía demasiado bien. Al girar por completo y encontrarlo ahí, sonriéndome con su característica sonrisa ladeada, mi corazón se estrujó. Tenía una mano extendida en mi dirección. Si de lejos se veía atractivo, de cerca me dejaba sin aliento.

—Si bailo los tacones me dejan sin pies —medio mentí.

No me atrevía a acercarme otra vez a él. Jaden se rio.

—Baila sin ellos —sugirió, sonriendo.

Aparté la mirada de sus ojos suplicantes, encontrándome con las de Anna y Mel, que me estaban mirando desde la pista con cautela. Algo me decía que de estar a mi lado me empujarían a sus brazos. Exhalé.

—Está bien.

Y de verdad me quité los zapatos, no mentía cuando decía que me lastimarían. Se los había pedido prestados a mi madre y me quedaban tan justos que comenzaban a apretar en los dedos. El suelo estaba helado, pero no me importó, decidí dejarme llevar de una vez, como había dicho Mel.

Si bailar con él era lo que quería mi cuerpo, no podía seguir castigándolo así. Posé mi mano sobre la suya. Y ahí estaba otra vez el molesto cosquilleo que irrumpía mi cuerpo y se adueñaba de él haciéndome enrojecer.

Le sonreí de lado para disimular los nervios. Lo estaba en extremo, no sólo porque volvíamos a acercarnos luego de largas semanas de exitosas huidas cada vez que lo veía acercarse, también porque sentía que mi cuerpo no iba a poder controlarse ante los impulsos, el augurio de que iba a cometer una estupidez llegó a mi mente para quedarse. Nos dirigimos a la pista, y no supe si fue planeado o casualidad, pero el dj de la fiesta no tuvo mejor idea que darle play a una canción lenta en el instante en que nos posicionamos bajo los reflectores.

En cuanto Jaden colocó sus manos en mis caderas para acercarme a él y me vi en la obligación de llevar mis manos a sus hombros, juntándose detrás de su nuca, noté que estaba temblando. Los nervios estaban haciendo cosas extrañas en mi cuerpo. Él lo ocasionaba.

Retrasé el momento de mirarlo a los ojos con la intención de calmarme, soltando un suspiro. Nos balanceábamos al compás de la hermosa voz de Adele. Después de lo que se había sentido como una eternidad, volvíamos a estar cerca, y sus dedos haciendo contacto con mi piel, allí, en esa pequeña parte donde mi vestido rosado tenía un corte, me estaba torturando a niveles que jamás hubiera imaginado.

—Tranquila —me habló, logrando conectar nuestras miradas. La sonrisa no se iba de sus labios y aquello comenzaba a agobiarme—. Hace tiempo no hablamos.

¿Se había sentido una eternidad para él también?

—He estado bastante ocupada.

—Sí, Anna me dijo que trabajas el doble ahora.

Algo más relajada gracias a la fluidez que estaba tomando la conversación, me encogí de hombros.

—Lo necesito —musité—, no es nada.

—Siempre fuiste buena persona —dijo, abandonando su sonrisa, como si supiera que al hacerlo lo único que obtendría de mí sería distracción por ella y no les prestaría atención a sus palabras—. Pero esto que haces por tu madre demuestra el gran corazón que tienes, Jasmine. Estoy orgulloso de ti y todo aquello que has logrado. Incluso de lo que lograrás, porque eres capaz de mucho.

Mi corazón dio un vuelco, me volví débil entre sus brazos, y si bien traté de que eso no me desbordara, unas lágrimas traicioneras se acumularon en mis ojos. Hacía tanto tiempo que no escuchaba a nadie decirme algo parecido, nunca imagine cuánto había necesitado que alguien lo hiciera hasta ese momento.

Aclaré mi garganta, intentando permanecer fuerte.

—Sólo hago lo que haría cualquier otra persona en mi lugar.

—No, yo en tu lugar no sabría qué hacer —negó. Sus dedos comenzaron a hacer círculos en mi cintura mientras nos balanceábamos, dejándome sin aliento—. ¿Lo que sientes por mí ha cambiado en algo después de todo este tiempo?

Parpadee, ahuyentando totalmente las lágrimas, recomponiéndome.

—No —fui sincera.

Él asintió, reforzando su agarre.

—De verdad necesito ser honesto contigo ahora, Jas.

Bien. Estaba lista para afrontar cualquier cosa que saliera de sus labios.

—Te escucho.

Sus ojos recorrieron mi rostro desde mi mentón hasta los míos, con un claro deje de preocupación en ellos. No me gustaba lo que se escondía en esa mirada. El presentimiento de dolor se instaló en mi pecho.

—Primero quiero escucharte a ti —declaró—. Sé lo que sientes porque ya me lo demostraste y me lo dijiste, pero dime, y por favor sé honesta; ¿qué quieres de mí?

Me lo pregunté también. ¿Qué quería de él?

En tanto la voz de Adele nos dejaba y era reemplazada por la de alguien más, a la par de un compás lento y cargado de tensión sobre mis hombros, mojé mis labios ante la repentina sequedad de mi boca. Luego, le sonreí abiertamente, porque en realidad no hizo falta que lo pensara demasiado, mucho menos que dudara de la respuesta. Hacía mucho tiempo que tenía claro lo que quería de él.

—Quiero todo de ti —confesé—. Las palabras correctas aquella noche debieron ser; te amo, porque a esa escala llega lo que siento por ti, Jaden. Con esa magnitud necesito que me quieras.

No imaginé que mis palabras lo impactarían, pero lo hicieron, casi pude escuchar a su mente colapsar ante ellas. Por su mirada pasaban mil emociones. No logré descifrar ninguna. Y quizá, sólo quizá, pude haber tomado ese momento como la excusa perfecta para huir lejos de ahí a tiempo. Porque lo tuve, el tiempo estaba en mis manos y lo dejé escapar, dejándome guiar por la ilusión de un amor correspondido.

Lo vi tragar saliva. Estaba nervioso y toda esa postura rígida que adoptó repentinamente me lo dijo. Y al igual que él, mi corazón latía muerto de nervios. Lo miré a los ojos, esos que tanto me encantaban. A ciencia cierta, podía ver que seguía confundido, después de tantos meses alejados e inclusive si él había terminado con Gala, podía notar que su mente y corazón seguían tan desordenados con respecto a sus sentimientos por mí como la primera vez que me lo confesó.

—No puedo —dijo, atravesándome el alma con esos ojos claros que tanto me encantaban. Se aclaró la garganta para añadir—: No puedo darte todo lo que soy cuando sigo sin tener claro lo

que siento. No sabría cómo hacerlo.

Aquello fue como si me clavaran muchas agujas juntas en mi corazón y me impidieran respirar, así que abrí mi boca, buscando aire.

—¿Me quieres, Jaden? —Él asintió rápidamente—. ¿Por qué dices entonces que no lo tienes claro?

Hizo una mueca. Hacia varios segundos que nos habíamos dejado de balancear, mas la música seguía sonando, acompañando cada palabra que decíamos como si no fuera suficiente tortura. Irónicamente era una canción que auguraba un final feliz, muy lejos de lo que acontecería para nosotros esa noche.

—Te quiero, pero tengo miedo de lastimarte, Jasmine —confesó—. ¿Y si no soy lo que esperas y te decepcionas de mí? Temo no darte lo que mereces, temo no corresponderte, que lo que yo siento ni siquiera se acerque a lo que sientes por mí y al final arruine todo lo que tenemos.

—Si no lo intentamos no sabrás si estás en lo cierto o no. —Me acerqué más. Sonaba hipócrita de mi parte decirle lo que yo había evitado hacer durante años, pero si no lo hacía iba a perderlo. Era lo que menos deseaba—. Déjame demostrarte lo que siento, permítete mostrarme lo que sientes. Danos una oportunidad.

—No quiero hacerte daño —susurró, tan cerca de mis labios que me costó asimilarlo—. No soy bueno en el amor, mi última relación no terminó bien y fue culpa mía, yo no supe cuidarla. No quiero lastimarte a ti también, no lo soportaría. Te quiero, demasiado, pero no puedo asegurarte amor cuando mi mente es un dilema. Ahora sólo quería bailar contigo, porque te he extrañado, pero empiezo a pensar que será la última vez que voy a tenerte cerca.

Un simple «no te quiero» habría dolido menos. Las agujas en mi pecho parecían hundirse más, dolía, me quedaba sin aire, mi corazón se había roto oficialmente. Alejé mis manos de su cuerpo, luego me encargué de poner una distancia prudente entre ambos, todo bajo su atenta mirada. Esa mirada que me rogaba por perdón.

—No te alejes, Jasmine —pidió entonces—. Sólo... dame tiempo para ser quien quieres que sea y asegurarme de que no voy a lastimarte haciendo alguna estupidez. Espérame, pero, por favor, no te alejes.

Negué, dando otro paso hacia atrás casi por inercia, sintiéndome rota.

—¿Con el tiempo lo tendrás claro? —logré decir, en apenas un hilo de voz—. ¿Realmente piensas que, si te espero, podremos darnos una oportunidad?

La respuesta, como siempre, era clara en su mirada y él no iba a soltarla, pero a decir verdad no hizo falta porque yo la sabía; no, no lo pensaba. No estaba seguro de poder darme lo que quería y dolía como el infierno.

—No me hagas decirlo —susurró entonces, dándome a entender tácitamente lo que mi corazón había intuido desde el inicio de la conversación.

Él no estaba listo.

Supe entonces que ya no podía seguir quedándome junto a él porque eso sería lastimarme a mí misma. Era justo lo que pasaría si al final del atardecer que él me pintaba, la tormenta se desataba impidiéndome apreciarlo y resultaba ser que había estado perdiendo mi tiempo esperando algo que desde el comienzo jamás iba a llegar.

Me había pasado meses esperando que por fin diera una respuesta luego de besarme, mucho más cuando supe que él y Gala habían roto, meses en los que recordaba una y otra vez su cercanía y me torturaba sabiendo que lo tenía cada vez más y más lejos gracias a mi imprudencia momentánea. Ya había tenido suficiente, no podía seguir esperándolo y tampoco tenía tiempo en mi vida en ese entonces para hacerlo, debía lidiar con cosas más importantes que el anhelo de un

amor no correspondido. No podía seguir permitiendo que su indecisión me lastimara.

Quise decirle muchas cosas esa noche, entre ellas; que me había roto lo suficiente como para no querer que siguiera haciéndolo; que por favor me comprendiera. Sin embargo, lo único que pude hacer fue soltarlo, a sabiendas de que realmente di todo de mí para tenerlo, pero en vano. Me alejé porque una vez me prometí irme cuando las cosas empeoraran, y aunque fracasé al principio, cayendo como tonta en mi propia ilusión, todavía tenía tiempo de irme para reconstruir cada pieza de mi corazón con delicadeza. Para darme otra oportunidad conmigo misma.

En tanto siguiera a su lado, esperándolo, no conseguiría superarlo jamás. Y de verdad necesitaba hacerlo. Le había dado mucho tiempo, contaba exactamente desde el día de su cumpleaños, pero a pesar de ello él aún no tenía las cosas claras.

No iba a haber un nosotros en ese momento.

A pesar de que las lágrimas habían comenzado a rodar por mis mejillas con suma lentitud, le sonreí con sinceridad, expresando todo lo que realmente sentía por él sin atreverme a tocarlo.

—Te quiero, Jaden —sostuve—. Pero debo irme, lo lamento mucho.

Volteé, y quizás una parte de mí aún mantenía las esperanzas, porque en tanto iba a la mesa y buscaba mis zapatos y bolso de mano, otra vez sentí aquellos pinchazos en el pecho al comprender que ni siquiera se había molestado en detenerme.

Saludé a mis amigas y felicité a Annabeth otra vez, intentando que no notaran que algo iba mal, no quería arruinarles la diversión. Después, me fui sin mirar atrás.

Regresé a casa entradas las cuatro de la mañana, y a pesar de que mi madre dormía, no pude evitar entrar a su cama luego de ducharme y abrazarla con fuerza, buscando su cariño sincero. Sabía que el abrazo de mi hermano nunca llegaría, tampoco sus burlas por verme dormir con mamá, así que me refugie en los brazos de ella, a la espera de que me invadieran esas lágrimas que demostraran cuan rota me sentía por dentro. Contrario a lo pensado, éstas no aparecieron en todo el rato que me mantuve despierta.

De verdad lamentaba dejarlo, pero pensaba que hacía lo correcto.

Él necesitaba ordenar su mente y corazón, lejos de mí, lejos de alguien que lo estuviera esperando por una respuesta. No quería que se sintiera presionado. El graduarse y alejarse de la escuela iba a ayudarlo a distanciarse de una vez para aclarar sus sentimientos. Si al final, descubría que no me amaba como lo hacía yo, ni quería una relación conmigo, estaba bien. Iba a doler, pero lo haría menos si estaba lejos.

Tenía muy claro que había amado a Jaden, nunca mentí ni exageré con eso, amaba cada parte de su forma de ser y lo amaba con errores y aciertos, pero en ese momento decidí darle prioridad a mi propio ser.

Necesitaba amarme mejor a mí misma, reconstruir mi propio corazón y seguir tomando las riendas de mi vida y ordenarla como tanto me estaba encargando de hacer, y debía hacerlo lejos de la suya. Sin importar cuánto tiempo tomara.

Capítulo 14
Esperando el autobús.

Cuatro años después.
Abril de 2022.

¿Creen en las segundas oportunidades?

Pues yo no lo hacía antes. Creía que había perdido muchas y nunca iba a tener «segundas veces» para reparar mis errores o al menos intentar reparar corazones.

Hasta que ese día sucedió lo inesperado y comencé a preguntarme: ¿de verdad no creía en ellas o era que todavía no se me habían presentado?

A pesar de seguir sabiendo de él gracias a sus redes sociales, Jaden ya no era alguien que acaparara mi mente las veinticuatro horas del día. Tampoco era que antes lo había estado, pero, en ocasiones, cuando hacía tareas luego de volver de la escuela, me encontraba pensando en el momento que él llegara a su casa para enviarme mensaje y comenzar partidas virtuales de FIFA.

Tres años después, las cosas habían cambiado en mi vida y él dejó de ser una constante. Hacía tiempo lo había dejado de pensar de manera romántica.

Comencé la universidad. Estaba estudiando profesorado en Literatura. Siempre me había gustado la literatura en general, así que pensé que sería buena idea y la verdad no me arrepentía. Conocí nuevas personas, hice buenos amigos, y tuve muchas primeras citas. Pero el haber perdido su amistad me había dejado descolocada. Sentía que con nadie podía ser lo que una vez fui con él, a sentirme igual de feliz o desconectada de la realidad, o que no podría volver a querer a nadie con tanta intensidad.

Hasta que llegó Thomas, un compañero de universidad en el coincidía en mis clases de Lingüística. Su cabello rojo y su dulce sonrisa me atraparon día a día, hasta que uno de esos días acepté salir con él y las cosas fueron fluyendo. No había sido como con Jaden, de quien entendí que me enamoré casi al instante. Con Thomas todo se vivía diferente, lento, tranquilo.

Sin embargo, aquella monotonía y tranquilidad de la que se colmaba nuestra relación me aburrió luego de un tiempo. No pude seguir ilusionando su corazón, por lo que terminé con él de la mejor manera que pude.

Todos los chicos con los que salía me aburrían. No sentía con intensidad nada, era como si mi corazón se presionara tanto por buscar el amor que al final se agotara de tanta espera y desistiera, volviendo mis sentimientos planos, predecibles e inconformistas. No sabía con exactitud qué me ocurría, pero así fue con mis siguientes cinco citas. Ninguno de ellos me completaba, ninguno era suficiente.

Comencé a creer que la del problema era yo, pero una tarde, cuando estaba terminando mi turno en la librería del señor Collins —en la que por cierto me había convertido en administradora— me di cuenta de que me estaba autosaboteando. Mi subconsciente me recordaba constantemente a Jaden cada vez que sonreía con alguno. Era imposible pensar en alguien más cuando aparecía de una manera u otra en mi mente. Entonces, comprendí que no había cerrado cierta etapa con él, era algo inconcluso, y pensar en eso me estresaba y molestaba demasiado. Se había ido de mi vida cotidiana, sin embargo, perduraba en mi mente como un «qué hubiera sucedido si», algo que no podía evitar que ocurriera.

Lo comprobé aquella tarde.

Iba caminando por Royal Parade a esperar el bus para ir hacia la librería, con mi mochila

cargada por el peso de mis tareas para la universidad, cuando lo volví a ver. Me detuve en seco, algo sorprendida, ocasionando que la señora que iba detrás de mí me lanzara una mala mirada por casi hacerla tropezar.

Estaba ahí, haciendo fila en la cafetería junto a todas esas personas ajetreadas que aguardaban por el transporte. Apoyado en la pared de uno de los locales a una gran distancia de la parada, con una pierna encima de la otra y sus manos en los bolsillos delanteros de sus jeans, hablaba frunciendo el ceño con un chico frente a él. Desde que nos habíamos distanciado, hacía unos largos tres años luego de aquel último baile; jamás creí que el verlo así, justo ahí, después de unas largas y estresantes jornadas de clases; me afectaría como lo hizo en ese instante.

Nunca me había puesto a pensar cuánto lo extrañaba.

Lucía igual de guapo, igual de perfecto, igual de cálido, la única diferencia que se veía a simple vista era su cuerpo. Ya no era simplemente el chico alto que era bueno en básquet, más bien su cuerpo parecía haber pasado horas ejercitándose en el gimnasio, y su piel estaba más bronceada de lo usual.

Sí, en definitiva, lo había extrañado.

Seguirlo en redes sociales no era nada comparado con verlo en vida real. Su sola presencia, a pesar de la distancia que teníamos, hacia volver recuerdos a mi mente de los que creí haberme desecho algún tiempo atrás. Nunca imaginé que recordaría la calidez de sus labios sobre los míos con tanta claridad.

El autobús apareció de pronto por la esquina, sacándome de la burbuja a la que me había metido, así que obligué a mis piernas a moverse si quería llegar a tiempo a casa. Crucé la calle corriendo, evitando que el taxista que quería salir lo hiciera, logrando que éste me tocara un bocinazo que casi me deja sorda. Llamé la atención sin querer.

Por instinto, miré sobre mis hombros en su dirección.

Él me vio. Después sonrió. Quizás sin darse cuenta, quizás porque estaba preparado para recibir un corto saludo por mi parte, quizás, porque de verdad se alegró de verme. O tal vez ni siquiera me había reconocido y sólo le divirtió que causara un escándalo. No sabía ni quería saberlo, de pronto me sentí tan nerviosa que pretendí que no existía nadie más y seguí avanzando.

Además, no estaba solo. Reconocí al chico con quien hablaba cuando éste lo codeó. Fue gracias a Jacob que Jaden me observó a tiempo, antes de que yo cruzara la calle, justo cuando el taxista me maldecía tocando ese bocinazo. Sentí vergüenza, principalmente gracias a ese hombre, y creo que esa fue la razón principal por la que fingí no verlo.

Aquel día pudimos habernos vuelto a hablar, pudo haber sido el comienzo de una nueva etapa para nuestra vida, o, quizá, la última oportunidad que tenía para que le dijera cuánto lo había extrañado. Sus abrazos, su mirada, su sonrisa... Esa sonrisa que hacía mis días felices, esa sonrisa que me calentaba el corazón, que me subía en una nube, llevándome flotando lejos de mis problemas.

Aquel día pudo haber sido el comienzo de algo, y que nadie jamás me pregunte el qué porque no tendría una respuesta, solo presentía que era algo nuevo. Sin embargo, aunque me arrepentí de no haber hecho contacto visual, algo me decía que no sería la última vez que lo vería.

Y no me equivoqué, porque, sin quererlo ni esperarlo; la vida me tenía una última oportunidad a la vuelta de la esquina y estaba más que lista para aprovecharla.

Capítulo 15

Reencuentro en una noche tormentosa.

Diciembre de 2022.

A lo largo de los años, muchas personas habían entrado en mi vida, me habían lastimado y huido de ella con un trozo de mi corazón en sus manos.

Cuando me alejé de Jaden en la noche de su graduación, no imaginé cuánta falta me haría su amistad en los siguientes años.

Fueron duros, no tenía ni a Adam, ni a Annabeth para reconfortarme en sus brazos cuando las cosas iban mal, tampoco tenía a Daniel para hacerme reír si me veía triste. Mi madre se había convertido en alguien que mecánicamente vivía para pagar cuentas e ingerir comida. A veces, si la observabas bien, con sumo cuidado, al alzar la vista y verme cruzar junto a ella; no hallabas muchas diferencias entre sus expresiones y las mías.

Nuestro dolor era fuerte, pero lo compartíamos y todo se hacía un poquito menos difícil de superar cuando estábamos juntas. Se la pasaba cumpliendo turnos extras —a pesar de que no lo necesitaba—, en la guardia del hospital para distraerse, lo que no le hacía bien teniendo en cuenta que lloraba por sus pacientes graves cada noche al llegar a casa.

Aunque, a decir verdad, yo sí solía divertirme de vez en cuando. Me obligaba a hacerlo, salía y despejaba mi mente un rato con Melisa, o con mis compañeros de clase, por muy poco tiempo que fuera.

Como lo estaba haciendo esa noche.

Admito que había estado extrañando aquella amistad que Jaden y yo compartíamos, y comenzaba a pasarme factura justo cuando pensaba que el recuerdo de su beso ya se había borrado de mi memoria definitivamente, o que los de su sonrisa y cariño se había evaporado, junto a lo que había sido mi burbuja favorita en la noche de su graduación.

Más allá de todo lo que nos decían e insinuaban las personas en nuestro tiempo de instituto, o de lo que pudiera mi corazón sentir o no por él, nosotros sí habíamos sido buenos amigos. Sí nos queríamos de esa forma, lo habíamos demostrado durante años, así que la ausencia de sus sonrisas se caló en mi corazón durante todos esos años de distanciamiento, mientras me tomaba el tiempo de recoger aquellas piezas que él mismo se encargó de pisotear.

En el cumpleaños de Ed, un amigo que había hecho en la universidad de licenciatura en mi año de ingreso, en tanto se mezclaban el bullicio de la música y la lluvia que golpeaba con furia los cristales de las puertas y ventanas en la sala pequeña de su departamento; lo volví a ver.

En una fiesta de alrededor de treinta personas, porque el chico no solía llenar su departamento hasta estallar, dentro de una sala de estar de reducidos metros cuadrados, lo sentí. Estaba cerca.

Realmente los recuerdos de sus abrazos, sonrisas y roces golpearon de lleno mi mente. Nunca supe cómo pudo suceder aquello, siquiera sabía por qué era posible que volviera a sentirlo todo así de familiar, así de fuerte. Fue como si las horas, los meses, los años no hubiesen pasado para nosotros, como si el verlo más alto, más bronceado y más atractivo que antes fuera algo que veía a diario. Y los nervios me invadieron, el agobio de su repentina presencia y la casualidad de haberlo estado pensando cada día luego del pequeño contacto visual en esa parada del autobús.

Sin embargo, ahí estaban mis tontos sentimientos, tan frescos en mi mente que llegaron a agobiarme.

Así que me escondí.

Me coloqué justo frente a Lucy, una de mis amigas de literatura, ocultándome de su campo

visual. La rubia me miró extrañada, mas no dijo nada, siguió hablando con todas las que estábamos con ella como si nada. Cuando Jaden solo saludó a Ed y a sus amigos más cercanos, y luego se perdió entre los demás, creí que había logrado mi objetivo, por lo tanto, solté el aire contenido y me uní a la conversación de las chicas frente a mí de inmediato, fingiendo que entendía la mitad de lo que decían.

Aquella sensación de huir, que muchas veces antes me había embargado, reapareció en ese momento. Existía algo, quizás era mi orgullo, pero juraba que algo hacía que quisiera tenerlo lo más lejos posible.

Asombroso, ¿verdad? A pesar de tener veinte años, me comportaba como la Jasmine de dieciséis otra vez. A pesar de tener veinte años, mi corazón no lo había superado.

Varios minutos después, apareció por detrás, tocando mi hombro. Y me asustó el que mi corazón lo reconociera con un solo toque. Luego de tantos años sin tenerlo cerca, ese cosquilleo que sentí se me antojó vagamente familiar.

Lucy y el resto de mis compañeras le sonrieron, después me miraron con una más que notable picardía, y se alejaron. Nos dejaron solos, así, sin más.

Fingiendo que mi corazón no bombeaba como si no fuera un mañana a sabiendas de que se trataba de él, me giré.

Solté un suspiro que pasó desapercibido por mi sonrisa cuando su mirada brillante se conectó a la mía. Y entonces fue como si la abertura de tiempo que nos había separado se cerrara y luego se esfumara, fu como si no jamás hubiese existido. Traía puesto unos simples jeans desgastados y un jersey color verde oscuro, su cabello algo revuelto, como recordaba que solía llevarlo. Los años le habían sentado muy bien.

—Jasmine —habló, y no pude recordar la última vez que mi nombre sonó tan bien en los labios de alguien, además de los suyos.

—Hola —murmuré, aceptando que ya no habría escapatoria y debía enfrentar ese nuevo giro que la vida me tenía preparado.

—Tus amigas te dejaron sola —soltó, en broma.

Sin saber por qué, ambos nos reímos. Me sentía estúpida. No, no pregunten por qué, no existe explicación.

Miré los dedos de mis pies, quizás como un mini escape para recuperar el aire que se iba gracias a mi corazón bombeando con rapidez, luego volví a encontrarme con sus ojos. Mi corazón dio un salto furioso.

«Bueno, cálmate, corazón.»

—Es algo así como una señal —admití—. Es para que ya no esté tan sola, quieren que socialice más en fiestas y esas cosas. Si hubieran sabido que te conocía se quedaban a chismosear.

Asintió, mas no dijo nada más al respecto.

—¿Cómo estás? Hace mucho no te veía.

La conversación se sentía bien, no había tensión, mucho menos dolor. Solo era una conversación normal, con un sabor a familiaridad que sentía en mi boca. Le sonreí, sincera.

—Bien, sorprendida de verte por aquí —fui honesta, en parte queriendo saciar mi curiosidad —. ¿Y tú?

—Bien. Tampoco esperaba verte esta noche, aunque sí me alegra hacerlo. Es una linda coincidencia.

Iba a devolverle el cumplido, pero sin querer alguien que pasó por detrás me empujó, haciendo que avanzara unos pasos y casi chocara con su cuerpo. Quise maldecir a esa persona en mil

idiomas. Jaden frunció el ceño, atrapándome a tiempo antes de que lo golpeara yo a él con fuerza.

—Lo lamento —se disculpó el chico, luego se alejó. Lo reconocí sólo como uno de los amigos de Ed, porque no compartía clases conmigo.

Una vez desapareció de mi vista, me percaté de que las manos de Jaden aún seguían sobre mis caderas, sosteniéndome. Carraspeé, luego di un paso atrás. Mis mejillas se tiñeron de rojo. ¿Cómo era posible que su tacto siguiera sintiéndose tan familiar?

—Quisiera hablar contigo un momento —dijo.

Asentí, otra vez sintiéndome nerviosa. Decidimos apartarnos del gentío, y como conocía el departamento, me dirigí a la cocina con él pisándome los talones. Cuando llegamos, de inmediato me arrepentí. La cocina me traía recuerdos entre ambos que en realidad no venían al caso en ese instante. Apoye mi cuerpo contra la alacena, cruzándome de brazos.

—Aquí no corremos riesgo de ser golpeados —bromee.

Y aunque intenté con eso aligerar el extraño ambiente que de pronto se plantó entre ambos, no lo logré de todo.

—Eso me deja más tranquilo —me siguió, después, llevó la mano a su cabello y lo desordenó —. Jas, ¿puedo preguntarte algo?

—Asentí, apremiándolo a continuar. Soltó un suspiro un tanto nervioso—. Tu..., ¿estás en pareja en este momento?

A pesar de que me sorprendió lo directo que fue, quise indagar más a fondo en sus intenciones. Esa familiaridad que había sentido desde que un saludo salió de sus labios esa noche me recordaron cuánto había estado extrañado nuestras divertidas conversaciones o coqueteos implícitos.

Sentí aquello, lo que sea que estaba pasando, como algo extrañamente nuevo, por eso quise hacer las cosas mejor que antes.

Borrón y cuenta nueva, le llaman muchos.

—¿Por? ¿Quieres presentarme a alguien? —inquirí, ladeando la cabeza un poco, todavía con una sonrisa dibujada en mis labios.

Un vestigio fugaz de diversión cruzó sus ojos. Entonces supe que él también sentía que los años distanciados se habían convertido en minutos con tan solo una simple mirada.

—Conozco a alguien que puede estar interesado.

—Dime entonces.

Esperaba que fuera más directo, porque en esa mirada había algo diferente a la última vez que nos vimos, sentía en mi interior que su corazón había cambiado, sus ojos gritaban que ya nada era igual. Pero la respuesta que dio me tomó totalmente desprevenida.

—Después de mucho tiempo y aún con la leve sospecha de que no te volvería a ver personalmente, siento que tengo que aprovechar la oportunidad de decirte que lo lamento —dijo, tan rápido que no lo vi venir—. Lamento mucho si te lastime, lamento que te hayas ido y ya no volviéramos a acercarnos, lamento haberte hecho formar parte de mi confusión. Fui un idiota y hoy puedo aceptarlo, quisiera habértelo dicho antes, haberlo hecho a tiempo. No lo merecías en lo absoluto y debía decírtelo en persona.

Si había aprendido algo de Jaden en nuestros años de amistad, era que tenía como cualidad ser totalmente imprescindible, podías suponer lo que te diría o cómo actuaria, pero muy pocas veces lo que pensabas se ajustaba a lo que él hacía o decía. Sin embargo, esa noche hizo añicos todas mis suposiciones sobre él. Esa noche me demostró que de verdad había vuelto a mi vida siendo una versión de sí mismo mucho mejor que la anterior. No sabía qué había sido, pero me alegraba

que lo que hubiera pasado llegara a hacerle así de bien.

Su iluminada mirada era sincera, las palabras salían de los más profundo de su corazón y podía verlo reflejado en esos ojos mieles que una vez tanto me habían atrapado. Todo eso hizo que mi corazón se estrujara de felicidad. Todo en él me gritaba que, en caso de que negara a aceptar sus disculpas, al menos lo había intentado y aquello lo dejaría satisfecho. Y eso era justo lo que había deseado tanto ver en él; que lo intentara.

Moje mis labios antes de hablar, con el corazón palpitándome tan fuerte que tuve que llevarme una mano al pecho para apaciguar el golpeteo.

—Acepto todas tus disculpas, Jaden —sonreí. Me atreví entonces a decir lo que pensaba sin morderme la lengua—: Pero, por favor, ya no te agobies con eso, déjalo ir, quedó en el pasado… Y te lo dice alguien a quien le ha sido difícil superarlo. Te aseguro que has mejorado mi presente al volver a aparecer y decírmelo, de verdad.

Sus labios se elevaron en una sonrisa ancha. Y ahí estaban esos hoyuelos que tanto me encantaban, volviendo a causar un revuelo en mi corazón.

Todo se sentía más intenso esta vez, y el que luciera más atractivo de lo que recordaba no ayudaba mucho, era como si mi corazón se hubiera estado preparando para volver a latir furioso sólo con ver que me sonriera así.

Él carraspeó cuando le devolví la sonrisa, desapareciendo la suya.

—Hay algo más que debo decirte si quiero dormir tranquilo esta noche.

—Si es otra disculpa voy a golpearte con el jabón líquido que tienes atrás —le advertí, divertida.

Intentando calmar un poco todas las emociones en mi interior. Negó, reprimiendo una sonrisa.

—Se me hizo imposible olvidarte —confesó, dejándome atónita—. Después de esa noche fue imposible sacarte de mi mente. Cuando te vi alejarte no supe qué hacer ni cómo evitar que lo hicieras..., aunque, bueno, tampoco quería que te quedaras porque entendía que necesitabas libertad. Y sobre todo, necesitabas a alguien que fuera valiente y estuviera contigo sin dudas, algo que comprendí que no podía darte por mi indecisión.

—Jaden... —intenté hablar, pero elevó uno de sus índices en tanto me suplicaba con la mirada que esperara.

—Cada día que pasaba te pensaba a ti y a ese único beso que compartimos, Jasmine, porque fue el detonante que hizo que me confundiera, que dudara de mis sentimientos. Así fue como entendí que realmente te quería, como mucho más que una mejor amiga.

» Durante años noté que nuestra amistad era un tanto..., diferente, a otras, pero creía que eran puras imaginaciones mías y me rehusé a ver esas señales que diste como todo un cobarde. Y estoy cansado de ser cobarde —admitió—. Hoy ya sé que es tarde y tal vez ya has conocido a alguien más que supo valorarte a tiempo, pero sólo quiero que sepas que me tienes. Voy a atreverme a sonar egoísta con esto, pero la verdad es que, si aún lo quieres, si todavía estoy a tiempo y quieres darme una segunda, tercera, o cuarta oportunidad..., aquí me tienes. Completamente.

Tras sus palabras, me costó unos segundos recomponerme, había soltado todo tan rápido y a una velocidad increíble que me tomo un instante darme cuenta lo que en realidad había querido decir. Cuando lo hice; me acerqué y lo abracé con fuerza, domada por la emoción que me embargo de pronto. Jaden no tardó en devolverme el abrazo con la misma intensidad, lo escuché soltar un suspiro en lo que apoyaba su cabeza sobre uno de mis hombros.

Había salido con varios chicos a lo largo de estos últimos cuatro años, sin embargo, ninguno de ellos logró hacerme sentir lo que Jaden lograba en tan solo una mirada.

¿Por qué justo ahora? Pensé, ¿por qué tiene que reaparecer en mi vida cuando yo estaba a punto de tomar una dirección significante en la mía? Por supuesto que estaba dispuesta a intentarlo, pero él tenía que saber algo importante antes de cualquier cosa, porque lo que sea que tuviéramos eventualmente tendría fecha de caducidad.

Me separé un poco, sin romper el abrazo, su rostro quedó a escasos centímetros del mío: Divisé en su mentón un indicio de barba que la hacía ver mayor e incluso más atractivo que de costumbre. Esa calidez que tanto recordaba se sentía mucho más intensa, me hizo suspirar, sonreír y prender chispas a mi cuerpo en cuestión de segundos. Evite caer en la tentación de volver a probar sus labios sólo porque debía dejarle claras algunas cosas antes de cualquier cosa. Lo había extrañado. Ese Jaden indeciso del que hablaba y que me había roto el corazón una vez, definitivamente había quedado atrás, se notaba en su mirada, en su expresión, en sus palabras. Y en su corazón.

—¿Estás seguro de lo que sientes?

Sus brazos alrededor de mi cintura me apretaron más a él.

—Quiero todo de ti —declaró. Mi cerebro encajó las piezas, haciéndome recordar que le solté esas mismas palabras antes de irme en su graduación hacía unos largos años. Él las repitió con esa intención, pude adivinarlo en esa sonrisa ladeada—. Estoy dispuesto a intentarlo sólo si todavía estoy a tiempo.

No podía disimular la sonrisa de estúpida de mi rostro, aproveché que mis manos estaban posadas sobre sus hombros para alcanzar su nuca y jugar con esa parte de su cabello con mis dedos. Su cercanía se sentía demasiado confortable y atribuí a eso el no control de cada uno de los impulsos que tomé en ese momento.

—Lo estas, pero deberías saber algo antes.

—Ya me tienes, soy todo oídos ahora.

En tan solo un parpadeo, sus labios tocaron el espacio entre mis labios y mi mejilla, impactándome un instante. Fue sorpresivo, pero en cuanto lo miré, una sonrisa divertida apareció en los suyos.

No quise pensar en que podría herirlo con mis siguientes palabras, porque si lo hacía estaba segura de que ya no me atrevería, me quedaría en silencio disfrutando del momento sin medir las consecuencias. No era justo.

Cuando le solté el único obstáculo que veía entre nosotros, me sorprendió lo bien que se lo tomó y lo dispuesto que estuvo a ayudarme a seguir adelante. Sus palabras me reconfortaron tanto que lo abracé con más fuerza de la necesaria. La oportunidad se me había presentado y, por primera vez en mi vida, arriesgarme y tomarla a tiempo había valido la pena, sin importar lo que pudiera ocurrir después.

Me sentía feliz.

—Espera —dijo. Nos encontrábamos sentados en las pequeñas sillas de la isla, con un vaso de agua cada uno y hablando sobre el anfitrión de la fiesta y nuestra relación con él cuando de pronto pareció pensar en algo más—. ¿Quieres salir conmigo?

Mi boca se abrió.

—¿Como en una cita?

—Sí, hagamos las cosas bien esta vez, sin darle tantas vueltas al asunto ni dudar tanto de nosotros mismos —sugirió—. Vamos, ¿qué dices?

Imité su entusiasmada sonrisa.

—Digo que es una idea genial.

—Gracias, suelo tener buenas ideas bastante seguido últimamente —se jactó, y recordé cuánto

me habían hecho falta sus divertidos comentarios cargados de altivez—. ¿Cuándo estás disponible?

Lo pensé. Se acercaba navidad y con ello el organizar la cena de noche buena que tendríamos con mamá, además de que al día siguiente irían de visita unas amigas de su trabajo y sus hijos, como se nos estaba haciendo costumbre cada noche buena desde que mi padre y mi hermano nos dejaron. Los vecinos también se acercarían a saludarnos, como lo estuvieron haciendo los últimos años. Íbamos a estar sobrecargadas de cosas que hacer esas semanas.

Tenía suerte de estar de vacaciones en la universidad, pero estaba claro que iba a tener que ajustar mis tiempos, porque tener una cita con Jaden había sido una de mis fantasías años atrás y ahora que por fin se estaba dando no pensaba dejarla pasar. No pensaba negarme.

—¿Te parece el jueves por la tarde? Salgo del trabajo a las cinco, pero puedo estar lista para las siete.

Él sonrió, luego soltó el vaso que tenía en su mano para llevarla a mi rostro, quitando un mechón de mi cabello que impedía que lo viera bien debido a que se movía cerca de mis ojos. Su cálido tacto me hizo enrojecer.

—El jueves está bien —aceptó. Alejó su mano, volviendo a tomar el vaso—. ¿Paso por ti a las siete?

—A las siete es perfecto.

Le sonreí, como idiota, sin terminar de creerme su regreso en mi vida.

En el momento en que sonrió devuelta mi corazón se dejó abrasar por una calidez muy bonita, y fue, lo confieso, el momento exacto en el que empecé a creer que la segunda oportunidad, para aquello que creías totalmente perdido e inalcanzable; definitivamente existía. Tal vez tardaba en llegar, pero al final lo hacía. Sólo había que tomarla cuando realmente estuvieras preparada, y no dejarla ir.

Capítulo 16

Atardecer en el parque.

Había extrañado observarlo y perderme en su mirada, en sus facciones y sus gestos, o apreciar esa forma tan suya de mover la boca con rapidez al hablar de algo que lo emocionaba.

Inclusive, notar esas arruguitas alrededor de sus ojos cuando se achinaban al contar algo divertido.

Pero, definitivamente, lo que más había extrañado era tenerlo cerca y sentirme a gusto en presencia de alguien a quien no tenía que esforzarme por agradarle.

Había llamado «amigos» a quienes luego me dieron la espalda, creí que algunos de verdad me apreciaban, pero después me di cuenta que ninguno de ellos iba a estar para ayudarme si lo necesitaba, así que empecé a enfocarme en mis verdaderas amistades, que a pesar de ser pocas eran completamente valiosas e imprescindibles. Las personas que necesitaba para ser feliz.

El regreso de Jaden en mi vida me sorprendió el día de la fiesta, pero mentiría si dijera que no me gustó el instante en que me volvió a sonreír.

—¿A dónde estamos yendo? —le pregunté, sin soportar más la intriga.

Media hora atrás había pasado por mí a casa, con el auto de su hermano Jacob, para iniciar oficialmente nuestra primera cita. Sin decir nada comenzó a conducir hasta un local de comidas rápidas —donde le pedí que fuéramos cuando me preguntó qué quería comer—, y cerró su boca justo después de que nos entregaran nuestro pedido. Sin darme pista alguna de hacia dónde nos dirigíamos.

—Había olvidado cuan curiosa eres —se quejó, aunque sabía que no lo decía en serio. La sonrisa divertida sobre sus labios lo delataba.

—¿Dónde vamos? —insistí, la bolsa de papel con la comida se tambaleaba levemente sobre mis muslos cada vez que pasábamos un bache.

Ser curiosa siempre fue parte de mi personalidad. Jaden soltó una risita.

—El plan es hacer algo así como un picnic —dijo, rindiéndose. El auto giró hacia la derecha, saliendo de lo que era el centro de la ciudad—. Adivina, Jas, ¿dónde podríamos hacer un picnic?

—No lo sé, ¿sobre un bote en medio del lago? —bromeé un poco.

—Sí, claro, y con salvavidas porque contigo haciendo tonterías el bote se voltea y nosotros con el —me siguió el juego.

—¿En mitad de la autopista?

Se volteó ligeramente a observarme arqueando una ceja.

—No, sobre uno de los semáforos —sonrío—. Imagínate, podríamos hackear el sistema de luces y jugar a las estatuas con los autos.

Una carcajada estúpida salió de mis labios, y seguí fingiendo adivinar hasta que empezamos a hablar de temas más triviales.

Unos minutos más tarde, llegamos al destino. Al mirar a mi alrededor, me di cuenta de dónde estábamos y comencé a intuir porqué. Sonreí. Estábamos en la orilla del río, cerca de un pequeño parquecito en donde mucha gente disfrutaba del día.

Voltee a verlo mientras él estaba concentrado en aparcar. En cuanto lo hizo, me devolvió la mirada. Los hoyuelos se le marcaron al sonreírme.

—Veremos el atardecer mientras tenemos nuestro picnic —dijo.

Definitivamente, mis mejores sonrisas se las llevaba él.

Al bajar, antes de venir conmigo, fue a abrir la puerta trasera detrás del copiloto para tomar la

canasta para picnic con un mantel a cuadritos blancos y verdes que había preparado. Me pidió la bolsa con la comida rápida para guardarla dentro, luego comenzamos a caminar por el sendero junto al césped. La brisa fresca de la tarde acariciaba las piernas, el vestido color granate que llevaba puesto ondeaba un poco. El clima era perfecto.

Llegamos a un pequeño claro cerca de las barandas con vista hacia el agua y parte de la ciudad, nos sentamos poniendo un mantel antes y luego lo ayudé a sacar la comida de la canasta. Dentro, había algunas frutas para el postre y helado de crema para acompañar, algunos frutos secos, unos vasos térmicos… y al menos cuatro bolsitas de M&M's.

Sonriendo, me dijo:

—No somos nosotros sin M&M's.

No sabría si fue por la mirada que le estaba dando, que gritaba a los cuatro vientos cuánto se me antojaba besarlo, o cual otra razón habría, pero sus mejillas se tornaron rojas al igual que sus orejas. Estaba algo avergonzado. Había olvidado cuan tierno se veía cuando sucedía eso, incluso ahora, que sus mejillas no estaban tan rellenas como tiempo atrás.

—Es perfecto —sonreí.

Me sonrió, satisfecho. Ambos nos acomodamos dejando la canasta en medio de nosotros, estiré las piernas y luego de llenar nuestros vasos de jugo de naranja él me imitó, sentado justo a mi lado. Estábamos enfrentados al agua. A pesar de las barandas y algunas personas apoyadas en ellas, sentía que teníamos una vista privilegiada. El río desde allí se veía bonito.

Tomé una bolsita de M&M's para abrirla y me metí un par a la boca, le ofrecí algunos.

—Vengo aquí cuando el ruido de la ciudad se vuelve agobiante —habló después de unos segundos en silencio—. Suele haber personas entrenando o disfrutando de un paseo, es muy tranquilo.

—¿Y eso suele ser seguido? —Me miró—. Que vengas cuando te sientes agobiado —aclaré.

Demorando su respuesta, masticó sus chocolates, observándome de soslayo.

—Bastante —ladeó una sonrisa—. Las cosas en casa no están muy bien.

Ante eso, olvido las pocas uvas que me quedan y las devuelvo al cuenco, muevo la canasta para hacerla a un lado para ocupar su lugar, posicionándome más cerca suyo. Su tono de voz descendió considerablemente al hablar, por lo que intuyo que la cosa es realmente seria, así que no quiero perderme de nada que se atreva a dejar salir. Su brazo roza el mío.

—¿Quieres contarme?

Suelta un suspiro, posa su mirada en la vista frente a ambos un tanto distraído. No lo noto tenso, pero sí parece guardarse mucho, reconocería esa mirada incluso si nos separaran kilómetros. La he vivido en carne propia y por eso me pongo en su lugar, intentando prepararme para cualquier cosa que esté perturbándolo.

—Mi padre tiene cáncer de pulmón —dijo.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Jaden... —Yo misma me silencié, no sabía exactamente qué decir ante el dolor que travesaba su mirada, ante una noticia como esa. Tomé su mano para demostrarle, de alguna manera, mi apoyo. Carraspee, animándome a preguntar—: ¿Qué tan grave es?

Esbozó una mueca, entrelazando sus dedos con los míos. Pude sentir el temblor en su mano.

—Está internado, los doctores dicen que no es tan grave, que aún hay tiempo de que mejore. Si te soy sincero, no sé si creerles. No quiero. —Acaricié su mano con mi dedo pulgar—. Y esto nos afecta a todos de distintas maneras, porque mi madre está en una etapa de negación que... no lo sé, no la entiendo. Hay días en que hay que pedirle por favor que vaya a visitarlo porque él quiere verla, pero, cuando lo hace, no va a verlo. Se la pasa hablando con los médicos para que

hagan más de lo que está en sus manos, no se atreve a pisar su habitación.

Se calló. Un nudo se formó en su garganta, pude notarlo porque tragó saliva con fuerza, siendo incapaz se continuar con su relato. Me acerqué más, pasando mis brazos sobre su torso para abrazarlo, sin ejercer fuerza, suave, con cariño. Él pasó su brazo sobre mi hombro para impedirme soltarlo. Innecesario, porque no tenía planeado hacerlo.

—No sé cómo será todo a partir de ahora, pero aquí me tienes si necesitas apoyo —susurré, elevando mi cabeza para mirarlo—. Siempre, Jaden, sin importar qué.

Sus labios se elevaron en una pequeña sonrisa.

—Lo sé. —Nos separamos un poco. No veía lagrimas inundando su mirada, pero casi podía sentir su dolor atravesando mi mano sobre su pecho—. Siempre entiendes a los demás y estás ahí para ellos, esa es una de las cualidades que tanto me encantan de ti. Siempre me encantaron, Jasmine.

A pesar de que la situación se siente dolorosa, sentí mis mejillas se sonrojarse por sus palabras.

—¿Sabes cuantas veces fantaseé con que me dijeras algo así? —confesé.

—¿Cientos?

—Miles —lo corregí, y tal vez fuera un numero exagerado, pero así lo había sentido antes. Aproveché para cambiar el tema y hacerlo despegar un instante del dolor—. Aunque en mis sueños lo decías seguido.

Nos separamos definitivamente tras mis palabras. Él esbozó una sonrisa egocéntrica y pícara. El momento doloroso acababa de pasar a un segundo plano porque podía leer sus intenciones incluso antes de que expresara palabra alguna.

—Así que has soñado conmigo miles, miles y miles de veces —se burló un poco, haciendo énfasis en los muchos «miles».

Una sonrisa que me resultaba adictiva se extendió en sus labios. Lo siguiente que hace es de otro nivel para mi corazón, moja sus labios, aun sonriendo, haciendo aletear a las mariposas en mi estómago y calentar a mi corazón. Nerviosa, como la Jasmine adolescente, me apresuré a bromear.

—Sí, y en todas te ganaba en el FIFA.

Le guiñé un ojo. Jaden se rio, negando.

—Claro, como digas.

Me gustaba mucho ver estas reacciones tan naturales de su parte cuando estaba conmigo. Se sentía como si el tiempo jamás hubiera pasado.

Pasamos unos minutos más recordando esos momentos en su casa llenos de gritos o peleas por estar jugando videojuegos, hasta que notamos que el cielo comenzaba a cambiar de color. Decidimos levantarnos para acercarnos a las barandas, en donde reanudamos la conversación observando el cielo, de un color anaranjado reflejándose en el agua del río.

Estábamos de pie tan juntos que aproveché ese instante para enlazar su codo con el mío, ambos apoyados sobre la baranda de hierro.

—Debo confesarte algo —dijo, y juro que sus orejas se hicieron tan rojas como el último M&M que me había llevado a la boca—. No sé si lo recuerdas, pero aquel día en casa antes de esa gran fiesta en casa de Davina, cuando jugábamos a la guerra de cosquillas…, tenía ganas de besarte.

Me quedé boquiabierta un instante. Claro que recordaba ese día, salí corriendo toda nerviosa a casa de Nerea nada más salir de la suya.

—¿Qué?

Apartó los ojos de mí sólo unos segundos, pero al volver a mirarme, supe que lo que diría a

continuación me iba a dejar más sorprendida que antes.

—Y esa no fue la primera vez, ni la última —añadió—. No lo sabía entonces, pero mis sentimientos por ti eran tan grandes que a veces me obligaba a parar y recordar que no éramos más que amigos. Siempre quería tenerte cerca, que tus risas y sonrisas fueran solo para mí, y odiaba cuando se las dabas a alguien más. Adam, por ejemplo, quien obviamente amaba hacerme poner celoso. Mirando un poco atrás, ahora sé que era porque me estaba enamorando de ti, sólo que no lo entendí hasta que te perdí. —Me miró a los ojos antes de terminar con un—: Fui un cobarde, y sé que no quieres que lo vuelva a decir, pero de verdad siento mucho el tiempo que perdimos, Jasmine.

Nos quedamos callados unos segundos luego de eso, yo mirándolo a él, él mirando el río. Entonces, lo pensé bien, porque todo empezaba a tener sentido en mi cabeza. Esas escenas de celos que yo no quería creer que lo eran, no las había imaginado.

Esas miradas brillantes y de enamorado, reales. Ese casi beso en su casa o esas miradas a mis labios repentinas, eran un deseo real que él tenía. No era mi corazón enamorado jugándome una mala pasada. Era real. Era Jaden enamorándose de mí.

—Siempre pensé que había algo más entre nosotros —dije, en apenas un susurro, sin dejar de observarlo—. Ahora sé que fue real. Todo eso.

Asintió, buscando mi mirada.

—Quizás lo supiste mucho antes que yo. —Lo vi tragar saliva—. Siempre fuiste más perceptiva. Siempre te dije que te quería, eso no lo olvido, pero mi amor por ti era más profundo y ni siquiera sabía si estaba bien. No quería arruinar lo que teníamos.

Sonreí.

—Es justo lo que yo sentía, Jaden.

Ante eso, me dio unos golpecitos en la costilla con su codo, a modo de juego.

—Somos algo complicados, pero nuestro destino siempre fue ser mejores amigos, si modificábamos algo, tal vez no estaríamos ahora donde estamos.

—Puede que tengas razón.

Hice lo mismo que él y lo codeé.

—Puede no, definitivamente la tengo.

Acercó su rostro hasta que sus labios tocaron mi mejilla, depositando un beso dulce justo ahí. Luego, otro en la nariz, entonces regresó a mi mejilla y me reí porque su respiración me hizo cosquillas. Repitió la acción un par de veces más, hasta que lo detuve porque empezaba a darme hambre. Nos volvimos a sentar frente a nuestra canasta justo cuando el cielo se ponía oscuro y las luces de toda la ciudad brillaron en el agua. Cenamos mientras conversábamos de todo para ponernos al día.

Estaba terminando de masticar una de mis papas cuando preguntó:

—¿Qué tanto te gusta tu carrera?

—Del uno al diez, un diez —mi respuesta fue rápida, bebí un trago de gaseosa—. Pero el estrés a veces hace que caiga a un nueve. ¿Tú planeas seguir estudiando?

—Quiero estudiar profesorado de francés —dijo, totalmente convencido, hasta pude notar cierto orgullo en sus palabras.

—Así que francés...

—Así es —alardeó.

—No sabía que te interesaba aprender idiomas.

—Puedo hacerlo con fluides, se me dan bastante bien —guiñó un ojo, alardeando, otra vez.

—A ver, señor bilingüe, dime algo en francés —provoqué.

Sonrió ante mi intento de ponerlo a prueba. Claramente era un intento, porque no sabía nada del idioma como para calificarlo o algo, sólo buscaba provocarlo.

—Je suis amoureux. —Lo pensé unos segundos, pero en realidad no se me venía a la cabeza qué pudo haber dicho. Jaden sonrió—. Vas a quemar tu cerebro. Lo empujo, observando de soslayo cómo la puesta de sol se está terminando.

—Dime qué has dicho.

—Que estoy enamorado —dijo—, y esta vez sí haré algo al respecto.

—¿Y qué te hace creer que te van a corresponder?

No respondió al instante, primero apartó las cosas de su camino para acercarse a mí. Tomó una de mis manos y la llevó a su pecho, la otra, la elevó hasta casi tocar el mío, se detuvo sólo hasta que yo asentí, permitiéndoselo.

—Puedo sentir a tu corazón latir igual que el mío —susurró, volviendo a bajar su mano para acercarme más. Rozando mis labios, lento y claro, dejándome saborear cada palabra, dijo—: Laten con intensidad, se sienten conectados, completos, como si fuéramos uno solo, como si nuestros corazones hubieran esperado esto tanto como nosotros. Dime algo, Jas, ¿te apartarías si te beso como tanto lo deseo en este momento?

El golpeteo en mi pecho se había acoplado al suyo, él o mentía ni exageraba, porque mi mano continuaba sobre el suyo y lo sentía. Con todas y cada una de las palabras que había soltado, sintiendo su respiración acariciando mi piel, anticipándose a lo que tanto necesitaba... No, no podía negarme cuando era lo único que llevaba queriendo desde el momento en que lo volví a ver.

—No —logré decir.

Y solo necesitó eso para que sus labios cálidos hicieran contacto con los míos, fundiéndose en un beso del que no planeaba alejarme hasta necesitar aire. La mano que nos había acercado se fue a mi nuca y acarició mi cabello con suma delicadeza, todo lo contrario a la forma en que devoraba mi boca, aun así, el toque era igual de cálido y reconfortante. En ese beso, lo sentí a él. Jaden entregándome la seguridad y el cariño que tanto había estado deseando por su parte.

Mi corazón estaba encantado.

Protesté en un quejido bajo y casi gracioso cuando Jaden cortó el beso. Apoyando su frente contra la mía, me observó con sus ojos llenos de emoción y súplica. Esa mirada derritió mi corazón. Me tomó con ambas manos de las mejillas.

—Tengo una pregunta muy, muy importante —murmuró, aun cerca de mis labios—. ¿Quieres intentarlo? ¿Saldrías conmigo una próxima vez?

Mordí mi labio inferior, sintiendo a mis lagrimas traicioneras merodear por mis ojos. En este instante, por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía ser realmente lo tenía todo. Por supuesto, sentía que podía darnos una oportunidad gracias a este momento. Respondí a sus dos preguntas con una sonrisa enorme.

—Sí, quiero intentarlo. Saldré contigo, Jaden Brown.

Y a pesar de que pensé que volverá a besarme, y parte de mi lo reclamaba como para sellar lo dicho, cortó la distancia abrazándome con efusividad.

Ahí, justo entre sus brazos, era feliz. Como siempre lo había sido, pese a todo el dolor que nuestra relación había conllevado. Estar con Jaden siempre fue como subirme en una nube y flotar sobre mis problemas. Ahora que había aprendido a aceptarlos y trabajarlos, estaba lista para sentarme en ella y sólo disfrutar de las vistas, a su lado, hasta que el tiempo se terminara.

Capítulo 17
Familia.

Febrero de 2023.

—Cuéntanos, ¿qué tal todo allá en Irlanda? —le pregunté.

Vi a Anna hacer una mueca desde la pantalla de la computadora mientras yo doblaba mi ropa en la cama. Desde que Melisa llegó para la videollamada que teníamos planeada con ella, llevaba obligándome a contener las enormes ganas que tenía de soltarle a ambas la noticia.

Noticia que haría llorar, al menos, a una de ellas.

—Mi vida social va en picada por esos rumores en el campus sobre Theon y yo —se quejó—. Pero todo está mejorando gracias a que él me aclaró las cosas hace unos días.

—Sigue sin gustarme ese tipo.

—Tampoco a mí —coincidió Melisa desde su lugar.

Se encontraba frente a la computadora, aplicando esmalte rojo en sus largas uñas, batallando con mechones de cabello que se metían en su camino al moverse. Había hecho un curso de manicurista y desde entonces trabajaba de ello, no solía hacerse sus propias uñas, pero por algún motivo, cada vez que me visitaba utilizaba mis esmaltes como si en su casa no tuviera decenas de ellos. Los compraba por ella, honestamente, porque no era muy fan de pintarme.

—Ya les dije que no tienen de qué preocuparse —lo defendió Annabeth—, él y yo no somos nada oficial. Además, no es su culpa que todas se mueran por él, es atractivo nivel Brad Pitt.

—Sí, también tiene síndrome de Johnny Deep —murmuró la otra.

Solté una carcajada sin poder evitarlo, comprendiendo la referencia.

Mencionó al «hombre de las mil caras» haciendo referencia a lo falso que creíamos que era Theon. No teníamos nada contra Deep, pero Theon era de lo peor. Desde que Annabeth había empezado a hablar de él, supimos que su relación —o como fuera que quisieran llamarlo—, no sería dulce ni tranquila.

—¿Qué acabas de decir?

—Nada, nada, solo digo que es bueno fingiendo, nada más —dijo, intentando aliviar el ambiente—. Es un chiste, Beth.

Anna puso sus ojos en blanco, negando por sus palabras y porque no le gustaba que la llamaran así, sus padres también lo hacían, desde siempre, así que odiaba que el apodo le recordara a ellos.

Sus padres casi se separaron una vez, pero a pesar de que arreglaron sus asuntos, parecía que verlos juntos era peor para ella que tenerlos separados.

—Quizás no todo marche bien —confesó, ambas le prestamos mucha atención—. A veces no lo veo por días y cuando aparece ni siquiera me dice dónde estuvo —esbozó una mueca. Melisa entornó sus ojos al escucharla—. Los rumores dicen que va a su cabaña fuera del campus con chicas diferentes, pero no he podido confirmarlo. Chicas, no sé qué hacer. Él se comporta lindo conmigo, es amable y parece quererme, lo que me hace dudar son los malditos rumores. Todo eso me está distrayendo un poco de las clases, así que no duermo mucho porque me la paso estudiando, me preocupa no aprobar los próximos exámenes. ¡Agh! La vida adulta es peor que la secundaria. Es estresante.

Hubo silencio tras sus palabras, se puede sentir la tensión en todas nosotras, incluso la veo en Annabeth y sé que sabe que nosotras estamos reprimiendo un «te lo dijimos» sobre su novio sólo porque no queremos hacerla sentir peor. Aunque sí le damos la razón con su última queja.

Pese a mi enojo por todo lo que dijo de Theon, entendía lo difícil que era concentrarse en clases

cuando las cosas en tu vida privada no marchaban tan bien como querías. Necesitaba todo el apoyo que pudiéramos darle a la distancia, yo no sería quien la regañara por seguir con alguien que no la valoraba, eso lo haría ella misma cuando se diera cuenta.

—Anna, no puedo decirte qué hacer o no con respecto a Theon, eso ya lo harás tu misma, pero sí puedo decirte que no deberías permitir que él afecte tus calificaciones. Probablemente sea difícil, pero siempre puedes ir con un psicólogo para que te ayude a trabajar en ello —aconsejé —. Por ahora, podrías tomarte un tiempo para concentrarte en ti misma, quizás este consejo no te guste, pero alejarte de él puede ayudarte más de lo que piensas.

Sonreí de lado, esperando que no tomara a mal mis palabras. Sabía que estaba en negación. Estaba con alguien a quien no le importaba que todo el mundo la señalara con el dedo diciendo «es la chica a la que Theon engaña», y no lo merecía para nada, pero podía ver que no lo aceptaba. El chico regresaba a ella para decirle que todo era mentira o un rumor y ella fingía creerle, porque prefería eso a que fuera cierto.

Sólo esperaba que tomara mi consejo e intentara alejarse de él un poco. Así, tal vez, podría descubrir si lo que decían sobre la cabaña era cierto.

—Jas tiene razón, Ann —dijo Mel, inclinándose un poco más sobre la computadora para abarcar más pantalla—. Procura alejarte un poco de él, así podrás observar las cosas con más claridad, luego sabrás qué hacer. Y cuando eso pase nos avisas para que podamos ayudarte.

Asintió despacio.

—Lo tendré en cuenta —sonrió. No era la respuesta que esperábamos, pero al menos era algo. Al menos, pensaría en ello—. Gracias, chicas.

Para ocultar un suspiro, me levanté a guardar mi ropa en el armario. Escuché cómo Melisa le preguntó cómo iba su trabajo en la radio. Anna estudiaba periodismo y estaba haciendo pasantías en una radio local, y ese cambio de tema la animó. Los siguientes minutos no paró de hablar del asunto.

—Mañana tendremos un gran día. Tuvimos que cubrir el juego de fútbol del sábado pasado, así que nos toca sacar al aire las entrevistas que hicimos. A todos en el campus les va a gustar, estoy segura —decía.

Una vez mi ropa ordenada, me acerque a mi escritorio, siendo incapaz se seguir callándome la noticia por más tiempo.

—Tengo que decirles algo importante —avisé, poniéndome seria, logrando que ambas dejaran de hablar y enfocaran su atención en mí.

Me puse nerviosa.

—¿Es bueno o mal? —inquirió Mel—. Porque acabas de ponerte pálida, Jasmine.

—Es una noticia que tiene una parte buena y una mala, tal vez.

Ella se enderezó en su asiento.

—¿Cuál de las dos nos afecta a nosotras?

—Ambas.

—Ay, Dios —Anna soltó un gritito ahogado—. Me estoy preocupando, ¿qué pasa?

Reuní aire en mis pulmones y exhalé, lista para soltarlo.

—Voy a cambiarme de universidad —dije—. Lo que es genial teniendo en cuenta que me hará conocer personas nuevas y tener más conocimiento —sonreí un poco, pero al mirar a Mel y ver la curiosidad en su rostro, me sentí mal—, pero eso significa que ya no nos veremos seguido.

—¿Por qué? —su voz salió insegura al preguntar.

—Porque es en Irlanda.

El silencio duró un minuto entero, luego Anna llamó mi atención.

—Explícanos mejor, Jas.

Miré mis manos, siendo incapaz de ver a los ojos a Melisa.

—La universidad a la que va Annabeth me aceptó de intercambio, podré terminar la carrera allí mientras hago pasantías en Dublín.

El corazón me latía deprisa, sentía el nudo en mi estómago cada vez más grande en tanto los segundos pasaban y ninguna de las dos decía nada.

Por un lado, estaba triste porque me alejaría no sólo de Melisa, sino también de mi madre y de Jaden, que apenas había regresado a mi vida. Y por el otro, mi yo interna no podía parar de saltar de la emoción ante la idea de viajar a un país diferente, conocer una nueva cultura, nuevas personas y crecer profesionalmente allá.

Con todo el valor del mundo y sintiendo mis lágrimas en los ojos, elevé la mirada.

A la primera que vi fue a Melisa, porque su reacción me importaba más que nada. Ella era la mejor persona del mundo, y una amiga de oro, por esto me sentía mal. Se quedaría sin sus mejores amigas. Sabía que estaba pensando en ello tanto como estaba feliz por la oportunidad que se me presentaba.

Por un momento se quedó medio en shock, pero entonces, después da un gritito de emoción que casi me lastimó los tímpanos, se aceró para darme un abrazo fuerte con una gran sonrisa en el rostro.

—Te felicito, Jas, lo super mereces —susurró, emocionada.

La abracé con más fuerza. Al separarnos, volteé a ver a Annabeth en la pantalla, que aún no decía nada. Su expresión era confusa de identificar debido a la luz tenue que ilumina su habitación, no obstante, cuando distinguí un sollozo, me preocupé.

—Anna, ¿estás llorando?

Sin pudor alguno, asintió. Luego se limpió sus lágrimas con el dorso del jersey oscuro.

—Lo lamento, es que sólo pensar que podré ver más seguido a una de las personas más imprescindibles en mi vida me puso sensible —lloriqueó.

Y después de ese momento de emoción, luego comenzó a sollozar Melisa tras percatarse de que entonces nos veríamos menos de lo usual. Me hizo prometer que la llamaría seguido como Anna lo hacía, algo que por supuesto haría. Casi una hora después, cortamos la video llamada y ambas decidimos cocinar una tarta de limón a modo de celebración.

—Eres alguien especial, Jasmine —dijo ella de pronto. Estábamos en la cocina limpiando los utensilios que habíamos usado para la tarta, cuando se detuvo y me miró de lo más seria—. Mereces todo lo bueno que pueda sucederte, y sin importar dónde sea que vallas, ahí estaré. Tu amistad es lo mejor que me ha pasado desde el momento en que voltee a hablarte en nuestra primera clase juntas. Amas a los demás sin importarte nada más, y sigues dando amor a cualquiera que se te presente, como si tu corazón siempre tuviera espacio para más. No importa cuán lejos estes de mí, siempre voy a ser tu mejor amiga y tú siempre vas a ser la mía. Te prometo ahora mismo que no te desharás de mí jamás, para estas alturas eres mi familia, ¿sabes?

Sí, lloré, como condenada.

No me esperaba sus palabras, pero incluso si las hubiera visto venir, jamás hubiera imaginado que me harían sentir tanto calor en el pecho. Ella tenía razón, era mi familia, al igual que Annabeth, al igual que Jaden e incluso Adam, con quien apenas hablaba desde que se había mudado a Irlanda.

Todos lo eran, y sin importar la distancia, lo seguirían siendo.

Sentirse querida era, sin dudas, lo mejor que una persona podría desear.

❦ ❦ ❦

Siendo casi las seis de la tarde, el timbre sonó. Mel y yo nos encontrábamos sentadas en el sillón más grande de la sala, viendo un capítulo de Gilmore Girls cuando tuve que levantarme. Al abrir, no pude hacer más que sonreír con su presencia.

—Jaden.

—Hola —sonrió.

Era bonito ver cómo ese brillo en sus ojos al sonreír no había cambiado en lo absoluto a través de los años.

—Hola —le devolví la sonrisa—, ¿qué haces aquí?

Se encogió de un hombro.

—Se me ocurrió que, tal vez, podríamos salir a tomar algo. Si es que no estás ocupada, claro.

Aunque si quería, hice una mueca. La idea de salir a tomar algo con él era tentadora, pero tenía a Melisa en casa, sería descortés dejarla plantada.

—Voy a preparar palomitas —me avisó la susodicha de pronto, apareciendo por detrás. Se detuvo en donde estaba al ver a Jaden en la puerta. Le sonrió—. Jaden, es bueno verte. ¿Cómo estás?

—Hola, Meli, estoy bien ¿y tú?

—Muy bien, gracias.

Dicho eso, nos miró entrecerrando sus ojos, con una sonrisa pícara en los labios que se me antojaba divertida. Miré a Jaden.

—¿Quieres pasar la tarde con nosotras?

Sabía que ese no era su plan inicial, pero no pareció molestarle, es más, sonrió mucho más y asintió conforme con el plan.

—Claro.

—Genial —dijo Mel—. Iré a preparar las palomitas, ¿alguno quiere café? Estaba pensando en hacerme uno.

Ambos le dijimos que sí mientras nos dirigíamos a la sala. Mel había pausado el capítulo, así que lo dejé donde estaba. Mientras limpiaba la mesa, le pregunté a Jaden por su padre. Sabía que el hombre seguía haciendo su tratamiento y era muy probable que él hubiera estado ahí antes de venir.

—Está mejorando —dijo, desde su lugar en el sillón—. Estuve cuidándolo toda la noche, luego Jacob llegó para reemplazarme. Tengo una noticia, por cierto.

Lo miré, tenía una sonrisa enorme en los labios.

—¿Qué?

—Jacob le propuso matrimonio a la novia justo anoche.

Me quedé quieta, con las manos suspendidas en el aire aferradas a una bolsa de papas fritas que antes Melisa había vaciado. Sonreí, porque sabía que una boda era, de cierto modo, lo que alegraría un poco a todos los Brown. Lo necesitaban.

—Eso es genial, Jaden, me alegro por tu hermano.

—Sí, mamá está como loca —rió—. Tenías que verla, no paraba de hablar, sentó a Jacob en el sillón y no lo dejó irse hasta que le contó detalle por detalle de la propuesta. Fue divertido. Lo tengo grabado, mira.

Me senté a su lado cuando sacó su teléfono y empezó a reproducir el video. En el mismo se lo veía a Jacob con las mejillas sonrojadas contando a detalle toda la escena.

También estaba su novia, una chica rubia que parecía divertirse con la vergüenza de él. La había

visto una sola vez cuando salía de casa de Jaden y me simpatizó al instante. Frente a ellos, la señora Brown no paraba de llorar y reírse como loca al mismo tiempo.

—Que linda noticia —repetí.

Asintió, dejando el teléfono en la mesa frente a ambos.

—Y hablando de noticias, ¿ya les dijiste a las chicas que te vas? —preguntó un minuto después.

—Sí, hace unas horas.

—Cuéntame si Anna lloró como te dije que haría —sonrió, divertido.

—No te burles —mordí mis labios para evitar reírme como él—. Lloraron un poquito, pero la idea les alegró.

—Lo sabía.

Soltó una breve carcajada. Solo esperaba que Melisa siguiera tardando, porque de llegar y encontrarlo riéndose de ella, terminaría arrojándole alguna cosa dura para vengarse.

De pronto, dejó de reírse y estuve a punto de preguntar qué ocurría cuando, sin previo aviso, se acercó y posa su boca sobre la mía, atrapando mis labios con los suyos. No me quejé para nada, más bien le devolví el beso igual de suave, igual de tranquilo y dulce.

Empezaba a descubrir que me gustaba mucho esta dulzura suya al besar, mi corazón daba palpitaciones veloces contra mi pecho, encantado, cada vez que sus labios encontraban los míos.

Podía decir que mi parte favorita de los últimos días junto a él eran esos besos que dejaban hechizada. Iba a extrañarlos, por supuesto, pero mientras los tuviera tenía que aprovecharlos.

Al separarnos, advertí, muy a mi pesar, que no me quitaba la mirada de encima. Intensa, cálida y arrulladora. Con las mejillas rojas, porque, Dios mío, todavía seguía poniéndome nerviosa ante su mirada, encontré sus ojos y elevé una ceja.

—¿Qué tanto estás viendo? —inquirí, retadora.

—A ti.

—¿Y puedo saber por qué?

Se separó un poco de mí para verme mejor.

—Porque cada vez que te miro recuerdo cuánto te quiero y cuán estúpido fui al dejarte ir antes —dijo.

Oh, no esperaba esa respuesta.

—Eso quedó en el pasado, Jaden, ahora estás aquí, conmigo.

Negó, entonces supe que él todavía no había terminado de decir todo lo que se le estaba pasando por la cabeza. Fui paciente.

—Lo sé, pero no dejo de sentirme un idiota. Y antes de que digas algo, sé que no obtengo nada con arrepentirme de lo pasado, pero a veces no puedo evitarlo. Mucho menos ahora que el tiempo nos pisa los talones.

—No era nuestro momento —le aseguré, con el más honesto de mis pensamientos—. No estábamos listos, ambos necesitábamos entenderlo todo y aprender cosas que quizás, si estábamos juntos, no hubiésemos aprendido. Y tal vez no estemos juntos después, pero estaré para ti a una llamada de distancia.

Un suspiro, cargado de angustia y nerviosismo, salió de su boca.

—No será fácil. —Bajé la cabeza, mis ojos cayeron en los vasos de café. Me sentía mal por él. No quería lastimarlo, pero tampoco podía evitar que esta distancia no le afectara. A mí desde luego lo hacía. Lo entendía—. Pero lo haremos, podremos con esto —añadió, obligándome a mirarlo.

Necesitaba confirmar que lo decía de verdad. Por un segundo, me arrepentí de haberle dado una oportunidad aquella noche lluviosa, me arrepentí de hacerlo ilusionar con un futuro más

prolongado juntos, sin embargo, en sus ojos encontré decisión. Claramente estaba afectado como yo, pero también lo entendía, también lo aceptaba, y de verdad creía que lo superaríamos.

Le enseñé la mejor de mis sonrisas.

—Lo haremos —aseguré.

—Te ves adorablemente hermosa con esa sonrisa, me causas ternura.

Un impulso me habría hecho lanzarme a su cuello para darle un beso cargado con la misma intensidad de mi mirada, pero lo reprimí.

Y ese pensamiento me duró exactamente medio segundo.

Rindiéndome ante su dulce sonrisa, aproveché mi mano libre para acercarme y abrazarlo por el cuello. Jaden procuró no volcar nada ante mi repentino movimiento, riéndose junto conmigo por el ataque de besos que invadía su rostro gracias a mis labios. Su risa vibró contra mi pecho, esa era una de las cosas que más feliz me hace sentir.

Durante mucho tiempo esperé poder demostrarle el amor que sentía por él, hasta llegué a creer que ya no volvería a tener oportunidad de mostrárselo, así que como ahora lo tenía por completo, lo disfrutaba.

¿Cómo era posible que me gustara ahora incluso más que antes? No lo sabía, pero tampoco quería averiguarlo, realmente estaba saboreando cada instante junto a él y no necesitaba respuestas. No necesitaba nada más.

—Me gustan tus labios —murmuró, en medio de mi ataque de amor.

—Y a mí me gustas tú.

Lo dejé tranquilo, depositando un último beso en su mejilla. Me aparté un paso, acaricié su mejilla derecha, suave, cálida.

El discurso salió de improvisto de mis labios, por los siguientes segundos fue el corazón el que habló por mí, sorprendiéndonos a ambos.

—Durante todas estas semanas me llenaste de amor, Jaden, un amor que no sabía cuánto necesitaba hasta que volví a encontrarte. Me escuchaste cuando lo necesitaba, me ayudaste a terminar de sanar todas mis heridas. No podría olvidar ni tus besos, ni tus caricias, ni tu respeto, ni siquiera cómo eres. No debes temer a la distancia, porque a pesar de ella, esto que tenemos no se romperá.

Un suspiro diferente al de antes salió de su boca. Sus ojos brillaron con más intensidad, me gritaban amor, me invitaban a volver a subir a esa nube que años atrás me había llevado a los mejores viajes.

Decliné la oferta, porque si subía, me iba a perder de la realidad junto a él.

—Te amo, Jasmine, eres lo mejor que me ha pasado y el cariño que siento por ti jamás va a cambiar —su voz salió en un susurro dulce, se acercó el paso que nos distanciaba—. Esperaste por mí mucho tiempo, creo que es justo que ahora también espere por ti, cosa que haré hasta que me digas que ya no hay oportunidad.

Tuve que reprimir el impulso de pellizcarme para creer que esto de verdad era real. Ninguno dijo nada más luego de eso, asentí, sonriendo con agua acumulada en mis ojos, y lo besé con delicadeza, sellando su palabra.

Mi corazón explotaba de felicidad en ese instante. Tanto él como mis amigas me habían llenado el corazón de una calidez asfixiante, hermosa, valiosa. Los amaba tanto como ellos a mí. Eso era más importante que cualquier cosa.

Volvimos a separarnos, pero como Melisa siguió sin aparecer, me levanté para ir a buscarla. Se estaba peleando con la máquina para hacer palomitas, esa que mi madre había comprado hacía años y empezaba a tardar más en funcionar.

Conocía a mi amiga, por eso sabía que ella no había querido ir a buscarme por ayuda porque su filosofía de vida era «puedes hacerlo y lo harás», así que no le tomó mucho tiempo hacer funcionar a la máquina. Por eso, me dispuse a preparar el café mientras las preparaba.

Más tarde, ya cuando habíamos terminado de ver un capítulo de Friends, en cierto momento, Jaden encontró el juego de FIFA de Daniel en el mueble del televisor. Cuando me miró, como preguntando si podíamos usarlo, le sonreí en respuesta. La tranquilidad en mi rostro debió convencerlo, porque lo puso y los tres jugamos hasta que anocheció y tuvieron que despedirse.

Siempre extrañaba a Daniel, pero no me molestaba en lo absoluto que alguien tocara sus cosas o lo trajera a colación. Recordar a mi hermano había dejado de ser doloroso. Me había tomado más tiempo del pensado, pero tener el cariño de mis amigos y el de mi madre ayudó a no anclarme en el dolor y poder salir a flote.

Pensar también en que mi estaría reprochándome que estuviera llorando por él, me devolvía a una realidad que tenía que vivir a pesar de su ausencia, pues él ya no podía hacerlo y de alguna manera me sentía bien al entender que estaba intentando ser feliz por él. Para que, desde donde sea que estuviera, se sintiera orgulloso de mí.

Con el tiempo, había reconstruido aquellas piezas de mi corazón que se habían dañado por todo lo que había pasado; con Jaden; con mi padre; con mi hermano; conmigo y mis problemas de ansiedad, pero lo había hecho.

Hoy me estaba dando esa oportunidad de ser feliz que tantas veces me había negado. Mi corazón me agradecía por ello cada día.

EPÍLOGO

Agosto de 2023.

Comencé a desconfiar de la vida color de rosa que nos pintaban los libros y las películas cuando las cosas en mi familia y en mi vida fuera de ella comenzaron a complicarse.

La ilusión que poseía a aquella niña de diez años al observar o leer todas esas historias se desvanecía frente a mis ojos con cada error de otros, con cada error propio, con cada golpe de realidad.

Sin embargo, incluso en medio de todos esos impactos, comprendí que no todo estaba perdido. Que sí podía ser feliz a pesar de cualquier cosa. Que no necesitaba borrar los malos recuerdos como tantas veces había deseado, sino recordar todo lo bonito y sonreír. Volviendo cada instante eterno en mi mente y mi corazón.

El día que mi hermano me dejó supe que todo iba a cambiar, y si bien dejarlo ir me tomó más tiempo de lo que algunos consideran «normal», pude hacerlo. Su recuerdo llegó a mi mente un día, para hacerme saber que estaba perdiéndome mucho de lo que él se perdió sólo por extrañarlo. Ahí fue cuando realmente comprendí que no podía seguir llorando por él si eso significaba estar perdiéndome de vivir mi propia vida.

Sabía que no todo duraba por siempre, lo entendía mucho más ahora, que estaba a punto de dejar algunas de las personas que más amaba en el mundo para irme a cumplir aquellas ilusiones a las que me aferré con fuerza cuando ya nada ni nadie era capaz de sostenerme, ni siquiera yo misma.

Me iba a Irlanda por Daniel, quien de seguro estaría feliz de verme cumplir una de mis metas. Me iba por mamá, porque necesitaba verla bien y devolverle, sin importar que ella no lo quisiera, todo lo que había por mí desde el momento en que nací.

Pero, principalmente, me iba por mí. Porque cumplir algo que deseaba con todo mi corazón me haría sentir gusto conmigo misma.

Después de tantos años arriba de esa nube hermosa que tantos momentos me había hecho pasar, ahora prefería bajarme para seguir caminando por mi cuenta y seguir creciendo. Ya no quería ver desde ella mis problemas, ni evadir lo que me daba miedo, porque ahora sabía que siempre era mejor enfrentarlo todo, por más que, en ocasiones, doliera aceptar los cambios que eso pudiera conllevar.

—Jasmine —me habló mamá. Tuve que voltearme para verla ya que venía detrás de nosotros, se retrasó por estar verificando que tuviera todos los documentos necesarios para abordar dentro del bolso—. ¿Segura que tienes todo? Porque todavía te queda media hora, puedo volver a casa y buscar lo que sea.

Me detuve en mi lugar, Melisa y Jaden me imitaron, rodeándome. Me acerqué a ella, tomándola de las manos para después sonreírle, transmitiéndole una calma que era obvio que la haría sentir más confianza en mí.

—Tengo todo, mamá, tranquila. Todo irá bien.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió medio nerviosa, extendiéndome el bolso que hasta entonces estaba sobre su hombro—. Mejor revisa tu bolso otra vez, por favor.

—Susan —le habló Jaden, pero ella le dio una mirada algo recelosa, por lo que él se apresuró a continuar antes de que se lo impidiera—. Le aseguro que tiene todo, revisamos como dos veces todo antes de salir de su casa.

—Él tiene razón, ayudé a Jas con sus cosas. Te prometo que tiene todo, Susan —añadió Mel,

dándole una palmadita en el hombro a mi madre.

La mujer que me dio la vida suspiró, asintiendo aún con una mueca dudosa en sus labios. Sin importar qué le dijéramos, insistiría. Le di una mirada a los chicos, ellos retrocedieron unos pasos para darnos algo de privacidad.

—Estaré bien, mamá. Sabes que voy a llamarte por cualquier problema, pero por favor no te preocupes demasiado, confía en mi —le sonreí.

—Confío en ti, Jasmine —rezongó. Ella tomó ambas de mis manos con fuerza, en sus ojos brillaban las lágrimas que retenía con ganas. Su voz sonó acongojada cuando dijo—: Lo que pasa es que voy a extrañarte muchísimo y me pone nerviosa el no estar cerca para cuidarte. Es la primera vez que te vas tan lejos, no puedo…

Se detuvo, tragando saliva. Sentí un dolor agudo en mi corazón al verla así. Le di un abrazo con fuerza antes de que echarme a llorar como niña de cinco años, no quería que se pusiera más melancólica por mi culpa, pero tampoco podía evitarlo.

Antes de soltarme, acarició mi espalda con su mano. Sonrió de lado, con su nariz y mejillas rojas, limpiándome algunas lágrimas con sus dedos. De seguro me veía igual que ella. Jaden volvió a acercarse a nosotras, extendió un pañuelo que ella tomó y utilizó primero en mí, luego secó sus propias lágrimas.

—Estaré bien —repetí—. No me voy para siempre, vendré en cada ocasión que pueda, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —se contentó un poco. Soltó un suspiro, abanicándose con la mano—. Adelántense hacia seguridad, iré a buscar algo para tomar y tal vez pueda encontrarte algún sándwich para el vuelo. No confío en la comida del avión, seguro es recalentada y vaya uno a saber cuándo la cocinaron realmente.

Asentí con una mueca divertida en los labios, viéndola alejarse. Melisa dio un paso adelante.

—La acompaño —me dijo, guiñando un ojo.

Jaden y yo asentimos, ella se fue.

Suspiré, mirando el lugar por el que se fueron. Entendía su dolor y toda esa preocupación que empezó a invadirla desde que la fecha de mi vuelo comenzó a convertirse cada vez en algo más real.

Estos últimos años pasamos muchos momentos de angustia, dolor y risas juntas, apoyándonos mutuamente y lidiando con las vueltas de la vida a la par. Mi madre era mi mejor amiga en muchos sentidos. Fue mi refugio, estuvo ahí cuando lo necesitaba sin siquiera saber realmente lo que me ocurría, me impulsó a ir a terapia, me dio el empujoncito y la motivación que necesitaba para convencerme de ingresar al programa de intercambio cuando creía que ya nada valía la pena. Comprendía que le doliera el distanciamiento, porque yo iba a extrañarla igual o incluso más que ella a mí.

Supongo que, como todos en algún momento de nuestras vidas —sin importar nuestra edad—, nos alejamos de aquellos que más amamos porque necesitamos seguir creciendo y aprender por nuestra cuenta. Ese pensamiento hacía que mis ganas de regresar con el diploma en manos aumentaran.

No iba a mentirme a mí misma, los cambios siempre me ponían nerviosa. Principalmente porque me aterraba la idea de no saber cómo iba a reaccionar ante ellos. Sin embargo, mi curiosidad y aquella pequeña pizca de valentía que de vez en cuando invadían cada centímetro de mi cuerpo, ayudaban a superar cualquier miedo que pudiera dominarme. Por más insignificante que pareciera.

Una vez le dije a un muy buen amigo que no pensara tanto y disfrutara de la experiencia.

Bueno, había llegado el momento de seguir mi propio consejo. Después de todo, sabía que tanto mi madre como yo sabríamos adaptarnos al cambio rápidamente, a pesar de extrañar a la otra. Esa era una de las cualidades que compartíamos y lo que mejor sabíamos hacer. Adaptarnos.

Podíamos hacerlo.

Sentí unos brazos rodearme desde atrás, apretando los míos bajo ellos. La tela de su jersey verde oscuro rozó la tela del mío. Sonreí en cuanto el perfume que usaba nos envolvió a ambos. Me gustaba esa mezcla de su olor corporal con su perfume, así podía reconocerlo incluso si había mil personas más a mi alrededor usando el mismo.

Era tan… Jaden.

—¿Estarás bien? —murmuró, con sus labios cerca de mi oreja derecha, en donde depositó un beso pequeño luego de hablar.

Asentí.

Lo estaría.

Jaden aligeró la fuerza con la que me sostenía para permitirme girar y mirarlo a los ojos, esos brillantes ojos mieles que solían dejarme sin aliento años atrás, la semana pasada, ayer y hoy. A veces, pensaba que alguna especie de bruja me hechizó para que amara esos iris hasta en sueños, podía jurar que jamás me cansaría de ellos. Iba a extrañar perderme en ellos y en lo que transmitía.

Y, volviendo unos minutos atrás…, bueno, tenía que confesar algo. Al mirarlo, al estar entre sus brazos; al ser la razón de sus sonrisas, no se sentía tan mal pasear por las nubes de vez en cuando si Jaden era quien se encargaba de subirme a ellas.

Hice puntitas de pie para darle un beso corto.

—Voy a extrañarlos a todos —acaricié sus labios al hablar—, pero estaré bien.

—Siempre estás bien —dijo, muy seguro. Su expresión cambió un poco. Ahí, entre tanta sonrisa forzada, se podía ver la melancolía. Sus brazos, que aún me sostenían, me apretujaron un poco más a él—. Prométeme que me llamarás si no hay nadie cerca y necesitas hablar con alguien con urgencia.

Ladeé mi cabeza ligeramente.

—¿Incluso si aquí son las tres de la mañana?

—Incluso si son las tres de la mañana —sonrió un poco. Sí, la tristeza estaba ahí también—. Siempre estaré dispuesto a escucharte, Jas.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Apoyé mi cabeza en su pecho y me dejé abrazar.

Semanas atrás hicimos un acuerdo; en el momento en que mis pies tocaran el avión que me llevara a Irlanda, nuestra relación se terminaba. A ninguno de los dos le parecía buena idea la relación a distancia. Si bien habíamos pasado meses increíbles juntos, sentíamos que nos estaríamos limitando a nosotros mismos de vivir lo mismo con alguien más. Después de pensarlo un tiempo comprendimos que era lo mejor para ambos. Si para diciembre, que era cuando regresaba a casa por Navidad, nuestro amor seguía siendo igual de fuerte; ya no habría excusas, distancia o acuerdo que nos impidiera estar juntos.

Si el destino nos quería juntos, si éramos el uno para el otro, lo sabríamos en diciembre.

La decisión fue, en parte, mi idea. Nunca quise ni quería lastimarlo. Tampoco era mi intención atarlo a mí cuando él merecía ser feliz con alguien que pudiera darle todo lo que necesitaba; justo a su lado, incluso si me partía el corazón que esa persona no fuera yo.

Tenía muy en claro que lo amaba, tal vez nunca había dejado de hacerlo y no sabía cuándo dejaría de ser así, pero no sentía justo que él esperara por mí cuando estando en otro país puede pasar cualquier cosa. Como que mi corazón dejara de latir por él, u otra persona reemplazara mi

lugar en el suyo.

Por eso preferimos prevenir corazones heridos antes que lamentarnos teniéndolos rotos en nuestras manos. Jaden, a pesar de que se negó al principio, tampoco quiso prometerme nada si eso significaba no permitirme ser feliz con alguien más.

Aquella semana en la que apenas me veía y se refugiaba en su habitación, me dolió verlo triste, sabía que lo estaba lastimando, apenas llevábamos meses de novios y yo no estaba haciendo más que pedirle que lo dejáramos. Me sentía mal. Estuve a punto de arrepentirme.

Entonces, una tarde llegó a casa de pronto, me abrazó con fuerza y me prometió que siempre estaría para mi si lo necesitaba, pero que hasta que abordara aquel avión iba a disfrutarme y hacerme sonreír el mayor tiempo posible. Luego me dijo que, el que me fuera, no significaba dejarme ganar en FIFA para hacerme feliz, porque hasta ahí llegaba su límite. Y fue justo ese momento en el que supe que jamás podría olvidarme de alguien como Jaden. Esa noche entre risas, le prometí no olvidar esos momentos y guardarlos para siempre en mi corazón, el cual estaba más que agradecido por sus palabras y amor.

Antes de novios fuimos grandes amigos y lo seguiríamos siendo hasta que alguno se cansara del otro. Dudaba que eso ocurriera.

No estaba dispuesta a perder para siempre a nadie más.

—Gracias por todo —susurré, aún con mi cabeza pegada a su pecho.

Pude sentir el palpitar de su corazón.

—Gracias a ti, Jas —murmuró, besando mi cabeza antes de separarnos.

Con las yemas de sus dedos limpió algunas lágrimas, luego besó mis mejillas repetidas veces haciéndome reír. Nos dirigimos hacia el sector de seguridad para hacer tiempo hasta que anunciaran que se puede abordar el avión.

Justo estábamos llegando cuando mi madre y Melisa aparecieron. La primera, con una botella de jugo y unas galletas, las cuales me entregó antes de empezar a exigirme que no comiera ni una sola cosa del avión por si me hacía daño al estómago. Lo acepté todo sin poder evitar reírme ante sus ocurrencias.

Jaden sostuvo mi mano hasta que llegamos cerca de una de las mujeres de seguridad, quien revisaba las pertenencias de los pasajeros que debían abordar conmigo. Por los altavoces se escuchaba que el grupo A de abordaje ya podía ingresar. Mi grupo.

Los dedos de Jaden se deslizaron de los míos cuando me acerqué a tomar mi mochila de los brazos de Melisa. Una bolita de angustia se atascó en mi garganta.

«Prometiste no llorar, Jasmine»

—Debo irme —les dije entonces, rompiendo el silencio que de pronto se instaló entre los cuatro.

Como si estuvieran sincronizados, todos soltaron suspiros, rindiéndose por fin a lo que ya era algo inevitable. Mamá fue la primera en abrazarme…, bueno, más bien me estrujó tanto contra ella que por un momento pensé que volveré a ingresar a su vientre si ejercía más presión. Nos quedamos así por lo que me pareció un parpadeo. La verdad era que una parte de mí no quería alejarse de ella, pero sabía que era necesario.

Otra vez, no conseguí retener mis lágrimas.

—Vas a estar bien sola —dijo, apretándome las mejillas con ambas manos a la vez, intentando tranquilizarse a ella misma también—. Eres fuerte, hija, sé que puedes hacerlo.

Ambas asentimos ante sus propias palabras, creyéndolas, aferrándonos a ellas.

—Te amo, mamá.

—También te amo, cariño.

Nos separamos, y casi al instante Melisa se abalanzó a abrazarme. Luego aferró sus manos en mis hombros, intentando ponerse más seria.

—Disfruta, estudia y vive. No te olvides de salir de fiesta con Anna por mí —sollozó, en medio de una sonrisa—. Prometo que voy a trabajar duro para poder visitarlas en año nuevo, pero, por favor, tú prométeme que harán videollamadas más seguido. Voy a necesitarlas.

—Prometido.

Le volví a dar otro abrazo antes de voltear a verlo a él.

Jaden tenía esa mirada nostálgica que había estado viendo en su rostro durante las últimas semanas juntos. Sus ojos estaban algo rojos y aguados. No esperé un segundo más para volver a abrazarlo.

—Te voy a extrañar —me susurró.

Su cabeza está en el espacio entre mi cuello y hombro, ya que yo di un pequeño salto para tomarlo por el cuello, así que su tibio aliento me acaricia la piel.

—También te voy a extrañar —logré decir, posando mis labios sobre su oreja izquierda, aún con unas ganas tremendas de seguir llorando—. Pero prometo llamarte y molestarte seguido.

Su risa vibró en mi cuerpo. Nos separamos brevemente y depositó un beso suave y tierno sobre mi nariz. Sonreí ante el contacto.

—Te veré en Navidad.

Asentí incluso antes de que terminara la oración.

—No me extrañes demasiado —bromeé, mi voz sonando acongojada.

Esto era más difícil de lo que pensé.

—No prometo nada.

Luego de un último roce de labios, me guiñó uno de esos lindos ojos mieles y por fin nos separamos.

Aferré mi mochila a mi pecho. Mamá me entregó mi boleto en mano —que tanto cuidaba en su propio bolso— y me recordó que la llamara apenas aterrizara en territorio irlandés. Se lo prometí por décima vez en lo que va de día y, con manos temblorosas aferradas a la mochila, me alejé ante el nuevo llamado de la mujer de seguridad.

Una vez que hice el chequeo, volteé por última vez hacia tres de las personas más importantes en mi vida y les sonreí, inevitablemente, con mis ojos vidriados.

—Los amo —susurré, pero incluso así, ellos lo entendieron.

Lo sabían.

Todo el trayecto que pasé hasta poder estar sentada en mi lugar del avión, mi corazón empezó a sentirse ansioso, nervioso, feliz, emocionado y de mil formas más, alterándome un poco.

Minutos más tarde, luego de que el piloto nos diera la bienvenida y pusiera en marcha el avión, y mientras observaba cómo la pista de despegue del aeropuerto se hacía cada vez más lejana ante mis ojos; sonreí. Era increíble pensar en todo lo ocurrido en los últimos años, en cómo el arriesgarme en el momento incorrecto generó una serie de errores y aciertos de los que no me arrepentía en lo absoluto. En cómo decidí dejar atrás lo que podía llegar a ser y por fin disfrutar mi día a día.

Sobre todo, sonreí al pensar en mis momentos con Jaden.

Ya era feliz y estaba bien cuando él regresó a mi vida, pero fue el que me dijera que lo tenía por completo, que quería intentarlo conmigo; lo que me hizo sentir totalmente plena después de tanto tiempo. Que ambos compartiéramos momentos juntos, como los buenos amigos que solíamos ser, me hizo darme cuenta de que valió la pena haberle dado una segunda oportunidad a mi corazón, porque, incluso si resultó ser por poco tiempo, lo había disfrutado. Si alguna vez me

arrepentí de haber tardado tanto tiempo en confesarle a Jaden mis sentimientos, eso quedaba en el olvido.

La vida me enseñó sobre paciencia, a aprender a esperar que lo bueno sólo sucediera cuando debía suceder, y a disfrutarlo cuando lo hiciera. Pero, por sobre todas las cosas, me enseñó a dejar mis miedos atrás y ser valiente.

Definitivamente valió la pena todo lo pasado, cada momento me enseñó cosas distintas.

Aprendí a levantarme por mí misma y a refugiarme en los brazos de los que más amaba cuando sentía que ya no podía sola, aprendí a buscar ayuda, y a que las personas que te aman te impulsan a sanar.

Aprendí a amarme a mí misma, a disfrutar de las pequeñas cosas, a sobrellevar el dolor y, sobre todo, a buscar esa paz mental que tanto necesitaba, cuando fuera que la necesitara.

Ahora, estaba lista para lo que fuera.

Capítulo EXTRA

VERANO de 2030

JADEN BROWN.

Cuando estoy frente al océano, sintiendo sobre los dedos de mis pies el agua procedente de las olas del océano y disfrutando del clima cálido australiano, me siento afortunado, pues no cualquiera puede decir que vivió toda su vida en su lugar soñado.

Sin embargo, soy mucho más afortunado por tener a una chica tan hermosa, divertida y encantadora como Jasmine a mi lado, compartiendo ese océano conmigo. Mi pequeño trozo de felicidad.

Cada día que pasa mi amor por ella va en aumento. Me enamora con sus ocurrencias, con sus peleas de niña pequeña o su amor por los animales, sus alumnos e inclusive los videojuegos. Me da el espacio que necesito cuando estoy enfadado porque algo en mi día no salió como quería, respeta cada parte de mí y me hace el chico más dulce, cursi y débil cuando se acurruca entre mis brazos. Me encanta cada día más.

A veces pienso que, si toda el agua del océano llegara a desaparecer por arte de magia, sé que aún la tendría a ella y a su sonrisa, y es todo lo que necesitaría para seguir sintiéndome dichoso, feliz. Quizá mi familia me quiera aniquilar si me escucha, pero, ciertamente, ellos no me dan el amor y la adrenalina que Jasmine me da, así que puedo prescindir de su compañía sin sentirme demasiado mal.

Ni siquiera estoy seguro de cómo lo hicimos, pero, pasados unos cuantos días de ella haberse ido a Irlanda a seguir sus estudios, empezamos a comunicarnos todavía más. Era como si aquel acuerdo que hicimos de cortar una vez ella se fuera jamás hubiera existido. Seguimos hablando, seguimos viéndonos cada vez que ella regresaba a casa y, después de que se graduara y decidiera regresar a Australia para ejercer su profesión aquí, no hubo nada que nos separara.

Eso de romper había sido una idea algo insegura por las dos partes —aunque ciertamente ella estaba más convencida que yo—, y nuestros propios corazones nos lo hicieron saber. Creo que nunca estuvimos separados realmente, solo tomamos distancia y caminos diferentes, pero siempre tuvimos el teléfono o esos reencuentros para reforzar nuestra relación, esa que ninguno quería dejar ir como ya lo habíamos hecho una vez.

Recordar lo cobarde que fui años atrás hoy me hace sonreír. Y quizá suene un poco egocéntrico, pero realmente estoy orgulloso de haber abandonado a ese Jaden, pues gracias a eso me atreví a acercarme a Jasmine otra vez cuando la vida me la volvió a poner enfrente, al mismo tiempo que me gritaba que tenía una segunda oportunidad con un claro «arregla tu error, idiota».

Repiqueteo mis dedos sobre el volante del auto antes de darle una mirada rápida al reloj en el tablero. Cuando dan justo las seis de la madrugada y veo al sol acercarse cada vez más, salgo del vehículo y me posiciono justo fuera. Apoyo mi espalda en la puerta de piloto una vez cerrada. Mi parte favorita del día sin duda son los atardeceres, he creado muchos recuerdos en presencia de ellos; como la primera cita que tuve con Jasmine, las tardes en las que mi padre me enseñaba a andar en bicicleta o cuando me enseñó a conducir a pesar de que sabía que sus sesiones de quimio no lo estaban haciendo más fuerte. O aquella vez cuando, sin querer, coincidimos con Jasmine en que ninguno de los dos le emocionaba la idea de casarse como a mi hermano Jacob y su novia, pero esa misma tarde decidimos que en realidad no nos molestaba la idea de vivir juntos y nos aventuramos a ello sin pensarlo demasiado.

El atardecer es mi momento favorito del día, claro, pero sin dudas el amanecer se le acerca

bastante. Tal vez era momento de crear buenos recuerdos en su compañía.

La brisa veraniega me acaricia el rostro, alejo de mis ojos un par de mechones de mi despeinado cabello para que no molesten. Creo que debería hacerle caso a mi madre y cortarlo un poco de una vez, ni siquiera recuerdo la última vez que fui a alguna peluquería.

Jasmine aparece frente a mi campo visual, con la mirada puesta en la bolsa que está hurgando con el ceño fruncido. No necesita ver el camino para llegar a mí, sólo estoy a unos pocos metros, pero procuro no sacarle los ojos de encima por si se tropieza o algo, a veces es bastante distraída.

Viene dando pequeños saltos involuntarios ya que camina demasiado rápido. Una sonrisa se extiende en mis labios ante eso. Cuando se planta frente a mí, eleva la mirada y al movimiento le sigue una sonrisa encantadora.

—¿Lo conseguiste? —le pregunto, un poco ansioso.

Afirma, seguido frunce el ceño. Es adorable cuando lo hace.

—Deberíamos irnos ya, seguro la mujer en la farmacia me está mirando por la ventana igual de extraño que cuando me atendió.

Asintiendo, uno mi mano a la suya para luego entrelazar nuestros dedos. Ella me sonríe de lado, y creo que jamás podría cansarme de ver cómo brillan sus ojos al encontrar los míos. La acerco a mi cuerpo y rodeo su cintura con mis manos.

—Te extrañé —exagero.

—Jaden, me fui sólo dos minutos, no seas dramático.

—Fueron los dos minutos más largos de toda mi vida, lo juro —sigo, sólo para hacerla reír—. Hasta me puse a considerar cortarme el cabello, ¿recuerdas la última vez que lo hice? Estaba pensando en que pudo haber sido cuando me gradué.

—No, creo que fue para la boda de Jacob.

Me encojo de hombros y aprovecho que está distraída mirando mi cabello para darle un beso corto. Cuando me devuelve el beso y lo profundiza, la acerco más a mí, entonces la bolsa que tiene en su otra mano se aprieta entre ambos, y creo que ambos la recordamos, porque nos separamos mirándola con intriga y ansiedad casi al mismo tiempo.

—Volvamos a casa —murmura.

Al momento de volver a verla, comprendo que empieza a ponerse tan nerviosa como yo, por lo que asiento de inmediato.

Mientras partimos a casa, por primera vez en años, el silencio que se instala entre ambos es tenso, cargado de incerteza. Eso hace que a los pocos minutos de tomar viaje ella ponga música, lo que agradezco, porque ya empezaba a formarse en mi mente la posibilidad de que nada salga como lo planeamos y el fantasma de la decepción intenta colarse en mi pecho con mucho ahínco.

La música aleja esos pensamientos parcialmente, dejándome conducir tranquilo. Hace poco más de dos años decidimos mudarnos juntos a uno de los barrios más alejados del centro de la ciudad, por lo que el trayecto dura al menos diez minutos hacia allí. Es un departamento bastante amplio que ambos rentamos a medias, ella con su sueldo del profesorado, yo con el que gano dando clases de francés en la universidad de Sídney, donde me gradué dos años atrás.

Es un ambiente espacioso, al menos lo suficiente para ambos. Jas se encargó de decorarlo con plantas y libros, además de la organización de las habitaciones, mientras que yo puse lo mejor de mí con la vajilla y los muebles. Nuestro mejor espacio es la pequeña sala de estar, en donde tenemos la televisión con el juego de FIFA que compramos juntos nada más poner un pie el primer día en el departamento. Nos pasamos toda la noche jugando, y debo admitir que no lo hemos hecho nunca más porque eso nos quitó un poco de productividad al día siguiente. Pero sí jugamos varias partidas al menos seis de los siete días semanales.

Al llegar, es ella quien baja primero y sube al departamento sin esperarme, en tanto sigo conduciendo hasta dejar el auto estacionado en la cochera del edificio. Me doy cuenta que estoy un poco más nervioso de lo usual cuando pulso el botón de mi piso en el ascensor, porque mi dedo tiembla como gelatina. Sacudo las manos a mis costados buscando que el nerviosismo se me pase.

—Basta, Jaden —me gruño.

El ascensor se detiene en el piso siete y salgo trotando como si un león me persiguiera. Dándole vueltas a las llaves del auto con la mano, entro al departamento 712 y cierro a mis espaldas. Las luces de la sala ya están encendidas, aunque no es así con la del pequeño pasillo de entrada y la cocina a mi derecha. Arrojo las llaves a la pequeña vasija que está justo encima de la mesita ratona frente al sillón, y entonces decido caminar a la habitación, a un paso más lento de lo usual, sintiendo cómo me late ansioso el corazón.

Veo la bolsa que Jasmine tenía antes sobre la cama, que, por cierto, ambos dejamos hecha un desastre puesto que estábamos muy ocupados explorando el cuerpo del otro antes de que ella empezara a sentir esas náuseas que nos llevaron a la farmacia casi en tiempo récord. Me siento en la punta, nervioso, pero no aguanto demasiado y me acerco a la puerta del baño, esperando, porque sé que es donde ella se encuentra.

Apoyando mi nuca en la pared junto a ésta, empiezo a prepararme mentalmente para cualquier cosa. No sólo para aceptar el posible hecho de que el resultado de negativo, sino para intentar persuadir a mi corazón de que no se sienta tan decepcionado y se enfoque en los ánimos de la mujer que más amo en esta tierra. Porque para Jasmine la decepción será la misma que para mí, sin embargo, yo estaré bien si me distraigo consolándola a ella. Puedo ser fuerte por los dos en tanto esté a su lado.

Quererla se siente tan bien que siempre que la tengo a mi lado me olvido de todo lo demás, nada duele ni me afecta de la misma manera porque entonces la miro y sé que mi corazón estará bien al final del día. Fue así cuando nos volvimos a encontrar y le dije lo de mi padre, fue así cuando mi abuelo falleció hace un par de años atrás, también cuando mi gato se perdió y a los días supimos que en realidad había dejado el mundo, y estoy muy seguro que será así para siempre. Se sentirá así para siempre.

La habitación sigue en penumbras porque ninguno ha encendido las luces, pero cuando la puerta del baño se abre ingresa la luz desde ahí. Y no sé si es ella quien lo hace lento, pausado, o soy solo yo que empiezo a pensar que los minutos se me están haciendo muy eternos. Al girar mi rostro para mirarla, la veo seguir su camino hasta el pie de la cama y luego voltea para arrojarse de espaldas sobre el colchón. Desde esa posición me encuentra con la mirada, la veo soltar un suspiro, y es como si esa acción me hiciera reaccionar pues me acerco para acostarme junto a ella, que sigue mis movimientos como si buscara distraerse.

—Hay que esperar —me dice entonces lo que ya sé, pero entiendo que es sólo porque está nerviosa, así que asiento como si no me lo hubiera dicho en otras ocasiones.

—A esperar entonces.

Me sonríe, soltando un suspiro. Siento el calor en mi pecho ante la felicidad que irradia esa sonrisa, esos ojos color miel, esas mejillas sonrojadas.

—¿Te he dicho ya lo mucho que te amo?

Finjo pensarlo.

—Como cuarenta y cinco veces…, cuarenta y seis con esta.

—¿Acaso las cuentas? —ríe.

—No soy yo, lo hace mi corazón, creo que tiene una lista guardada por algún lugar.

Vuelve a reír, haciéndome reír también. Eleva su mano hasta mi rostro y yo cierro los ojos, dejándome llevar por su caricia, sintiendo así a sus dedos recorrer cada parte de mis facciones. Siento paz, felicidad. No sé cuántos minutos pasan, pero se detiene un momento largo en los bordes de mis cejas, lo que hace que suelte algún que otro suspiro, a gusto.

—Abre los ojos —pide en un susurro. Hechizado por sus caricias, lo hago, mirándola fijamente. La sonrisa sobre sus labios empieza a desaparecer, así que entiendo que lo que dirá lo siente muy profundo en su pecho, intenso, casi de forma dolorosa. Porque tiene tanto miedo como yo—. Me siento tan bien junto a ti.

» Eres dulce, amable y siempre tienes algo que decir para hacerme reír aún en momentos como este en los que lo único que predomina en mi corazón es el miedo. Me haces bien, Jaden, agradezco al cielo cada día por ello. Te amo, y sin importar qué, siempre lo haré. Lo sabes, ¿cierto?

Existen ocasiones en las que me toma desprevenido y me deja sin palabras, como lo es ésta. Su forma de querer es totalmente sincera y profunda, ella es de esas personas que quiere con cada parte de su ser, y a veces siento que nada de lo que yo pueda hacer es lo suficiente para ella. Siento que no puedo explicarle lo mucho que la quiero porque no me salen las palabras, suelo divagar la mayoría del tiempo o lo que digo se siente poca cosa.

No soy muy bueno con las palabras cuando el sentimiento excede incluso mis propios límites. Sin embargo, y a pesar de que mis «te amo» se sientan poco, se lo hago saber con acciones constantemente. Entonces así siento que lo entiende, se lo grito con caricias eternas y besos suaves y cálidos, intento tener gestos románticos a pesar de que ella diga que no los necesita todo el tiempo. Lo intento, cada día con más empeño, cada día con más amor y honestidad.

—También te amo, cariño —mi voz siempre falla al hablar cada vez que se lo digo. Siempre, porque todo se siente enorme cada vez. No hay manera de que no lo haga.

Así que eso hago ahora, la beso con intensidad, demostrándole todo lo que siento, permitiéndole que ella misma lo sienta al tocarme, acariciarme, embobarme. La perdí una vez por ser demasiado indeciso, escogiendo muy mal las palabras, y desde entonces no hago más que remediarlo dejándome llevar, siendo yo mismo.

Se separa de mis labios con su pecho agitado, entonces su mirada vuelve a la mía y los nervios que siento en sus brazos, cuando tiembla ligeramente, me causan escalofríos.

—¿Vemos el resultado juntos?

Asiento.

Ella deja un beso casto sobre mis labios antes de levantarse y extenderme la mano para que la imite. La tomo, siguiéndola hasta el baño. Tiemblo. Mis piernas tiemblan, mis dedos igual, y puedo verlos aferrándose a los de ella como si de esa manera quisieran parar con su bailecito de nervios. Ambos nos detenemos en la puerta sin ser capaces de entrar.

Casi puedo sentir cómo mis pies se pegan al suelo alfombrado de la habitación, negándose a seguir avanzando. Esto es demasiado.

—Mejor míralo tu —casi ruega, sin mirarme.

No digo nada. Es justo, ella lo hizo las dos primeras veces.

Suelto un suspiro y mando a volar mis nervios, porque hoy tengo que ser el que se atreva a mirar el resultado y no podré hacerlo si mis pies se niegan a cooperar. Carraspeo, ni siquiera sé por qué motivo, y suelto su mano, acercándome a la bacha, donde el aparato ese blanco con rosa reposa tranquilo. Y de repente el temblor se ha ido de todo mi cuerpo, porque ahora estoy tenso. Soy contradicción ahora mismo.

Miro a Jasmine antes de acercarme del todo, que observa el test como si fuera una bomba a

nada de explotar.

—No es como los otros —vuelve a decirme—, según la señora, ese también dice la cantidad de semanas.

Esa información, extrañamente, me relaja, la siento como una mejoría en nuestros resultados, de alguna manera. Esto tiene que significar algo distinto. Tiene. Antes de que pueda evitarlo, la broma sale de mis labios:

—Ya somos expertos en esto, ¿eh?

Ella muerde sus labios. Tiene una mirada insistente y sumamente nerviosa, pero mis palabras parecen relajarla un poquito y niega, medio divertida. Negarlo no puede, con este, hemos hecho tres test entre los últimos seis meses. Aprovecho esta distracción y aferro entre mis dedos, todavía sin mirarlo realmente, el cosito largo e intimidante. Al ritmo de los latidos frenéticos de mi corazón, suelto un suspiro lento.

—¿Juntos? —sugiero.

Jasmine suelta una carcajada cargada de nervios que hace vibrar mi pecho. Seguido, asiente, acercándose a paso lento hasta estar frente a mí, sin quitar su mirada de la mía. Ambos intentando no mirar el test como los cobardes que somos. Suspiro pesadamente.

Mierda, siento que mi corazón me palpita tan rápido que apenas puedo respirar. Jasmine murmura «a la de tres» y asiento, pero antes me acerco a su rostro para dejar un beso nervioso sobre sus labios temblorosos. Y la cuenta regresiva empieza.

—Uno —me atrevo a empezar.

—D-dos —murmura, su labio tiembla casi tanto como mi mano.

—Mejor a la de cinco —me adelanto, sobresaltándola cuando está a punto de decir el tres.

Entre tantos nervios, logra mirarme mal. Suelta un suspiro que me golpea el rostro de lo cerca que estamos.

—Dame eso —medio se queja, pero mucho más bajo añade algo sobre los hombres siendo valientes que no entiendo, lo que me resulta divertido por su ceño fruncido.

Toda distracción o retraso me viene bien ahora, la verdad. Traga saliva, despejando su mirada de la mía hacia abajo. Me arriesgo a que me llame cobarde, pero de verdad me estoy obligando a no arrancarme pelo por pelo de los nervios que tengo, siento que en cualquier instante voy a desmayarme de la ansiedad. No puedo mirar y a la vez lo ansío tanto que de repente empiezo a morderme las uñas.

Ni reprobar los exámenes del mundo podrían compararse al miedo que tengo de que ese resultado de negativo, tampoco podría compararlo con los nervios que sentí al hablar francés con un nativo el año pasado. Nada se compara.

—Jaden…

Es mi nombre susurrado de esa manera lo que me hace despegar mis ojos de su frente y posarla sobre el test. Medio segundo es lo que me tardo en leer esas palabras, esos dos números, y otros cinco segundos en volver a leerlo al menos tres veces más. Algo en mi pecho salta. Siento que estoy a nada de darme de bruces contra el suelo, o contra ella, que ahora mismo tiene los ojos tan aguados y una sonrisa tan enorme que bien podría acabar con todo el mal de la tierra. Me sostengo de la bacha con fuerza.

Sé que la mujer frente a mí está murmurando algo, la veo mover los labios, la veo sollozar, la veo feliz. Pero no la escucho. No dejo de pensar en lo que acabo de leer, no puedo creer que por fin es real. Aquel atardecer en el que pasemos de la mano por Martin Place, hace pocos meses atrás, y decidimos intentarlo, la esperanza deambulaba en mi pecho, pero ahora…, ahora que es real siento que me va a explotar todo por dentro de felicidad.

—De dos a tres semanas —escucho entonces, así que elevo la mirada hacia sus ojos—. Jaden, dos o tres semanas. E-estoy embarazada. ¡Lo logramos!

Nada. No me sale ni siquiera un susurro de mis labios. Tengo la boca seca, mi pecho no deja de palpitar, frenético, emocionado, pletórico. De a poco voy siendo consciente de la humedad en mis ojos, de la picazón en mi nariz, las cosquillas en mi estómago. Quiero…, necesito decirle todo lo que siento.

—Dime algo —pide, apoyando una de sus manos ahora en mi hombro, y eso es suficiente para que mi cerebro conecte dos neuronas y reaccione.

Está tan nerviosa con mi silencio como yo. Le sonrío, como un imbécil.

El imbécil más afortunado de la tierra.

Tomo sus manos, luego doy un paso, otro y otro hasta sacarla del baño. Ella me sigue mirando con un brillo impresionante en esos encantadores ojos, me sigue mirando con la felicidad de haber hecho realidad esa ilusión que durante los últimos meses estuvo tan presente en nuestras vidas, me sigue mirando como la primera vez que me confesó que me quería, me sigue mirando con el mismo amor que el primer día. Y no puedo más. Siento que tengo una piedrita en mi garganta que está rogando por salir. Y suspiro, dejándola ir para soltarlo todo.

—Te amo —digo, bajito, muy cerca de sus labios. Ahí, en medio de la habitación que compartimos desde hace años. Ahí, iluminados sólo por la luz de ese baño que empiezo a adorar con locura. Acaricio sus brazos, atrayéndola más cerca de mí, con sus brazos rodeando mi cuello —. Soy el hombre más afortunado por tenerte en mi vida, te amo tanto que estoy conteniéndome de llorar justo ahora porque necesito que entiendas.

» No seré muy bueno con las palabras, pero te aseguro que eres luz, cariño, tanta luz que a veces siento que no podré ser suficiente para ti. Pero entonces, ahí estás, junto a mí; y entiendo que tu luz es contagios. Logras hacer que también brille y saque lo mejor de mí, desde el fondo de mi corazón. Te amo y amaré tanto a esta pequeña cosa que viene en camino que yo… —Respiro, respiro hondo cuando ella alza su mano hasta mi mejilla y la acaricia. Entonces suelto esas lágrimas que mi corazón se moría por soltar, porque frente a ella no temo, frente a ella todo lo que soy es amor—. Estoy tan agradecido contigo, cariño. Ahora mismo soy felicidad.

Sus lágrimas son imparables.

Acerco mis labios a los suyos, saboreando esas lágrimas en medio del beso, permitiéndole mimar a mi alegre corazón.

—Gracias por volver a mi vida —murmura, seguido, sonríe—. Seremos padres ahora, amor.

—¡Seremos padres!

Gritos y risas. Eso es todo lo que se escucha en la habitación y, seguramente, en todo el departamento, porque son tan estruendosas que no lo dudo. Pero no me importa, ni siquiera va a importarme si nuestra vecina amargada de enfrente viene a gritarnos —como siempre hace—, que nos callemos, porque justo ahora quiero hacerle saber al mundo entero que lo logramos. Abrazo a Jasmine con toda la fuerza que de pronto mi cuerpo ha recuperado. El test cae al suelo y ella se ríe, tan emocionada y eufórica como yo, ocultando su rostro en mi cuello con una sonrisa enorme.

Mierda, hemos intentado esto durante meses y por fin…, por fin siento que lo hemos conseguido. Lo afortunado que he sido desde que la recuperé se ha multiplicado en mí de una manera que jamás imaginé que podría. Encontrarme sumergido entre estas sensaciones positivas hace que mi pecho sienta una calidez a la que sé que jamás podría renunciar, porque me fascinan, porque me hacen sentir vivo y las necesitaré hoy, mañana y para siempre.

—Habrá que descubrir cómo llamaremos a este pequeño pedazo de amor que hemos creado —

dice, trayéndome a la realidad otra vez. Le sonrío abiertamente.

—Tenemos mucho tiempo para pensarlo. —Ella deja un beso en mis labios, le doy otro, y otro más. Alzo ambas cejas—. Pero creo que ahora tenemos que celebrarlo como corresponde.

—Uhm, eso suena interesante.

Nos miramos unos instantes, muchas propuestas brillan en nuestras miradas, pero hay una que es siempre más fuerte que nosotros, porque nos trae recuerdos y nos llena de ganas de seguir creando más.

—El primero en ganar un partido elige el nombre —dice, haciéndome fruncir el ceño.

—Yo tenía pensado otro tipo de celebración —me carcajeo.

Se separa de mí, caminando lentamente hacia la puerta, con una sonrisa divertida que se me antoja condenadamente dulce.

—¿Estoy percibiendo algo de cobardía en tus palabras, Brown?

—No, cariño, lo que percibes son mis ganas de arrancarte la ropa ahora mismo.

Avanzo a pasos lentos hasta ella. Me guiña un ojo.

—Bien, tendrás este cuerpito en la cama sólo si me ganas.

—¿Así quieres jugar, Everill?

—Así quiero jugar, Brown.

Lo último que veo antes de que desaparezca detrás de la puerta es su sonrisa enorme y resplandeciente, totalmente contagiosa.

Creo que estaba equivocado. Cuando dije que era afortunado sólo por tenerla junto a mí, estaba equivocado; pues no imaginaba realmente que la vida me regalaría una cosa más por la que sentirme dichoso, repleto, feliz.

Y por fin lo entiendo. Lo valió cada instante de espera, cada día sin verla, todo el dolor que atravesamos y los conflictos que superamos, pues si tuve que atravesar todo eso para llegar a este momento; no me arrepiento de haber tomado aquella oportunidad que la vida me puso adelante en esa noche tormentosa.

A veces, hay que ir a buscar esas segundas oportunidades y aferrarte a ellas si de verdad las quieres, dejar la cobardía atrás, ser, por fin, un poco más valientes de lo que podríamos ser. Porque, tal vez, una segunda oportunidad pueda ser lo mejor que te puede pasar en la vida; pero nunca lo sabrás si no te arriesgas y lo vuelves a intentar.

Sobre este libro.

Dicen por ahí que no debes enamorarte de tu mejor amigo jamás, pero ella no es buena siguiendo consejos.

Jasmine Everill siempre ha estado rota, la vida ha golpeado su corazón tantas veces que, con el correr los años, se ha acostumbrado a lidiar con ello. Jamás imaginó que en su primer día de clases sus ojos tropezarían con otros iris color miel y una sonrisa tan encantadora, que le robarían el corazón con el correr de los años.

Jaden Brown es el culpable de sus suspiros, sonrisas e incluso de que vuele tan alto que a veces le cuesta bajar de las nubes.

Pero también es el culpable de su dolor, porque aún estaban en bachiller cuando ella se cansó de luchar por su obtener su corazón. ¿Él? Indeciso, sólo la dejó ir.

Cuatro años después, la vida, el destino o, quizás, cupido, planea volver a unirlos. No para revertir el pasado, no por puro capricho, más bien, porque aún tienen mucho por decirse y es la última oportunidad que tendrán para hacerlo.

Sus vidas cambiaron, todo es diferente. Ellos son diferentes. Y él regresa a ella buscando una segunda oportunidad.

¿Jasmine estará dispuesta a dársela? ¿Su amor por él se habrá esfumado de su corazón? ¿Será este el último impulso que ambos necesitaban para olvidarse para siempre del otro?

❦ ❦ ❦

Con la compra de este E-book tienes la posibilidad de adquirir unos marcapáginas especiales con frases de Imposible Olvidarte, en formato PDF, para que puedas imprimir y utilizarlos en cualquiera de tus libros en físico.

Envíame un mensaje a mi Email: *cindyescribe@gmail.com* y podré enviártelos.

En el asunto deberás poner esta palabra clave para saber que llegaste a mí por el E-book: *bellobond*.

¡Y listo! En cuanto el email me llegue te envío el archivo imprimible.

¡Gracias nuevamente por tu apoyo!

Sobre la autora.

Cindy A.M, nacida en la provincia de Santa Fe, Argentina, hacia finales de los 90's. Escritora de novelas de romance, misterio y, a veces, acción. Graduada en bachiller de Teatro, estudiante de Arquitectura y Diseño e idioma francés, entre otras cosas.

La literatura es ese amor incondicional de que no me voy a separar jamás. Además soy fanática empedernida de las películas y series. Y si hay adaptaciones de libros, seguro me tendrán ahí para dar mi opinión.

REDES SOCIALES:
Encuentra más de mis historias en Wattpad: cindywritesx
O escanea el siguiente código QR para llegar a mi perfil:

Instagram: cindywritesx
Email de contacto: cindyescribe@gmail.com

AGRADECIMIENTOS

A mi familia: principalmente a mi mamá, mi papá y mi hermana, que tendrán mi amor incondicional durante toda la vida. Se merecen todo lo bueno. Esto es por ustedes, que toda mi vida me alentaron a hacer lo que me gusta y a seguir siendo la loca con ideas locas que soy.

A todos mis lectores de la plataforma de Wattpad, que me han alentado a seguir con cada mensaje hermoso que recibo de su parte desde el primer día en que Imposible olvidarte salió a la luz. Gracias por votar y compartir mi historia también con sus conocidos, consiguieron que alcanzara una cantidad de lecturas hermosa. Quisiera darles unas menciones especiales a Xiomara, Ana, Dany y Mica, quienes me apoyan siempre y gracias a quienes esta historia hoy es un E-Book que cualquiera en el mundo puede adquirir.

A mis mejores amigas, quienes a veces no saben de mí por meses, pero están acostumbradas a mis locuras y ocurrencias. Ustedes saben cuánto las quiero.

Agradecimiento especial a dos de mis colegas, a quienes tengo el honor de llamar amigas y que quiero muchísimo; Natalia Memetow y Bianca Mond, quienes no solo me acompañaron en el proceso de esta locura, sino también estuvieron desde el principio conmigo.

También una mención especial a Gaby Ariza, porque fue la primera en alentarme a continuar escribiendo a pesar de lo duro que es este mundo editorial. Quiero agradecer también a Fer de ferentrelibros, por toda la ayuda que me dio con su beteo. Fuiste la mejor lectora besta, Fer, te adoro. Gracias infinitas a todas, sin ustedes, y el resto de nuestras colegas, el mundo de la escritura no sería el mismo.

Y a vos, nuevo lector que se atrevió a comprarme mi E-Book sin saber bien de qué se trataba todo, por darme una oportunidad aún sin conocerme. Desde lo más profundo de mi corazón: gracias por dejarme un espacio en tu biblioteca virtual, espero lo hayas disfrutado. Deseo, de todo corazón, que jamás te quedes con una confesión dentro del pecho y la dejes ser libre, para que sea lo que tenga que ser. Jamás le debas amor a tu corazón.

_Toc85828454

IMPOSIBLE OLVIDARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

EPÍLOGO

EXTRA 1

Sobre este libro.

Sobre la autora.

AGRADECIMIENTOS

Imposible olvidarte

Cindy A.M